EL CORREO DEL CREPÚSCULO

HIYOKO KURISU



Índice

PORTADA

PORTADILLA

MANUAL DE USO DE CORREOS TASOGARE

Capítulo 1. Para ti, a quien algún día conoceré

Capítulo 2. Para la esposa con la que tantos años he compartido

Capítulo 3. Para el amigo de la infancia que se mudó

Capítulo 4. Para mi única amiga

Capítulo 5. Para ti, cuando yo ya no esté

Capítulo 6. Para ti, que me diste un nombre

ACERCA DE LA AUTORA

NOTAS

CRÉDITOS

HIYOKO KURISU

EL CORREO DEL CREPÚSCULO

Traducción de Marta Moya



MANUAL DE USO DE CORREOS TASOGARE

A los fantasmas, espíritus malignos y personas atenazadas por las preocupaciones:

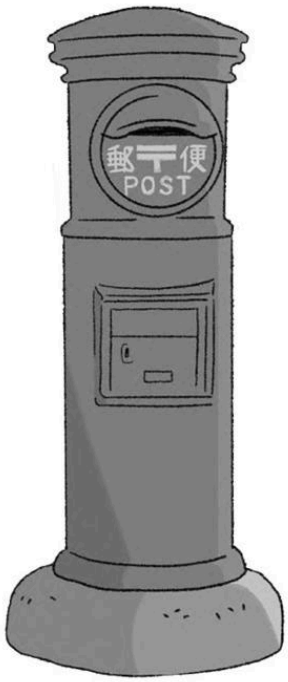
- Correos Tasogare solo abre al crepúsculo.
- Escriban sus cartas dentro de la oficina y entréguennoslas.
- Nos comprometemos a hacerlas llegar a cualquier persona y en cualquier lugar, pasado, presente y futuro.
- Sin embargo, tengan en cuenta que no es posible mandar cartas a los difuntos.
- Aunque podemos enviar cartas al pasado, los hechos ya ocurridos no se alterarán.
- Cuando escriban sus cartas, tengan presente que:
    - Hay que utilizar la escritura en espejo.
    - Hay que respetar el límite de caracteres.

* Por favor, consulten con el personal de la oficina acerca de las sanciones por no respetar las normas.

CAPÍTULO 1

PARA TI, A QUIEN ALGÚN DÍA CONOCERÉ




郵便
POST

¿Cómo había acabado así?

Las lágrimas me empañaban los ojos mientras caminaba con paso firme, repitiéndome esa pregunta una y otra vez.

En serio, ¿cómo había acabado así? ¿Acaso había hecho algo mal?

Me concentré en seguir caminando, reprimiendo las ganas de echarme a gritar en plena calle. Lo que no pude contener fueron los sollozos, que se me escapaban irremediablemente.

Acababa de cumplir veintiocho años cuando el chico con el que llevaba seis saliendo decidió romper conmigo.



Conocí a Masashi en el centro comercial al que me destinaron recién graduada de la universidad. Yo estaba en la sección de moda y él, en la óptica. Tras coincidir varias veces en las reuniones de encargados del centro comercial y en la sala de descanso, empezamos a saludarnos cada día.

De ahí que decidiera acudir a su óptica para hacerme unas gafas bien elegantes cuando una queratitis me obligó a prescindir de las lentes de contacto. Masashi me atendió personalmente y, mientras elegía una montura, nos pusimos a hablar de nuestros trabajos. Así descubrimos que teníamos mucho en común, como, por ejemplo, que los dos éramos recién graduados, que nos habían nombrado gerentes con contrato fijo y que, por lo tanto, teníamos que dar órdenes a empleados de mayor edad, con las dificultades que eso

conlleva. De la noche a la mañana, nos sentimos muy unidos, como si la distancia entre nosotros se hubiese evaporado, y no tardamos en iniciar una relación.

Juntos nos lo pasábamos increíblemente bien. Dado que los dos nos dedicábamos a las ventas, nuestros trabajos nunca fueron motivo de discusión. Ambos entendíamos que no podíamos descansar los fines de semana, ni en verano ni en Año Nuevo. En consecuencia, coordinábamos nuestras vacaciones para hacer viajes en temporada baja y, en lugar de celebrar la Navidad u otras festividades, quedábamos entre semana. Yo no tenía quejas de Masashi y creo que él de mí tampoco.

La primera vez que noté cierta desconexión fue cuando surgió la idea del matrimonio.

Hacía alrededor de un año que entre los dos se había instalado ese ambiente de «ya va siendo hora» y, aunque no había habido ninguna proposición de ensueño, sí que habíamos hablado más de una vez de que ya nos acercábamos a los treinta y de que era un buen momento. También habíamos conocido a nuestros respectivos suegros y todo parecía encarrilado en esa dirección.

Para entonces ya trabajábamos en centros comerciales distintos y ninguno de los dos parecía tener intención de cambiar de empleo. Siempre había pensado que a Masashi le gustaba y le satisfacía el trabajo en la óptica, hasta que de pronto un día me anunció:

—He decidido cambiar de empleo. —Su expresión firme dejaba claro que ya había tomado la decisión.

—¿Eh? ¿Así de pronto? ¿No prefieres pensártelo un poco? —protesté yo.

Él me miró con rostro contrariado.

—No sé cómo vamos a casarnos si no podemos descansar los fines de semana. También es poco práctico si alguna vez tenemos

hijos, por eso es mejor cambiar ahora —explicó, y luego añadió con tono imperativo que él cambiaría primero, pero que esperaba que yo hiciera lo propio después.

—De acuerdo —le respondí. Sería injusto decir que simplemente me dejé llevar. En el fondo sabía que Masashi tenía razón y estaba contenta de que se tomase el matrimonio tan en serio.

Tal y como había anunciado, poco después dejó el trabajo en la óptica y encontró otro en una fábrica, con los fines de semana libres. Pensándolo con retrospectiva, eso fue lo que nos hundió.

—¿Eh...? ¿Dónde estoy?

Llevaba un buen rato caminando con la visión emborronada por las lágrimas, sin prestar atención a mi alrededor, cuando de pronto me encontré en una calle desconocida.

—Mierda, tengo que volver.

Di la vuelta, pero me detuve. Estaba agotada. No quería dar ni un paso más. No quería seguir esforzándome. Prácticamente podría decirse que no quería seguir respirando.

—Ah... No puedo más...

¿No había por ahí cerca ningún lugar donde poder descansar? ¿Una cafetería tranquila, por ejemplo? Me conformaba con un puesto de máquinas expendedoras y un banco. Solo quería un sitio donde descansar tanto las piernas como el corazón antes de ponerme a andar de nuevo.

—¿Hum?

Mientras miraba con nerviosismo de un lado a otro en busca de mi rincón de paz, vislumbré unas escaleras de piedra al final del camino. Me acerqué y descubrí un pequeño santuario parcialmente tapado por los árboles, como si intentara camuflarse con el bosquecillo a su alrededor.

Habiendo un templo, seguro que también habría bancos donde sentarse. Además, parecía bastante solitario, lo cual me iba de perlas en ese momento, pues no me apetecía que nadie me viera con la cara hinchada y enrojecida por el llanto.

Sin embargo, y para mi sorpresa, cuando subí las escaleras, no encontré ningún lugar. No había ni bancos ni asientos de ningún tipo.

—Jolín... No me lo puedo creer.

Aunque estaba un poco decepcionada, el ambiente del santuario resultaba apacible y relajante.

No daba la impresión de que hubiese ningún sacerdote, más bien parecía un templo abandonado. Los árboles y la hierba habían crecido sin control. Estaba dejado de la mano de Dios; quizá por eso se me antojó ideal para mí en el momento en el que me encontraba.

Sin ser muy consciente de lo que hacía, lancé una moneda a la caja de ofrendas y junté las manos en posición de rezo. Solo albergaba un deseo:

«Que Masashi y su fulana obtengan su merecido. Que les suceda algo terrible. Y que el niño que lleva esa en su vientre...».

Me interrumpí, sacudiendo la cabeza de un lado para otro. «No está bien desear esas cosas», me dije. Jamás podría perdonar a Masashi y sin duda quería que recibiera un castigo, pero no podía desearle nada malo a una criaturita que ni siquiera había nacido; yo no era así.

—Con todo lo que me han hecho y yo todavía intentando ser una buena persona... La verdad es que soy patética.

Una vez que hubo cambiado su empleo por el de la fábrica, Masashi empezó a presionarme para que yo hiciera lo mismo. El problema era que en ese momento a mí me acababan de nombrar gerente de una tienda nueva y habría sido muy irresponsable irme

antes de que mis empleados se hubiesen familiarizado con el trabajo. Aunque se lo expliqué y le pedí que lo comprendiera, Masashi no pareció muy conforme.

Probablemente ese fue el origen de su resquemor. Las discusiones, casi inexistentes hasta entonces, se convirtieron en algo cotidiano. Yo, por mi parte, pensaba que, si íbamos a casarnos, Masashi tenía que aprender a ser más paciente, por lo que nunca me disculpé ni me preocupé por él. Un tiempo después, sus mensajes empezaron a llegarme cada vez más tarde, no cogía el teléfono cuando le llamaba y dejó de proponerme planes para quedar.

—Lo siento... Te he sido infiel con una chica... y ahora está embarazada. Deberíamos dejarlo.

Dos horas antes, cuando Masashi me había dicho esto en su casa, pensé que me tomaba el pelo. Lo de los cuernos no me lo esperaba, pero es que, encima, la otra estaba embarazada. Me resistía a creer algo así de él, siempre tan serio y responsable.

Cuando después me contó que se trataba de una compañera de la fábrica que tenía veintidós años, más que rabia y tristeza lo que sentí fue una punzada de odio. Tenía la misma edad que yo cuando empecé a salir con Masashi. Ella aún conservaba esos seis años que una servidora había tirado por la borda.

Por lo que me contó, fue solo un desliz; ella lo había invitado una vez y él, enfadado conmigo porque aún no había dejado mi trabajo, no pudo resistirse. Mientras escuchaba sus excusas, lo sentí más lejano que nunca.

—¿Y por qué tienes que romper conmigo? Ella es la amante, ¿no?

Fue mi forma de decirle que se olvidase del crío y dejase a la otra. Esa me parecía la opción más íntegra y pensé, inocente de mí, que tal vez con el tiempo podría llegar a perdonarlo. A pesar del duro

golpe de realidad que acababa de llevarme, yo aún no había renunciado a casarnos.

Pero Masashi me miró con expresión incómoda. Lo que dijo a continuación me dejó helada:

—El niño no tiene la culpa de nada.

Ese argumento era un golpe bajo, imposible de refutar. Incluso me hacía quedar a mí como la villana.

Lo único que pude hacer fue romper a llorar desconsoladamente durante varios minutos. Le lancé la caja de pañuelos y él no la esquivó. Permaneció sentado con la cabeza gacha, aguantando el chaparrón en silencio. Era como si hubiese entendido que merecía ser castigado, aunque también daba la impresión de que pensaba que eso le bastaría para redimirse. Nada más lejos de la realidad.

Cuando por fin comprendí que por más que llorase y le maldijese no cambiaría las cosas, me fui de su casa con el corazón hecho trizas. «Lo siento», le oí repetir varias veces a mis espaldas, pero no me giré. Y así acabé llegando al santuario.

A pesar de todo lo que había llorado, aún me quedaban lágrimas por derramar. Me desplomé frente al templo con los ojos emborronados. Si seguía llorando sin parar, quizá me acabase secando por dentro y convirtiéndome en una momia.

—Qué estúpida...

Tal vez eso despertaría algún remordimiento en Masashi y su amante, imaginé, pero enseguida me sentí ridícula por estar pensando en esas cosas. Por más tiempo que llorase delante de ese templo, el niño que esa chica llevaba en el vientre no dejaría de crecer y yo tampoco me convertiría en una momia.

—¿Eh...?

Cuando alcé la mirada tras un buen rato sumida en mis imaginaciones malsanas, algo en ese santuario me pareció fuera de

lugar. Miré a mi alrededor intentando identificar qué era lo que no encajaba y entonces me di cuenta: una parte de la arboleda y la espesura que circundaba el templo se había desvanecido, dejando un claro detrás del edificio. Era como si hubieran limpiado esa zona de forma antinatural.

Me acerqué, pensando que quizá hubiese algo, y lo que vi me sorprendió todavía más: en esa área despejada de vegetación, un camino se extendía en línea recta hacia una calle comercial.

«¿En serio? ¿En un lugar como este?».

Pequeñas tiendas flanqueaban la senda de gravilla sin pavimentar. Detrás, el cielo resplandecía con un profundo naranja. Entonces me percaté de que el día estaba llegando a su fin.

Antes, cuando había subido las escaleras de piedra, no me había parecido ver ninguna calle comercial. Qué raro. Tragué saliva, pero, ignorando los latidos de alarma en mi pecho, seguí avanzando con pasos vacilantes. Dejé atrás el recinto del templo y me adentré en la calle comercial, desde donde pude apreciarla mejor en su totalidad.

No había farolas, solo linternas de papel colgantes rojas y blancas, y los rótulos de los establecimientos estaban escritos en un alfabeto extraño. Algunas casetas parecían muy antiguas, como sacadas de la era Showa, mientras que otras tenían un aire chino, lo que generaba una atmósfera enigmática, como un revoltijo de elementos orientales con un toque retro.

Por un momento, me invadió un arrebato de nostalgia. ¿Aún quedaban sitios así en plena ciudad? Pero esa sensación no duró demasiado y pronto me arrepentí de haberme metido ahí dentro.

Casi todas las casetas estaban cerradas, con las persianas bajadas y las cortinas corridas. Tampoco parecía que hubiese nadie por allí, por lo que todo hacía pensar que era una calle abandonada.

Se me antojó un lugar bastante siniestro, así que decidí dar media vuelta, pero justo en ese momento mis ojos se posaron en un símbolo que no pertenecía a una tienda. Aquello, pintado en rojo sobre la piedra blanca del edificio, era sin lugar a duda el icono de una oficina de correos.

«¿Un edificio público en un lugar como este?».

Al acercarme, me di cuenta de que no era como las casetas de correos modernas y pulcras que conocía. Se trataba de un edificio de piedra de dos plantas, similar a un dado, con rengleras de ventanas estrechas y rectangulares. Las paredes, en algunas partes ennegrecidas, y el buzón cilíndrico clavado junto a la calle dejaban entrever el paso del tiempo. La entrada tampoco tenía puertas automáticas, solo una de madera.

Probé a girar el pomo y se abrió. No es que tuviera nada que hacer en correos, pero quería echar un vistazo al interior solo por curiosidad. Como había imaginado, por dentro lucía igual de retro y anticuado.

El suelo era de madera, bien pulido y de color ámbar. En el centro de la estancia reposaba un majestuoso escritorio y, en las paredes, estanterías con artículos de papelería y postales. Aunque estaba un poco oscuro, en un anaquel cerca del escritorio había una lámpara de la que emanaba suficiente luz para escribir.

Como era habitual en las oficinas de correos, también había un largo mostrador que atravesaba la sala, pero no vi a ningún empleado esperando detrás.

Entré y, mientras contemplaba unos bloques de papel de carta que parecían estar a la venta pero no tenían precio, sentí una mirada clavada en mí. Alcé la vista.

—¡Uah!

Me asusté y di un brinco hacia atrás. No era para menos; un hombre alto vestido de cartero había aparecido de la nada y se había plantado a mi lado. Encima era sorprendentemente guapo.

Su cabello, plateado, liso y largo hasta la cintura, fue lo primero que me llamó la atención, mientras que sus pestañas, del mismo color, enmarcaban unos ojos de iris púrpuras. La mitad izquierda de su rostro quedaba escondida tras un largo flequillo, por lo que el lado derecho era el único que estaba a la vista. Solo esos detalles ya lo alejaban de la fisonomía japonesa, pero es que además tenía unas facciones tan bellas, masculinas y tan bien encajadas en ese rostro de tez blanca que bastaba con mirarlo una vez para quedarse sin aliento. El uniforme verde oscuro y la gorra con visera y el símbolo de correos que llevaba también eran diferentes a los de los carteros que se podían ver normalmente en la ciudad.

Con lo que destacaba ese chico, ¿cómo era posible que no lo hubiese notado acercándose? Era como si, a pesar de su belleza, careciera de presencia. Emanaba un aura tan plácida que, más que un ser humano, parecía una... cosa.

Me sorprendí al darme cuenta de lo groseros que eran mis pensamientos. Por más hermoso que fuese, casi como una escultura, no estaba bien tratarlo como un objeto.

—Eres... ¿eres el encargado? —Como se me había quedado mirando en silencio, decidí hablar yo primero. Sin embargo, él permaneció completamente inmóvil, sin mudar la expresión—. ¿Hola...?

La situación resultaba bastante incómoda. A solas y en silencio con un chico tan guapo, mirándonos... ¿En serio no iba a decir nada? ¿Por qué se me había acercado, entonces?

Su boca se abrió despacio y de ella surgió una voz grave y serena:

—Lo siento, hacía tanto tiempo que no hablaba con humanos que me he quedado en blanco.

—Eh... ¿Qué?

Si de verdad hacía tanto tiempo que no hablaba con nadie, esa oficina de correos debía de estar en números rojos. Eso de «humanos» también me llamó la atención.

—Me llamo Suigetsu. Soy el único empleado de Correos Tasogare. Lee esto.

El tal Suigetsu me entregó una hoja de papel, pero lo de que era el único empleado me intrigó y, antes de bajar la vista para leer lo que me había dado, pregunté:

—Disculpa, ¿esta no es una oficina de correos normal?

—No sé a qué te refieres con «normal», pero esta oficina la he creado yo.

Entonces, ¿era una empresa privada? Si decía que él era el único empleado, ¿cómo repartía las cartas y los paquetes? Aún con todas esas dudas en la cabeza, bajé la mirada hacia la hoja. Por el tacto, parecía papel japonés y, escrito con pincel y una caligrafía impecable, ponía lo siguiente:

Manual de uso de Correos Tasogare

A los fantasmas, espíritus malignos y personas atenazadas por las preocupaciones:

—¿Eh...? ¿Cómo que «fantasmas y espíritus malignos»? ¿Y eso de «personas atenazadas por las preocupaciones»...?

El corazón me dio un vuelco. Era como si supiera que mi novio acababa de dejarme y estaba hundida en la más absoluta miseria.

—No hay ningún error en la nota. La calle del Crepúsculo solo la transitan fantasmas, espíritus malignos y humanos atenazados por sus preocupaciones... Nadie más —explicó Suigetsu, aún con esa expresión imperturbable. El problema era que no entendía ni una palabra de lo que me estaba diciendo.

—Hum... Espera, aquí hay más cosas que no comprendo...

- Correos Tasogare solo abre al crepúsculo.
- Escriban sus cartas dentro de la oficina y entréguennoslas.
- Nos comprometemos a hacerlas llegar a cualquier persona y en cualquier lugar, pasado, presente y futuro.
- Sin embargo, tengan en cuenta que no es posible mandar cartas a los difuntos.
- Aunque podemos enviar cartas al pasado, los hechos ya ocurridos no se alterarán.

Los dos primeros puntos eran comprensibles. Si solo había un empleado, no era extraño que el horario fuese tan restringido, y en las oficinas corrientes también solía haber un espacio para escribir. Las dudas llegaban a partir del tercero. Ninguna de las siguientes advertencias tenía sentido en la vida real, así que empecé a olerme lo que pasaba. Esa, por fuerza, tenía que ser una tienda temática decorada en torno a ese concepto, el de una oficina de correos un tanto especial, como era el caso de muchos parques de atracciones o cafeterías. Había tardado un poco en caer en la cuenta, porque por fuera parecía una oficina de correos de verdad, pero era la única explicación plausible que hallé para justificar esa singular lista de

advertencias y la extraña palabrería del encargado. Por no hablar de su cabello, inaceptable en cualquier otro empleo, y el color de sus ojos.

—Ya me lo podrías haber dicho antes...

De repente me daba vergüenza haber reaccionado a todo lo que había visto de una forma tan exagerada, aunque ese hubiese sido su objetivo desde un comienzo. Dicho esto, aún quedaban dos advertencias difíciles de explicar incluso para una tienda tan especial como esa:

- Cuando escriban sus cartas, tengan presente que:
  - Hay que utilizar la escritura en espejo.
  - Hay que respetar el límite de caracteres.

—Disculpa... No acabo de entender estos dos puntos... ¿Por qué hay que escribir así?

—Eso es porque todas las cartas pasan a través de un espejo antes de llegar a su destino, lo que invierte irremediablemente sus caracteres. En cuanto al límite, verás, no puedo llevarme demasiadas letras al pasado o al futuro. Mi poder no es perfecto, esta es la razón.

Suigetsu se apartó el pelo que le cubría el ojo izquierdo y, al hacerlo, dejó al descubierto una cicatriz en forma de grieta desde la frente hasta justo debajo del ojo. La perfección de sus facciones no hacía más que acentuar esa herida, casi hiriente a la vista.

—Ah...

Aparté la mirada de inmediato, tomándola por una cicatriz auténtica, pero después me di cuenta de que era un poco rara. Más que un corte, se asemejaba al patrón que queda en un cristal o un

espejo al romperse. Claro, eso también formaba parte del atrezo, seguro que era maquillaje.

La nota final que había en la hoja de advertencias sobre las sanciones por no respetar las normas no me interesaba demasiado. Al fin y al cabo, no tenía ninguna intención de enviar una carta a nadie.

—Gracias por explicármelo todo, pero creo que no necesito los servicios de esta oficina de correos.

—¿Estás segura? —preguntó Suigetsu, bajando la mano con la que se había apartado el flequillo.

—¿Qué insinúas?

—Verás, las personas que no tienen nada que decir a nadie no encuentran este lugar.

Los iris violetas de Suigetsu me miraban fijamente. Por alguna razón, sentí como si estuviese frente a un espejo.

—Pero yo... no tengo nada que...

Me interrumpí. Era cierto que había alguien a quien quería comunicar mis sentimientos. El problema era que, con esa persona, ni las palabras ni las lágrimas servían de nada.

—Puedo hacer llegar cartas a quien sea, aunque no conozcas ni su nombre ni su dirección.

—¿Eh? ¿Incluso sin su nombre?

¿Entonces también podía mandar mis reproches a la amante de Masashi, aunque no supiese ni quién era? O, mejor aún, si decía que se podían mandar cartas al futuro, ¿significaba que podría ponerme en contacto con el hijo de esos dos y hacerle saber que era el fruto de una infidelidad?

Eran pensamientos perversos, lo sé, pero de algún modo sentía que aliviaban mi resquemor. Al fin y al cabo, todo formaba parte de

un juego. En realidad, era imposible mandar una carta al futuro o a alguien de quien no sabías ni el nombre.

—De acuerdo, pues escribiré una carta. Quiero mandarla al futuro... Al hijo de unos conocidos que nacerá pronto.

Me ahorré especificar que era el hijo de mi novio y de su amante. Tampoco había necesidad de contarle tantos detalles a Suigetsu. Obviamente, lo adivinaría si leía mi carta, pero no me daba la sensación de que fuese esa clase de persona.

—Muy bien, el límite de caracteres es más o menos lo que te quepa en una postal de estas. Elige la que quieras y escribe tu carta con la pluma de la tienda.

—Vale.

En las estanterías había papeles de carta con grabados de dos colores y tarjetas de papel japonés artesanales. Yo elegí una postal con una filigrana visible a contraluz.

—Elijo esta. Tengo que usar ese escritorio, ¿no?

—Exacto. Ahí encontrarás un espejo para ayudarte a escribir los caracteres del revés.

Suigetsu no mentía. El escritorio contaba con un espejo pegado en la parte inferior, colocado de tal forma que solo reflejaba las manos. Claro, eso agilizaba las cosas. La tarea seguía siendo algo complicada, pero tampoco tenía que escribir tanto; me las apañaría.

También encontré una estilográfica de cristal y un botecito de tinta azul hermosamente dispuestos. Habían cuidado hasta el último detalle. Impresionada, tomé la pesada pluma celeste y sumergí con cuidado la punta en la tinta sin saber muy bien lo que hacía.

—A ver... El destinatario... No hace falta que lo escriba, ¿no?

Tampoco habría podido, pues la persona en cuestión aún no tenía nombre. Decidí escribir solo lo esencial de forma concisa, pero, por algún motivo, no podía mover la mano.

—¿Eh? Qué raro...

Una gota cayó encima de la postal. Me asusté, pensando que la tinta estaba goteando, pero luego me percaté de que era una lágrima transparente, mía.

—Por... ¿Por qué...?

¿En serio era eso lo que quería escribir? ¿De verdad quería lanzar aquella bomba en el alegre hogar que Masashi pudiese construir en un futuro?

Masashi no era de los que abandonan a una chica después de dejarla embarazada. Él era un chico responsable, quizá un poco testarudo. ¿Acaso no había sido siempre mi bote salvavidas?

Cada vez que le había pedido consejo con el trabajo, había meditado una solución con una seriedad intachable. Y una vez que estuve deprimida porque un cliente loco me había puesto una queja sin sentido, él se indignó incluso más que yo y me consoló. Masashi no era de los que regalaban cumplidos, por eso, cuando reconocía mi esfuerzo, me sentía la persona más dichosa del mundo.

Primero me lo había tomado como una excusa barata, pero ahora empezaba a pensar que eso de que solo había sido un desliz de una noche podía ser verdad. Eso explicaría que esos últimos días hubiese estado tan distante conmigo. Probablemente se sentía culpable por lo que había hecho y no osaba volver a dirigirse a mí.

A la amante no la conocía, pero si estaba dispuesta a tener al niño de un chico con el que solo se había acostado una vez, era más que probable que llevase tiempo detrás de Masashi y hubiese tenido unas intenciones muy claras. Ahora bien, aunque todo formase parte de un ardid, me costaba creer que Masashi tomase una decisión diferente.

—No puedo... No puedo hacerlo.

No podía ensuciar nuestra relación de seis años, pero tampoco olvidarla de la noche a la mañana. Lo único que me quedaba era intentar calmarme, llorar todo lo que necesitase y luchar por imponerme al dolor y recomponerme poco a poco. Algún día llegaría un futuro en el que ese momento se convertiría en un recuerdo feliz. Un futuro en el que viviría la mejor historia de amor del mundo con un hombre cien veces mejor que Masashi. Tenía derecho a creer en mi propia felicidad, ¿no?

—Suigetsu, ¿puedo cambiar el destinatario de mi carta? —le pregunté, volviéndome hacia él a la vez que me secaba las lágrimas.

Me lo encontré observándome inmóvil. ¿Había estado así todo el rato?

—Claro, no me importa. ¿A quién se la vas a mandar?

—Pues... Al amor que algún día conoceré... ¿Se puede?

De pronto me entró el pánico. ¿Y si me decía que esa persona no existía? Sin embargo, después de pensarlo un instante, Suigetsu asintió.

—Por supuesto. Entonces, con una postal igual bastará.

—Perfecto, gracias.

Me di cuenta por primera vez en mucho tiempo de que las comisuras de mis labios estaban levantadas. Vaya, ¿aún sabía sonreír? Al final resultaría que era más fuerte de lo que pensaba.

—A ver qué escribo...

Sumergí la estilográfica de cristal en la tinta con más ímpetu que antes y empecé a rasgar el papel. Ric, ric... Qué sonido más reconfortante. Aunque era la primera vez que escribía del revés, no me quedó nada mal, quizá gracias a los claros y oscuros de la tinta azul.

Eso fue lo que escribí:

Para ti, a quien tal vez conozca algún día.
Seguiré esforzándome hasta que llegue el momento, así que cuídate mucho tú también.



Me preocupaba la idea de que mi media naranja falleciese en un accidente o por enfermedad antes de conocerme a mí, de ahí esa frase. Como el destino era algo tan ambiguo como el futuro, no tenía forma de saber cuándo llegaría mi carta ni cuándo conocería a esa persona. ¿Quién sabe? Quizá los dos nos habríamos convertido ya en una pareja de ancianos.

—Qué tonta... ¿Por qué me lo tomo tan en serio? Es obvio que no llegará a ninguna parte.

Por un momento me había dejado llevar por la atmósfera de la oficina y el aura misteriosa de Suigetsu y me había creído esa fantasía.

Metí la postal en el sobre y escribí mi nombre en el remitente.

—Eh... Disculpa, ¿tienes alguna pegatina para sellar el sobre?

—Sí, dentro del cajón.

Lo abrí como me indicó y dentro encontré esparcidas de cualquier manera un montón de pegatinas artesanales hechas con papeles de colores y cinta de doble cara en el reverso. También había algunos objetos que no tenía ni idea de para qué se utilizarían, como una cuchara, velas y sellos algo bastos. Ya se me había ocurrido antes, al ver los juegos de papeles de cartas, pero ¿era posible que todo lo que se vendía en esa tienda estuviese hecho por el mismo Suigetsu?

Al imaginarme a ese joven tan guapo y de cabello plateado absorto en la tarea de confeccionar papeles para cartas y pegatinas, no pude contener una risita.

Sellé el sobre con un adhesivo rojo en forma de flor y solté un hondo suspiro. Escribir esa postal me había servido para olvidar momentáneamente la tristeza. Lo que necesitaba no era acusar eternamente ni desearles lo peor a Masashi y a su amante, sino visualizar un futuro feliz para mí. Al final, Suigetsu estaba en lo cierto cuando había dicho que las personas que no tenían nada que decir a nadie no encontraban ese lugar.

—Suigetsu, ya he terminado. ¿Ahora qué hago?

No sé en qué momento había empezado a tratarle con esa confianza, pero al chico no pareció molestarle. O, para ser más exactos, era imposible saber qué demonios le pasaba por la cabeza.

—Yo lo guardaré.

—De acuerdo, aquí tienes.

Le entregué la postal y él la cogió con unos dedos largos y ágiles envueltos en guantes blancos.

—Recibida —respondió.

—Gracias. Ah, ¿cuánto te debo?

—Serán ochenta y cuatro yenes.

Comparado con lo que había imaginado, el precio era tan barato que abrí los ojos de par en par.

—¡Los sellos cuestan mucho más! ¿En serio podrás mantener a flote esta oficina? ¿No te arruinarás?

Por mucho que él fuese el único empleado, habría algunos gastos de mantenimiento, ¿no? ¿De qué comía ese chico? ¿O acaso era el hijo de algún millonario y se había montado esa tienda para distraerse? ¿Por eso emanaba esa aura de irrealidad?

—No te preocupes. Aún tengo que seguir un tiempo más con esta oficina —explicó él. Por un instante, me pareció notar un deje de tristeza en su voz, aunque puede que no fuesen más que imaginaciones mías.

Le pagué lo que me pidió, le di las gracias y salí a la calle. Aunque sentía que había pasado bastante rato, fuera todavía no se había puesto el sol.

«Qué lugar tan extraño... Esta calle comercial y la oficina de correos».

Para cuando regresé al templo, lo acontecido me parecía un sueño. Sin embargo, las manchas de tinta azul en mis dedos eran una prueba irrefutable de que todo había sido real.

¿De verdad Suigetsu entregaría mi carta? No es que tuviera esperanzas, pero ¿y si esa historia sin sentido era cierta?

Hoy por hoy, lo que tenía que hacer era dormir bien, comer y trabajar. Tenía que vivir mi vida al máximo para que, cuando conociese a mi media naranja, pudiese hablarle de mí con orgullo.

Saqué el móvil de la bolsa y eliminé el contacto de Masashi.



¿Y qué fue de mí tras esa tarde? Pues, aunque había planeado cambiar de trabajo para adaptarme a Masashi, al final me di cuenta de cuánto me gustaba mi empleo y decidí continuar en el mundo de la moda. Al cabo de uno o dos años, esa tienda con escasez de personal a la que me habían destinado ya contaba con empleados completamente formados y mi día a día era mucho más llevadero.

Al principio lloraba por las noches al recordar a Masashi. Me sentía muy sola. Al eliminar su contacto, también bloqueé sus correos electrónicos y llamadas, pero a través de varios conocidos me enteré de que había intentado pedirme disculpas mil veces como un desesperado. También me llegaron voces de que se había casado y de que su hijo había nacido sano. Cada vez que el dolor me invadía el pecho y la pena amenazaba con aplastarme, recordaba esa tarde en la oficina de Correos Tasogare. La carta que había escrito y la persona que quizá algún día conocería. Y así, a medida que fueron pasando los días, dejé de pensar en Masashi y en la oficina. Hasta que transcurrieron varios años.



—Jefa... ¿Qué hace otra vez aquí Kurosawa, el de la central?

La empleada del turno de tarde casi se echó a llorar al ver a ese hombre vestido con traje en la sección de ventas.

—Ah, sí, ha venido a ver cómo estaban las cosas por aquí aprovechando un viaje por la zona.

—Pues ojalá dejase de presentarse sin avisar... Es tan quisquilloso que me pone de los nervios cuando anda cerca.

—Tranquila, tranquila —intenté animarla yo, dándole unas palmaditas en sus hombros caídos—. Kurosawa es estricto, pero no se enfada sin motivo. Tú haz como siempre y verás que no pasa nada.

—Jolín, jefa... ¿En serio que no te importa? A mí me pone los pelos de punta cuando me mira con esos ojos de lince... Así no hay forma de atender a los clientes.

—Bueno, a mí también me pone un poco nerviosa todavía. Pero no da tanto miedo como todas decís.

—No sé yo...

Kurosawa, que doblaba con movimientos rápidos la ropa desordenada mientras mantenía un ojo puesto en los empleados, trabajaba en la oficina central de nuestra marca. Allí había asesores para las distintas tiendas repartidas por el país, pero hace no mucho él había pasado a ser el responsable de la nuestra. Era un hombre con experiencia en el sector, en la treintena, de carácter reservado y tan apuesto que todas las empleadas se pusieron a chillar emocionadas la primera vez que lo vieron cuando vino a presentarse.

No obstante, la euforia duró poco. En cuanto descubrieron lo quisquilloso y estricto que era y la forma cortante que tenía a la hora de decir las cosas, pronto cayó en picado en el ranking de popularidad y se convirtió en el temido Ogro Kurosawa. Cada vez que pasaba por nuestra tienda, el ambiente se congelaba.

Aun así, a mí no me desagradaba tanto como a las demás. Todos sus consejos eran acertados y lo cierto era que habíamos mejorado mucho las ventas desde que contábamos con él. No solo se fijaba en el trato del personal hacia los clientes; también en la disposición de los artículos y la forma de exponer la ropa. Cuidaba hasta el último detalle. Además, bastaba con verlo unas cuantas veces para convencerse de que era alguien que se tomaba su trabajo muy en serio. Como encargada, para mí era muy reconfortante contar con un superior como él.

—Ya falta muy poquito para las rebajas de Año Nuevo. ¡Demostrémosle a Kurosawa lo que valemos!

—¡Sí, eso es! ¡Le cerraremos el pico vendiendo un montón!

Me alegraba ver que incluso las chicas que acababan de entrar mostraban entusiasmo con las rebajas.

La verdad es que fueron un infierno de trabajo, pero prácticamente nos quitaron de las manos las bolsas de la suerte[1] y con las ventas totales de los primeros tres días logramos posicionarnos en el primer puesto en el ranking de tiendas de la zona. El Ogro Kurosawa nos felicitó con una sonrisa de oreja a oreja y hubo alguna empleada que incluso rompió a llorar.

Pasadas las fiestas de Año Nuevo, cuando la afluencia de clientes empezó a calmarse, sucedió algo insólito: Kurosawa me invitó a tomar una copa. Y me invitó a mí sola. Así pues, ese día, al terminar mi turno, me dirigí al bar donde habíamos quedado con el estómago un poco encogido por los nervios. Me había dicho que me invitaba «en reconocimiento por las ventas de Año Nuevo», pero costaba tomárselo al pie de la letra. Tanto podía felicitarme por el esfuerzo como recriminarme que podría haberlo hecho mejor; ambas opciones eran igual de probables.

—Bu... Buenas tardes...

Cuando entré en el reservado de la taberna, Kurosawa se estaba limpiando las manos con una toallita húmeda. Al parecer, aún no había pedido nada.

—Oh, ya estás aquí. Perdona por hacerte venir después del trabajo, debes de estar cansada.

—En absoluto...

Se había quitado la chaqueta, aflojado la corbata y desabrochado los botones de las mangas. Daba la impresión de estar muy relajado. Quizá, después de todo, no iba a echarme la bronca... ¿Podía bajar la guardia, entonces?

Un poco más tranquila, tomé asiento y Kurosawa me pasó la carta.

—Pide lo que quieras. Yo más o menos ya lo tengo.

—Va... Vale... Te haré caso.

Decidí tomar algo para picar y una cerveza. Kurosawa también eligió una cerveza para beber y, en general, la mayoría de las tapas que yo, tras mucho dudar, al final había decidido no pedir, pero que también me apetecía mucho probar. Me sorprendió que coincidiéramos tanto en cuestión de gustos.

—Bueno, brindemos. ¡Por el gran éxito de ventas!

Una vez que nos trajeron las cervezas, juntamos las jarras de cristal para brindar. De camino hacia allí me había estado preguntando de qué podría hablar a solas con Kurosawa e incluso había llegado a pensar que los nervios me impedirían saborear la comida, pero, quizá gracias al alcohol, Kurosawa resultó ser de lo más hablador. Además, era buen oyente y no olvidaba lanzarme algún que otro piropo de forma discreta. Cuando se nos agotaban los temas de conversación, me contaba alguna anécdota de la central y, sin darme cuenta, su charla me absorbió tanto que casi me olvidé de comer.

Ya nos habíamos terminado las tapas y estaba echando un vistazo a la carta para ver qué pedir de postre cuando de repente Kurosawa habló con un tono un tanto extraño:

—Ha debido de pillarte un poco por sorpresa, ¿no? Eso de que te invitase. Soy consciente de que salir a tomar algo con el cascarrabias de tu jefe no es la mejor recompensa que podía ofrecerte, pero no se me ocurrió nada más.

—Qué va, no digas eso.

—No te preocupes. Sé perfectamente qué piensan todas de mí. En realidad, me habría gustado invitar a todo el equipo, pero para ellas habría sido más un castigo que otra cosa... Les he comprado unos dulces, ¿se los darás de mi parte?

—Oh, muchas gracias.

Me entregó una bolsa de papel y la dejé sobre la mesa. Era de una tienda de dulces que había visto más de una vez en las redes sociales. Me sorprendió que Kurosawa conociera una tienda tan popular entre las chicas. ¿Y si se había tomado la molestia de investigar para regalar a las empleadas algo que les hiciera realmente ilusión?

Después de hablar un rato con él más allá del trabajo y descubrir lo considerado que era, podía fácilmente imaginármelo.

—Por favor, no digas que esta no es la mejor recompensa que podías ofrecerme. Me he divertido mucho hoy, de verdad.

Me lo había pasado muy bien, hasta el punto de olvidar, por unos instantes, que era mi jefe. La comida y el alcohol también estaban muy ricos, y eso que no habíamos pedido nada excepcional.

—Y a las chicas no les caes tan mal como te imaginas. Una incluso se puso a llorar de emoción cuando la halagaste. Todas han empezado a darse cuenta de que no eres estricto de forma gratuita y de que, en realidad, te preocupas mucho por ellas.

Quería que se convenciese de ello y se me escapó un tono más contundente de lo habitual. Él me miró con cara de sorpresa.

—¿Puedo confesarte un secreto? No era mi intención antes de venir, pero yo también me lo he pasado muy bien contigo y... me han entrado ganas de contártelo.

—Claro, si es lo que quieres.

—Gracias —dijo, con una leve sonrisa, y tomó un sorbo de agua—. ¿Por dónde empiezo...? A mí no me contrataron al salir de la universidad, creo que ya lo sabes... Antes de entrar aquí, había estado trabajando en otra empresa de moda. No era demasiado grande, tenía solo una marca y operaba a nivel nacional.

Yo también conocía muy bien la marca que nombró Kurosawa. Tenían una tienda en uno de los centros comerciales donde había trabajado.

—Los de la central éramos como esclavos... En la industria de la moda, que te exploten a cambio de un salario mísero es algo bastante corriente, pero aquello resultaba excesivo. Siempre andábamos faltos de personal, trabajábamos muchas jornadas seguidas y estuve a punto de morir de cansancio, literalmente. Muchos de mis compañeros dejaron el trabajo tras quebrarse física o mentalmente.

Todo el mundo sabía que el sector de la moda era un infierno laboral. Aun así, yo siempre había creído que eso solo se aplicaba a los empleados de las tiendas, quienes recibían los salarios más bajos. Al parecer, en la central ocurría lo mismo...

—Debió de ser muy duro —respondí, atónita. No se me ocurrió nada mejor.

—En ese momento, recibí una carta sin destinatario. Me la entregó el cartero en persona, un tipo bastante peculiar. Llevaba el pelo largo y de color plateado y parecía muy atractivo.

—¡¿Qué?!

Por primera vez en mucho tiempo, me acordé de Correos Tasogare y de Suigetsu. ¿Era posible que ese cartero fuese...?

Lo que Kurosawa me reveló a continuación me dejó sin palabras:

—En esa carta ponía: «Seguiré esforzándome hasta que llegue el momento, así que cuídate mucho tú también». Al leerlo, fui consciente por primera vez de que estaba forzando demasiado la máquina. Poco después, cambié de trabajo y llegué aquí. Esta historia por sí sola ya es bastante inquietante, pero es que encima... en el remitente de la carta, ponía tu nombre. Perdona si todo esto suena muy raro.

Kurosawa me miró con timidez.

Esa era, sin lugar a dudas, la carta que años atrás había escrito para mi futura pareja.

—Es... Es...

Me temblaban los labios y fui incapaz de articular palabra. El recuerdo de ese día en el que toqué fondo y el de todos los años que estuve luchando por seguir adelante, volvió a mí de golpe y me desbordó el pecho de emoción.

Así era. Había vivido cada día al máximo por ese momento. Por el día en el que nos encontraríamos.

—Qué... ¡¿Qué te pasa?! Lo siento, no tendría que habértelo contado. Te he incomodado, ¿verdad? —exclamó él, primero sobresaltado y luego angustiado. Al parecer, había empezado a llorar sin darme cuenta.

—Lo siento, no es eso. Es que, verás, a mí también me sucedió algo muy extraño hace años. —Mientras me presionaba los labios con una toallita húmeda, saboreaba el milagro de haberlo encontrado antes de convertirme en una anciana—. Es la historia de una misteriosa oficina de correos que me salvó la vida... ¿Quieres oírla? —le pregunté.

Una sonrisa iluminaba mi rostro enrojecido por las lágrimas. Kurosawa, el futuro amor de mi vida, me miró con una expresión parecida a la mía y asintió.

—Por supuesto.



Suigetsu entrecerró los ojos al divisar a un hombre vestido con traje caminando por el distrito de oficinas de buena mañana. Estaba pálido y andaba con pasos renqueantes. Ese era el destinatario de la carta que tenía que entregar.

—Disculpa... Tengo una carta para ti —lo llamó.

El hombre se volvió con cara de perplejidad, miró a Suigetsu y encogió los hombros.

—¿Qué?

—Llevo mucho tiempo buscándote. Al menos sigues vivo.

—¿Se puede saber qué dices?

Sin responder a su pregunta, Suigetsu se sacó una carta de la bolsa de cartero que llevaba colgada en el hombro.

—Esta carta es para ti.

Se la entregó mientras el otro permanecía atónito y luego se fue sin mediar palabra. Como afortunadamente no se molestó en ir tras él, pronto pudo meterse en un callejón y desaparecer.

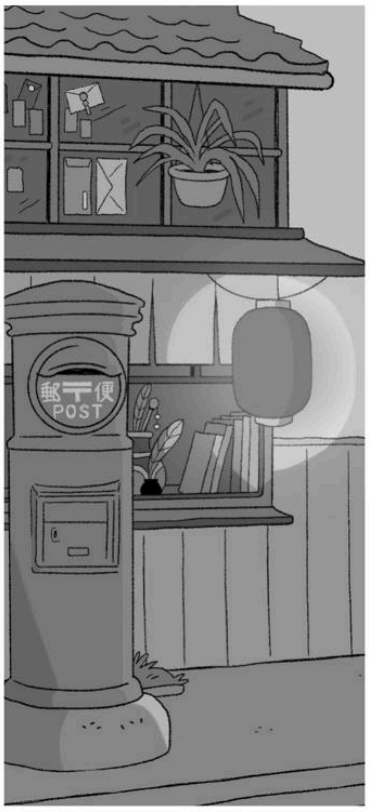
Al volver a la oficina, se quitó la bolsa vacía. Luego, aprovechando que estaba solo, Suigetsu se puso a hablar en voz alta:

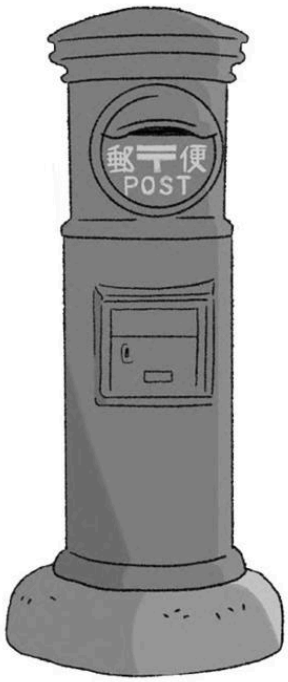
—He podido alterar el futuro porque, en el momento en el que esa chica escribió la carta, aún no estaba determinado. Los sentimientos volcados en esa postal han cambiado el destino de esa pareja. ¡Ja!

Sus labios se curvaron en una sonrisa. No era una expresión propia de él, pero nadie estaba allí para verla.

CAPÍTULO 2

PARA LA ESPOSA CON LA QUE TANTOS AÑOS HE COMPARTIDO




郵便
POST

En mi cabeza había un monstruo que se comía todos mis recuerdos.

Al parecer, se llamaba demencia.



Para cuando me di cuenta, el sol había emprendido ya su descenso y me encontraba en una calle comercial desconocida.

—¿Qué es este lugar? ¿He estado deambulando otra vez?

Poco después de cumplir los ochenta años, el médico me diagnosticó demencia. Yo no era consciente de cuándo se me iba la cabeza. Aún me acordaba de mi nombre y sabía en qué día estábamos. Sin embargo, con el paso del tiempo, cada vez sentía que había más momentos en los que no era capaz de decir lo que había estado haciendo, momentos en los que me dedicaba a anotar cosas sin sentido en mi agenda o salía a caminar para acabar perdido en medio de la calle. Parecía obvio, pues, que ese «otro yo» sufría demencia.

Me imaginaba equivocándome con los nombres de mi familia o incapaz de responder a las preguntas del médico y me irritaba mucho. No lo soportaba, pues era por culpa de esas cosas que todos me trataban como a un viejo chiflado incluso cuando estaba lúcido. También me ponía de muy mala uva que me hablasen despacio y alzando la voz, como se hace con los niños, y me entraban ganas de gritarles: «¡Que yo no soy un crío! ¡Tengo más años que tú!», pero

me contenía. De haberlo hecho, me habrían tachado de intratable y habría sido aún peor.

—¿Qué me ha traído hasta aquí?

Puede que hubiese anotado algo en la libreta de cuero marrón que siempre llevaba encima. Me la saqué del bolsillo de los pantalones y la abrí por la fecha de ese día. «He confundido a Toki con Misaki. Toki se ha puesto muy triste». Esto era lo único que había escrito.

Me indigné con mi yo del pasado. ¿Cómo había podido confundir a Toki, la esposa con la que había compartido tantos años, con Misaki, nuestra nuera, que vivía con nosotros? Al volver a casa tendría que disculparme.

Dado que no encontré ninguna anotación con referencia a esa calle comercial, decidí seguir el camino. Quizá andar me ayudase a recordar qué estaba haciendo allí. Me dolían las piernas y la espalda, pero me dije que tenía que seguir avanzando aunque fuese muy despacio y con la ayuda de mi bastón. No conocía aquella calle, pero percibía algo nostálgico en ella. Tenía un aire a los distritos comerciales de la era Showa, por donde paseaba cuando era joven, si bien en las calles de antaño no había edificios con ese estilo chino, rótulos en alfabetos desconocidos ni esos farolillos de papel rojos y blancos.

«Pero todas las tiendas están cerradas a cal y canto... ¿Y si es una calle abandonada?».

A medida que me adentraba en ese distrito comercial de la era Showa, sin clientes ni actividad de ningún tipo, empecé a recordar mis años de juventud.

Conocí a mi esposa Toki al poco de cumplir la mayoría de edad. La vi en una reunión de antiguos alumnos de secundaria y me cautivó al instante. Se parecía a la actriz Choko Hanafubuki y era hermosa y

sofisticada. En esa época había muchos alumnos por curso y era bastante habitual que no nos conociéramos todos, aunque fuésemos del mismo año. Le propuse matrimonio enseguida, y eso que solo era un vulgar asalariado. No quise que se me adelantara nadie.

Nos casamos y, después de que naciera nuestro primer hijo, dejé la empresa donde estaba para empezar a dirigir mi propia fábrica. Por primera vez, sentía el peso de la responsabilidad sobre mis hombros. De mi gestión dependía que pudiese alimentar a mi familia y pagar un salario digno a mis empleados.

Trabajaba muy duro todos los días. Me encerraba en la fábrica hasta bien entrada la noche y casi nunca me tomaba vacaciones. Quizá por eso apenas guardaba recuerdos con mi familia. El tiempo se me pasó volando. Casi de la noche a la mañana, mis tres hijos se habían hecho mayores y se habían independizado. Ser capaz de traer una buena cantidad de dinero a casa todos los meses me llenó de una falsa confianza, y, cuando una vez Toki se quejó de que le gustaría que dedicase más tiempo a nuestra familia, yo le respondí muy enfadado: «¿Quién te crees que os da de comer? Podéis vivir con tantas comodidades precisamente porque me deslomo trabajando».

Para cuando cumplí los setenta, mi cuerpo se había debilitado tanto que tuve que deshacerme de la fábrica. Mis tres hijos contaban con empleos estables y ninguno quiso continuar con el negocio, de modo que no me quedó más remedio que cerrar. Por fortuna, todos mis trabajadores eran más o menos de mi generación y a ninguno le supuso un problema quedarse sin trabajo. Resultaba irónico que, tras tantas décadas dedicado al bienestar de mi familia y empleados, nadie pareciese afectado cuando bajamos la persiana para siempre. Reconozco que eso me chocó bastante e hizo que me cuestionara el sentido de tanto esfuerzo.

Sin embargo, lo más difícil llegó después. Una vez jubilado, Toki y nuestra nuera Misaki se volvieron más distantes conmigo. Quizá «distantes» no sea la palabra adecuada. Más bien era como si, ahora que me tenían en casa todos los días, no supieran qué hacer conmigo. Mi hijo mayor se comportaba como si la cosa no fuese con él y mi nieto universitario, que ya no vivía con sus padres, se dejaba ver poco.

A diferencia de mí, que me pasaba el día delante de la televisión o leyendo el periódico, Toki andaba muy ocupada. Cuidaba del jardín, asistía a reuniones con otras amas de casa y se iba a tomar el té con sus amigas. En todos esos años que yo había estado en la fábrica, Toki había encontrado su lugar en una comunidad externa a la familia.

En un intento de ganarme su favor, más de una vez me ofrecí para ayudarla con las tareas, pero cuando pisaba la cocina me lanzaba una mirada rara y si me ponía a limpiar me daba las gracias un poco a regañadientes, como si se estuviese callando algo. No tardé en percatarme de que, más que ayudarla, la estaba molestando.

Por primera vez me daba cuenta de lo equivocado que había estado dedicándome solo al trabajo y descuidando completamente a mi familia. Toki había sufrido mucho por mi culpa. No sabía fregar los platos ni limpiar la bañera y me costaba intercambiar más de dos palabras seguidas con mi nuera y mi hijo. Mi presencia en la casa era la misma que la de una cómoda o una mesa; me había convertido en un mueble. Un mueble que se movía y comía cuando le apetecía.

Pensé en llevarme a Toki de viaje para cambiar de aires, pero a mi edad las piernas y la espalda ya no me lo permitían. A decir verdad, salvo durante nuestra luna de miel, nunca habíamos vuelto a salir de la ciudad.

Todo cuanto me quedaba por hacer era procurar molestar lo mínimo posible a Toki y a mi nuera y regalarles algo de dinero a mis nietos cuando de vez en cuando venían a vernos.

¿Cómo podía compensar a mi esposa por su esfuerzo? ¿Cómo podía expresarle mi gratitud por todos los años que había estado cuidando del hogar y, ahora, también de mí? Mi carácter tozudo y orgulloso me impedía darle las gracias directamente. Por si fuera poco, el tiempo que «mi otro yo» estaba presente aumentaba día tras día. Si esperaba a mañana, quizá hubiese olvidado esa determinación.

Aunque intentaba no pensar en ello, de pronto me asaltó el miedo de dejar de ser yo mismo. Me aterrorizaba tanto que me llevé las manos a la cabeza y estuve a punto de gritar.

—Por favor... No quiero dejar de ser yo... No quiero olvidar mis recuerdos...

Di un traspié y noté que mi espalda se apoyaba en algo. Era un buzón de correos, solo que no era cuadrado, sino cilíndrico, como los que predominaban en mi época.

Alcé la vista para contemplar el edificio tras él y me topé con un símbolo que reconocí al instante.

«Vaya, pero si es una oficina de correos».

Además, carecía de una de esas puertas de cristal automáticas que estaban tan de moda últimamente. Era un edificio de dos plantas y la puerta de entrada estaba hecha de madera con un cristal.

«Un momento... Si es una oficina de correos..., ¿significa que puedo enviar una carta?».

Me veía incapaz de darle las gracias a Toki directamente, pero quizá si lo intentaba por escrito... Si la escribía enseguida, como el

cartero se encargaría de hacérsela llegar, ya no tendría que preocuparme por si no volvía a acordarme de ello.

«Me parece una idea espléndida».

Hacía solo un momento una tristeza abrumadora me desgarraba el pecho, pero ahora ya no podía recordar la causa. «Bueno, ¿qué más da?», me dije, y empujé la puerta de la oficina.

—Hola, buenas tardes —saludé, aunque luego me percaté de que no había nadie—. ¿Está cerrada?

Sin embargo, en las estanterías de la pared descubrí, hermosamente dispuestos, papeles de carta y postales, además de un antiguo escritorio en el centro de la estancia.

—No hay nadie en el mostrador... Deben de haberse escaqueado —refunfuñé en voz alta. Justo después, alguien me dio un golpecito en el hombro—. ¡Oh, ¿quién es?!

Trastabillé por el susto y tuve que agarrarme con fuerza a mi bastón para no caerme. Cuando por fin conseguí darme la vuelta, un joven alto y con pelo largo me miraba fijamente.

—Me llamo Suigetsu y trabajo en la oficina de Correos Tasogare. No me estaba escaqueando, has sido tú el que no me ha visto.

—¡¿Cómo no te voy a ver, con esa indumentaria que llevas?!

Pese a trabajar de cara al público, ese hombre parecía incapaz de tratar a los clientes con respeto o sonreír. Y encima era irritantemente apuesto. Tenía el pelo plateado y los ojos violetas. Pensándolo bien, a juzgar por las canas que tenía a su edad, puede que hubiese pasado por más adversidades de las que aparentaba.

—Es la verdad. A los humanos les cuesta percibir mi presencia. Al fin y al cabo, no soy lo que se conoce como un «ser vivo».

—¿Eh?

No había entendido nada de lo que acababa de decirme, pero me fastidiaba pedirle que me lo repitiese.

—Si estás aquí es porque hay algo que quieres comunicar, ¿verdad?

El joven me entregó una nota con un texto escrito con pincel. La caligrafía era muy bonita.

—¿Qué es esto?

—Las instrucciones. Léelas y lo entenderás.

Hurgué en el bolsillo opuesto de los pantalones donde guardaba mi agenda y encontré las gafas. Qué bien que no me las hubiese olvidado.

—A ver, a ver...

Me acerqué al papel para leer lo que ponía, pero resultó ser una sarta de sandeces.

—¿Qué diablos es esto? ¿Me estás tomando el pelo?

—¿Qué te hace pensar eso?

—Hombre, a mí estas instrucciones no me parecen muy normales. ¿Cómo podría alguien mandarle una carta a un muerto o cambiar el pasado? Es obvio que no se puede. ¿Y eso de que enviáis cartas al pasado y al futuro?

Bueno, lo del futuro tenía explicación. Solo había que guardar la carta y hacerla llegar el día que se determinase. Pero lo del pasado era absolutamente imposible.

—Yo no le veo nada de raro.

Al parecer, a ese tal Suigetsu no se le podía hacer entrar en razón.

—Bueno, da igual. La carta que quiero enviar no es al pasado ni al futuro.

Por muy absurdas que me pareciesen sus instrucciones, no afectaban a mi propósito.

—¿A quién se la quieres enviar?

—A mi esposa Toki.

—En ese caso, no es necesario que te ciñas a un límite de caracteres. Elige el papel que más te guste. Encontrarás una pluma en el escritorio —dijo el joven, señalándome la vieja mesa.

—Un momentito... ¿Y eso de que hay que escribir del revés? ¿Es estrictamente necesario?

—Si no lo fuera, no lo pondría.

—Vale...

Podría haberme ido de allí y buscar una oficina de correos más decente, pero me daba miedo olvidarme de la carta que quería enviar antes de encontrar una. Aunque no estaba muy seguro de poder confiar en ese chico, tampoco tenía alternativa. Así pues, una vez que recuperé la compostura, me dispuse a elegir un papel de carta.

—Vaya, qué recuerdos. Esto está hecho con impresión tipográfica... ¡Y esto es un sello de patata!

El resto de los papeles y postales que vi también parecían artesanales, como se hacían en mi época. Elegí un papel de carta azul y amarillo con un estampado de limones y el sobre a juego y me los llevé al escritorio.

—Veamos...

Allí habían dispuesto una estilográfica de cristal y un botecito de tinta azul. Debo decir que cuidaban todos los detalles. Sumergí la punta de la pluma en la tinta y me preparé para escribir, pero entonces me di cuenta de que la mano me temblaba una barbaridad.

—Ay...

Sacudí la pluma sin querer y una gota oscura manchó el papel. A decir verdad, las anotaciones a lápiz en mi libreta también estaban escritas con una caligrafía tenue y temblorosa. ¿Acaso no me quedaba ya la suficiente fuerza en las manos ni para coger el lápiz?

En esas circunstancias, difícilmente podría escribir más de un par de líneas, lo cual no bastaría para expresarle a Toki mi agradecimiento.

—Maldita sea...

Dejé la pluma y me llevé las manos a la cabeza. ¿Por qué había tenido que esperar hasta ser un viejo decrépito para intentar hacer algo? Nunca llegaba a tiempo, siempre me arrepentía cuando las cosas ya no tenían solución. Sí, igual que aquella vez...

Ocurrió unos años antes. Cuando a Toki le diagnosticaron cáncer, recuerdo que pensé lo mismo. Me dije que, cuando le dieran los resultados, la apoyaría y trataría de ser dulce con ella. Que cuando terminasen de operarla, la abrazaría. Pero, al final, llegado el momento, no hice nada de eso. Tras conocer los resultados, y también cuando la ingresaron, lo único que supe hacer fue quedarme paralizado como un inútil. Si bien una vez que la hubieron operado fui a visitarla cada día al hospital, nunca fui capaz de decirle nada realmente reconfortante. Al final todo terminó bien y le dieron el alta, pero no podía evitar pensar que si se hubiese muerto en ese momento, los remordimientos me habrían vuelto loco.

Toki... Toki... No entendía cómo había aguantado tantos años al lado de un tipo como yo. Nunca fui gentil, y tampoco fui el marido ni el padre ideal. Una mujer tan hermosa y trabajadora como ella sin duda se habría podido casar con un hombre mil veces mejor que yo.

De repente empezaron a aflorar en mi mente recuerdos de mi vida con ella que hasta entonces había olvidado.

Por más tarde que llegase a casa, Toki siempre me esperaba despierta. Cada día me preparaba una cena deliciosa y, los días que cobraba, no se olvidaba nunca de servirme mi plato favorito: cerdo empanado. Cuando nuestro segundo hijo estaba en su etapa rebelde y me contestaba con algún exabrupto, ella se enfadaba y lo reñía:

«No le hables así a tu padre». Más tarde, cada vez que me encontraba llorando en secreto por la pena de perder a nuestra hija menor, que se había ido a vivir lejos con su marido, ella me acariciaba la espalda y me decía: «Pero si me tienes a mí».

Aunque Toki se había desvivido por mí, yo nunca había sido capaz de agradecérselo ni con una miserable muestra de afecto. Por eso tenía que terminar esa carta costara lo que costase. Era lo mínimo que podía hacer.

—Oye, Suigetsu —le llamé, con voz insegura.

—¿Qué ocurre?

—Si mientras estoy escribiendo esta carta se me olvida que es para mi esposa, asegúrate de que le llegue, ¿vale?

Dado que ese chico no sabía que yo sufría demencia, imaginé que mi petición le resultaría bastante ridícula, pero, para mi sorpresa, se limitó a asentir con gesto serio y no hizo ninguna pregunta.

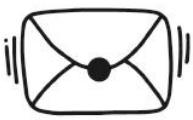
—Por supuesto. Me aseguraré de entregársela.

—Vaya..., gracias.

Un poco más aliviado, me volví hacia la mesa y, con la ayuda del espejo, terminé de escribir la carta.

.....

Para Toki:
Gracias por ser mi esposa. No podría vivir sin ti, así que no me dejes antes de que me vaya yo.



.....

—Ah... Lo he conseguido.

Me había equivocado tantas veces que me había quedado una carta llena de tachones. Encima, como no tenía fuerza en las manos, más bien parecía como si una lombriz se hubiese arrastrado por el papel. Estaba horrible. ¿Seguro que Toki podría leerla? Aun así, aquellas eran las primeras palabras de agradecimiento que expresaba en toda mi vida.

—Ahora la dirección y el nombre...

Doblé el papel y lo metí en el sobre, pero, cuando volví a coger la pluma, me había quedado en blanco. ¿Dirección? ¿Qué dirección? ¿Y a quién se suponía que le estaba mandando yo una carta?

Me quedé mirando el sobre que sostenía con la mano.

—¿Dónde estoy?

Eché un vistazo a mi alrededor. Me encontraba en una habitación desconocida, acompañado de un joven vestido de cartero. Era más atractivo que los actores que salían en televisión y lucía una melena larga y plateada.

—Disculpe... ¿Qué es este lugar?

Por alguna razón, el joven me miró con un destello de sorpresa y respondió:

—Esto es la oficina de Correos Tasogare, de la calle del Crepúsculo.

—Ah, la calle del Crepúsculo...

El nombre no me sonaba de nada. ¿Qué estaba haciendo en una oficina de correos?

—Si has terminado de escribirla, yo me encargaré de enviarla.

—Vale... Ah, pero aún no he puesto ni la dirección ni el destinatario...

—No pasa nada. Ya me has dicho para quién era.

—Oh, ¿en serio?

Le entregué el sobre sin saber muy bien lo que hacía.

—Tengo que cobrarte el servicio. Son ochenta y cuatro yenes. ¿Llevas dinero encima?

—Ochenta y cuatro yenes, ochenta y cuatro yenes...

Hurgué en los bolsillos del pantalón, pero no encontré mi cartera. Sin embargo, cuando metí los dedos en el bolsillo del pecho del polo, sentí el tacto de una moneda. Era de cien yenes.

—Esto basta, ¿no? Puedes quedarte el cambio.

—No me servirá de nada, pero lo acepto.

—Bueno, pues gracias...

Me despedí del muchacho con una reverencia y salí a la calle. Sin embargo, lo que me encontré no fue el vecindario que conocía, sino un distrito comercial completamente diferente. Me quedé plantado como un pasmarote.

¿Y ahora qué? No sabía cómo volver a casa. Si tenía que recurrir a la policía, mi hijo y Misaki se enfadarían conmigo otra vez. Estaba tan confundido y angustiado que por poco solté el bastón.

Al final decidí volver a entrar en la oficina y preguntar al joven de antes:

—Disculpe, ¿hacia dónde está mi casa?

—Solo hay un camino, así que no tiene pérdida. Al salir de la oficina, gira a la derecha y sigue recto hasta el templo.

—Gracias, muy amable...

El joven había dicho la verdad. Después de seguir recto por el sendero, encontré el templo. A partir de ahí ya recordaba el camino a casa. Aunque menuda sorpresa. ¿En serio había una calle de tiendas detrás de ese lugar sagrado?

Cuantas más vueltas le daba, más confundido me sentía, de modo que decidí dejar de pensar en ello. Me puse a andar con pasos renqueantes en dirección a mi casa. El cielo, que hasta hacía poco

estaba bañado por los colores del atardecer, ya se había teñido de azul oscuro.

Justo cuando giraba la última esquina, me topé con mi hijo, que llevaba una linterna.

—¡Papá! ¿Se puede saber dónde te habías metido?

Me agarró del hombro y empezó a reñirme muy enfadado.

—Solo me he acercado a la oficina de correos... —le respondí, apartando su mano en un intento de pasar a su lado.

Pero él no me lo consintió:

—¿A correos? ¡Misaki me ha llamado preocupada porque te habías ido de casa mientras ella estaba en el supermercado! ¡He tenido que dejar el trabajo a medias y volver antes! ¡¿Cuántas veces te he dicho que no salgas solo de casa?!

Al parecer, no era la primera vez que me echaban la bronca por lo mismo. Y yo no soportaba que se enfadasen conmigo.

—Siento haberos preocupado... —susurré, con un hilo de voz.

Mi hijo se calló y exhaló un suspiro.

—Venga, volvamos a casa. Misaki está muy angustiada.

Al llegar, mi esposa Toki corrió al recibidor. Estaba pálida.

—¡Menos mal! ¡Cuánto me alegro de que no le haya pasado nada...!

Luego se cubrió el rostro con ambas manos y se desplomó sin fuerzas en el suelo.

—¿Te encuentras bien, Misaki? —Mi hijo se agachó al lado de Toki y la ayudó a levantarse. Eso me correspondía a mí, que por algo era su marido, pero me había entretenido descalzándome los zapatos y él se me había adelantado.

—Perdóname por haber salido solo de casa, Toki.

Le agarré la mano para disculparme y ella rompió a llorar aún más fuerte.

—Su mujer ya no...

—Da igual, Misaki. No merece la pena insistir en ello.

—Supongo que tienes razón...

Oí que Toki y mi hijo cuchicheaban abrazados, pero yo estaba tan cansado que decidí irme a dormir temprano. Aunque tenía la sensación de estar olvidando algo, seguro que me acordaría al día siguiente. Al fin y al cabo, al mañana le seguiría otro mañana. Aún teníamos muchos días por delante.

¿A que sí, Toki?



Suigetsu entró en la pequeña habitación aséptica, decorada enteramente de blanco, y se encontró con una anciana leyendo un libro en la cama.

—Anda, ¿quién es usted? ¿Ha venido a ver a alguien? Creo que se ha equivocado de habitación. —Tenía un aspecto bastante demacrado, pero su voz sonó alegre y ajena a cualquier enfermedad.

—Esto no es una simple visita. Tú eres Toki, ¿verdad? He venido a entregarte una carta.

—Vaya, lo sospechaba, pero me costaba de creer por tu aspecto, joven. Entonces, ¿eres el cartero? Lo que no sabía es que los carteros de hoy en día se tomasen la molestia de entregar las cartas en mano en el hospital.

—Así es.

Suigetsu sacó el sobre de su bolsa de cartero y se lo entregó a Toki, cuyos ojos parpadearon varias veces detrás de las gafas.

—Caramba... ¿De quién será?

—Es de tu marido.

—¡Ostras! Menudas ocurrencias... No deja nunca de sorprenderme. Es la primera vez que me escribe una carta. —Su risa sonó clara y tintineante, como el sonido de un cascabel—. Si le apetecía escribir, podría haberme entregado esta carta él mismo en vez de pedírtelo a ti... Quizá es que no quiere que la mencione cuando venga. —Suigetsu no respondió, pero Toki se convenció a sí misma de que así era—. Ay... Siempre ha sido un hombre muy tímido.

Continuó riéndose suavemente entre dientes mientras abría el sobre con ternura.

—A ver... ¿Eh? ¿Qué...? Oh... —Apenas posó la vista en el papel, sus ojos se abrieron con asombro—. Él ha... Y con esta letra temblorosa...

Mientras seguía sujetando el papel y el sobre, un leve temblor recorrió sus manos y la emoción empañó su mirada. Justo en el momento que derramaba su primera lágrima, unos golpecitos tímidos resonaron en la habitación del hospital.

Toki se secó los ojos con un gesto apresurado.

—Adelante —dijo, pero nadie entró—. Cada vez está más sordo, seguro que no me ha oído... Iré a abrirle... —susurró, con un murmullo exageradamente alegre, como si quisiera disimular su rubor. Bajó de la cama y fue hacia la puerta con pasos animados, pero tambaleantes—. Mi marido viene a visitarme todos los días, ¿sabes? Aunque nunca dice nada, solo se queda callado a mi lado, por eso le he repetido mil veces que no hace falta que venga tan a menudo. ¿A que no, joven?

Cuando Toki alcanzó la puerta y se giró hacia Suigetsu, él ya no estaba.



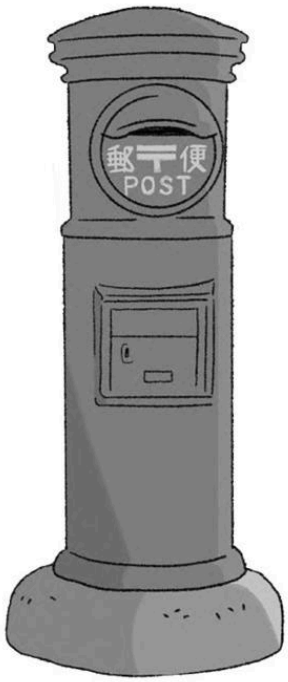
Al llegar a la oficina, Suigetsu se quitó la bolsa de cartero y, como siempre, empezó a hablar solo:

—En ningún momento dijo «a mi esposa del presente»... Y como había escrito tan poco, he podido enviar su carta al pasado sin problemas. —Metió la mano en el bolsillo del pecho, sacó la moneda de cien yenes que le había dado el anciano y la sostuvo en alto para observarla—. Un servicio extra, por el cambio que me regaló.

CAPÍTULO 3

PARA EL AMIGO DE LA INFANCIA QUE SE MUDÓ

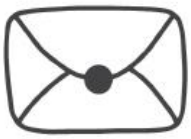



郵便
POST

Cada verano, cuando empezábamos las vacaciones, tenía la sensación de que iban a durar para siempre. Recuerdo que se me ocurrían un montón de planes y cosas por hacer, pero al final solo llevaba a cabo la mitad. De repente llegábamos a mediados de agosto y me daba cuenta de que el tiempo se me había escurrido de entre las manos. El último día me lo pasaba llorando y terminando los deberes pendientes.

El sol y el mar eran mis aliados. Me creía el centro del universo. Echo de menos esa sensación de invencibilidad, aunque tampoco es que desee recuperarla.

Dejé algo atrás en uno de esos veranos.



Tenía un amigo llamado Nao.

Cuando iba a primaria, cada verano pasaba la semana del Obon[1] en casa de mi abuela. Me quedaba yo solo con ella, sin mis padres, y me divertía un montón.

Durante esos días, siempre jugaba con Nao, un amigo del vecindario. Éramos del mismo año y más o menos igual de altos. Él prefería jugar fuera de casa que dentro y la asignatura que mejor se le daba era Educación Física. Teníamos tantas cosas en común que congeniamos enseguida.

Yo era un niño enérgico y atrevido, el capitán de los gamberros, por así decirlo. Era el más rápido de la clase en las carreras y

tampoco se me daban mal los estudios. Además, mi equipo siempre ganaba al balón prisionero y todos se peleaban por tenerme.

Sin embargo, aunque no me faltaban amigos en clase, los días en la escuela me resultaban tremendamente aburridos. Y es que ser el mejor en todo acaba desmotivando a cualquiera. Cazando bichos, pescando o jugando a los videojuegos tampoco tenía rival, hasta el punto de que a veces me veía obligado a contenerme para no arrasar y eso me fastidiaba mucho. ¡Yo quería darlo todo!

Pero Nao era diferente. Él era más rápido que yo y muy bueno con el balón. Con los videojuegos también me había dado más de una paliza.

—¡Qué pasada, Nao! ¡Pero si en clase nadie me gana! —le dije un día. Ahora me avergüenzo de lo egocéntrico que podía sonar a veces.

Nao se rio entre dientes.

—Vaya, entonces yo soy tu único rival, ¿eh?

Eso me entusiasmó.

Rivales. Hasta entonces no había encontrado a nadie que pudiese compararse conmigo, pero ahora lo tenía a él, mi amigo y rival a la vez. ¿Se podía pedir más?

—¡Sí! ¡Contigo lo paso mejor que nunca, Nao! ¡Ojalá las vacaciones de verano durasen para siempre!

—Ya, yo tampoco quiero que se acaben... Así podría jugar contigo cada día, Ko.

Su expresión triste me sorprendió. Por lo general, Nao era mucho más contenido que yo. Intenté animarlo:

—Hum... Quizá si me quedase a vivir con mi abuela, iríamos a la misma escuela, ¿no? ¡Y estaríamos siempre juntos!

Lo dije muy orgulloso de mí mismo, como si se me acabase de ocurrir la mejor idea del mundo, pero Nao se apresuró a negar con

la cabeza:

—No, eso no estaría nada bien.

—¿Por qué no?

—Ahora nos divertimos precisamente porque nos vemos muy poco. Si de pronto pudiésemos estar juntos cada día, dejaríamos de valorarlo.

—Hum... Supongo que tienes razón... —respondí, aunque en el fondo no estaba nada de acuerdo. Me dolió saber que era el único que quería que fuéramos a clase juntos.

Aun así, al día siguiente volvimos a vernos y a jugar como si nada hubiese pasado.

Pensaba que nuestra amistad duraría para siempre. Estaba convencido de que, año tras año, podría seguir disfrutando de ese tesoro que eran para mí las vacaciones de verano a su lado.

Sin embargo, pocos años después de conocer a Nao, en uno de los últimos cursos de primaria, sucedió algo.



Todo empezó con un grupo de cantantes que acababa de debutar en aquel entonces. Se hicieron tan famosas entre chicos y chicas que en la escuela incluso llegaron a formarse bandos según la integrante favorita de cada uno.

Yo no fui una excepción y también tenía a mi ídolo. Era la más popular, la que tenía el pelo largo y oscuro. Un día, mientras tarareaba una de sus canciones en el parque, Nao me miró torciendo el gesto y espetó:

—¡Ko! ¿No me digas que a ti también te gusta ese grupo?

—Es que están muy de moda.

—A mí ese rollo tan cursi no me va nada.

Su comentario me chocó un poco, pero entonces me acordé de que en mi clase también había compañeros con esa opinión y no quise discutir.

—Bueno, entiendo que a ti no te gusten.

—¿Quién es tu favorita?

No le gustaba ese grupo, pero, por alguna razón, se resistía a dejar el tema. Dudé unos instantes, pero al final le dije la verdad:

—Miiyan.

—Esa es la modosita de la melena negra y larga, ¿no? —dijo Nao, y entonces se quedó un momento callado y con la cabeza gacha. Sin embargo, cuando intenté llamarlo, me fulminó con una mirada burlona—. Siempre dices que las chicas te irritan, pero al final te gustan las más femeninas, ¿eh? Eres un cutre.

—¡¿Qué has dicho?!

Para un chico de primaria como yo, «cutre» era el peor insulto que podía recibir. La rabia me cegó y, sin pensarlo, agarré a Nao por la pechera. Sabía que no se quedaría de brazos cruzados y que, si empezábamos una pelea, quizá saldría perdiendo, pero...

—Pa... Para...

Nao me miraba con los ojos muy abiertos y llenos de terror.

Sorprendido, lo solté y él echó a correr. Lo seguí con la mirada hasta que salió del parque, pero él no se giró ni una sola vez.

Ese era el último día que me quedaba en casa de mi abuela antes de volver con mis padres, de modo que ese verano ya no volví a ver a Nao. Me fui con una sensación amarga en el pecho, pero tampoco es que pudiese hacer nada al respecto. En ningún momento se me ocurrió pedirle perdón por teléfono o carta, pues en el fondo pensaba que era él quien me debía una disculpa. Aun así, al cabo de

un tiempo, cuando la rabia menguó y empecé a pensar con claridad, decidí que tampoco pasaría nada si era yo quien agachaba la cabeza la próxima vez que nos viésemos. No me gustaba estar peleado con Nao y la idea de pasar un verano sin él se me antojaba tan poco atractiva como un helado sin sabor.

Cuando por fin llegó el siguiente verano, fui a su casa decidido a pedirle perdón, pero, a pesar de que llamé al timbre varias veces, no obtuve respuesta. Al fijarme mejor, me di cuenta de que no había ningún coche aparcado fuera y tampoco vi la bicicleta de Nao. Además, me dio la sensación de que la casa estaba extrañamente silenciosa.

Tuve un mal presentimiento y corrí de vuelta con mi abuela. Le conté con la respiración todavía agitada lo que me había pasado y ella me reveló la cruda realidad: Nao y su familia se habían mudado el año anterior.

Fue como si me golpeasen la cabeza con una piedra. Mi abuela me explicó, con cara de lástima, que ahora vivían en otra prefectura y que no conocía la dirección exacta. Rompí a llorar. La culpabilidad por haberme peleado con Nao justo antes de separarnos y el dolor de la pérdida me sobrepasaron. Mi abuela, preocupada, intentó calmarme frotándome la espalda con ternura, pero no sirvió de nada.

El resto de las vacaciones me quedé encerrado en casa de mi abuela. Hasta mis padres se sorprendieron al verme tan mustio cuando vinieron a recogerme. Me preguntaron qué había sucedido, pero yo no estaba de humor para contárselo y me pasé todo el trayecto en coche callado.

No volví a disfrutar de otro verano con Nao. Su recuerdo se convirtió en un gran nudo en mi interior, como un sombrero de paja que alguien deja olvidado en la playa.



Transcurrieron cerca de diez años y empecé los estudios en la universidad. Me mudé a Tokio para vivir solo. Aparte de las actividades del club, el trabajo a tiempo parcial y las tareas de clase, durante las vacaciones de verano no tenía nada más qué hacer y me aburría bastante. Por si fuera poco, mi abuela acababa de morir. Aunque de niño había deseado con todas mis fuerzas que las vacaciones de verano durasen para siempre, al final no había podido conservar nada de ellas.

Mamá me llamó a principios de agosto. Quería terminar de arreglar las pertenencias de mi abuela antes de las festividades del Obon y necesitaba que la ayudase. Reconozco que me daba cierta pereza, pero al final se impuso el deseo de conservar algo de mi abuela. Aunque tras empezar la secundaria dejé de quedarme a dormir en su casa porque las extraescolares me mantenían demasiado ocupado, cada año había ido a visitarla sin falta para el Obon y el Año Nuevo. Siempre la quise muchísimo.

—De acuerdo, iré mañana —le respondí, antes de colgar.

Daba la casualidad de que tenía algunos días libres en mi trabajillo como profesor particular y tampoco pasaría nada si faltaba a las reuniones del club, pues en las últimas no habíamos hecho nada interesante. Me puse a preparar las maletas mientras pensaba cuántos días me quedaría. En realidad, ya entraba dentro de mis planes visitar a mis padres para el Obon, de modo que solo alargaría la estancia un poco.

Al llegar, me subí al coche con mis padres y nos dirigimos a casa de mi abuela, donde ya nos esperaban otros familiares.

La última vez que había estado allí había sido para el funeral y, aunque tampoco es que hubiese transcurrido tanto tiempo, me abrumó descubrir cuánto había cambiado todo. ¿Esos golpes y melladuras en los tatamis y los pilares siempre habían estado ahí? El suelo de madera gemía a nuestros pies con un crujido frío; ya no quedaba ni rastro de la calidez con la que la presencia de mi abuela había llenado ese lugar.

—Es lo que pasa cuando una casa se queda vacía, que todo se deteriora más rápido. Tenemos que decidir qué hacer, si la echamos abajo o qué... —susurró mamá, como si me hubiese leído el pensamiento.

—Vaya... ¿En serio queréis demolerla?

Para mí esa casa estaba llena de recuerdos y el corazón se me encogió al imaginármela en ruinas. Sin embargo, si optábamos por conservarla, alguien tendría que desplazarse desde lejos para limpiar y cuidar de ella, lo cual no sería nada fácil. Dado que yo no iba a ser esa persona, tampoco tenía derecho a oponerme. Solo me quedaba aceptarlo.

Al fin y al cabo, nada es para siempre.

Aunque esa vez había ido para ayudar a ordenar las pertenencias de mi abuela, lo más probable era que no volviera a pisar ese lugar ahora que ella había muerto. Poco a poco, también acabaría olvidando los veranos con Nao.

—Oye, Ko. ¿Enterraste algo en el jardín? —Llevaba un rato limpiando el trastero cuando mamá se me acercó con el ceño fruncido—. Estaba pensando qué hacer con las macetas cuando he visto que había algo enterrado. Parece una lata de galletas.

—¡Ah! ¡Ahora que lo dices...!

De pronto me acordé de la lata. Nao y yo la habíamos enterrado allí junto con nuestros recuerdos después de leer un cuento donde

unos niños enterraban una cápsula del tiempo. Fue durante el último verano que nos vimos, justo el día antes de pelearme con él. Prometimos que la desenterraríamos cuando fuésemos adultos. Utilizamos una lata de galletas vacía que nos prestó mi abuela.

Fui adonde estaba mamá. En efecto, una esquina de la lata asomaba tímidamente entre la tierra.

—Bueno, pues cógela, anda —me instó ella, acercándome los guantes de jardinería y una pequeña pala.

Me puse manos a la obra. Recordaba el hecho de haberla enterrado, pero no lo que habíamos metido dentro. Lo normal en estos casos es enterrar una carta para tu yo del futuro y ese tipo de cosas.

Después de cavar un rato con los recuerdos aún vagos, terminé de apartar la tierra de alrededor y cogí la lata abollada y oxidada. El chasquido que emitió al salir se me antojó triunfal.

—A ver, a ver...

Me quité los guantes sucios de tierra y abrí la cápsula del tiempo allí mismo. Había esperado encontrar una simple carta, por eso mis ojos se abrieron de par en par ante el despliegue de colores que había dentro.

Eran unas bolas gigantes de purpurina que habíamos ganado en las máquinas de regalos que tanto nos fascinaban, gomas de borrar con forma de animales, cromos coleccionables y cáscaras de cigarra.

Más que una cápsula del tiempo, aquello parecía una colección de tesoros. En esa pequeña lata de galletas se conservaba todo el fulgor de los veranos de mi infancia.

A medida que iba sacando los objetos de la lata, los recuerdos de antaño parecieron cobrar vida. Nao y yo habíamos competido para ver quién conseguía la bola de purpurina más grande de la máquina. Luego, cuando me mostró una goma de borrar con perfume que le

había regalado una niña de la clase, yo le enseñé las mías de animales. Podíamos pasarnos días enteros jugando a los cromos y también coleccionábamos mudas de cigarras. En esa época, cada día nos obsesionábamos con un juego diferente. Nos lo pasábamos tan bien... Las horas volaban. Nos encontrábamos por la mañana y, en un abrir y cerrar de ojos, ya había caído la noche. Hacíamos tantas cosas que siempre me costaba decidir qué escribir en mi diario.

Pensándolo bien, jamás en toda mi vida había vuelto a congeniar tanto con nadie como con Nao. Ni siquiera ahora, en la universidad, tenía amigos tan íntimos. En realidad, aún no me había adaptado a mi nueva vida en Tokio, quizá porque había elegido la carrera y la universidad un poco por inercia y las clases no me parecían nada interesantes. Me uní a un club bastante distendido para no tener demasiado trabajo, pero dentro de mí ya había trazado una línea y decidido que ese no era mi lugar. Me aborrecía a mí mismo por esa vida a medio gas que llevaba. Quería volver a ser el niño invencible que había sido en primaria. En aquel entonces era el mejor en todo, pero ahora nadie me halagaba por nada. ¿Cómo había acabado así?

Fui apartando los tesoros uno por uno hasta que, al fondo de todo, aparecieron un par de sobres decorados con dibujos de personajes de anime. Uno era de mí para Nao y el otro de él para mí.

—No eran cartas para nosotros del futuro, sino del uno para el otro...

No tenía ni idea de lo que le había escrito, ya no me acordaba. ¿Y él? ¿Qué debió de escribirme antes de que nos peleásemos? Quería descubrirlo enseguida, pero no podía abrir ninguno de los dos sobres.

¿Qué estaría haciendo Nao en esos momentos? ¿Estaría en la universidad? ¿O trabajando? A pesar de la impresión despreocupada

que daba a veces, era mucho más serio y responsable que yo y seguramente tenía unas metas muy definidas.

Necesitaba pedirle perdón. Y también descubrir en qué clase de adulto se habría convertido. ¿Seguro que no había forma de conseguir su contacto?

—Lo siento, tengo que salir un momento.

Dejé a medias la limpieza del trastero y me ausenté aprovechando que mis padres estaban haciendo un descanso para tomar el té. Fui a ver la casa donde había vivido Nao y que ahora pertenecía a otra familia porque se me ocurrió que tal vez conocieran la dirección de los antiguos dueños, pero luego caí en la cuenta de que ellos se habían mudado mucho después de que la casa quedase deshabitada y que, por lo tanto, era poco probable.

Estuve deambulando un rato sin rumbo, sumergido en los recuerdos. Después de pasar por el parque donde tanto había jugado y cruzar el paso a nivel desde el que antaño saludaba a los trenes, llegué hasta un viejo y pequeño templo.

«Aquí veníamos a menudo a cazar insectos...».

Había un gran olmo cuyo tronco untábamos con agua azucarada para atraer a los escarabajos ciervos y a los astados. Todas las mañanas nos levantábamos temprano y atrapábamos a los que habían salido. Luego nos los llevábamos a casa y los cuidábamos como mascotas, pero a mí siempre se me morían antes de que terminase el invierno. Lo que no sabía entonces era que esos insectos tienen una esperanza de vida relativamente corta; yo pensaba que se morían por mi culpa y me ponía muy triste.

«Qué recuerdos...».

El templo se encontraba en lo alto de unas escaleras de piedra, circundado por un bosquecillo descuidado de árboles altos y maleza.

La espesa vegetación proporcionaba muchos rincones de penumbra incluso en pleno verano y se estaba bastante fresco.

Subí las escaleras y, mientras me secaba el sudor de la frente, busqué con la mirada un rincón donde descansar y empaparme de nostalgia. El recinto del templo no había cambiado ni un ápice de como lo recordaba, hasta el punto de que tuve la sensación de haber viajado en el tiempo. La única diferencia que aprecié, quizá porque mi estatura era la de un adulto, era el tamaño del recinto, que me parecía un poco más pequeño.

Como ya en esa época tanto el edificio en sí como la caja de ofrendas estaban muy deteriorados, no supe detectar ninguna otra diferencia significativa. Lo mismo en cuanto a la abundancia de malas hierbas.

Y yo que pensaba que todo había cambiado... Al parecer, aún quedaban cosas que no.

No obstante, al cabo de un rato de pasear por ahí, descubrí algo que no recordaba.

«Anda... Ese sendero no estaba antes, ¿no?».

Habían limpiado la maleza de una parte de detrás del templo y un caminito de grava se abría paso hacia el fondo. Al levantar la mirada para ver adónde llevaba, no pude creer lo que vi.

—¡¿Qué es eso?!

Entorné los ojos y me los froté, pero la ilusión no se desvaneció. Lo que se entreveía al final del camino era, sin lugar a dudas, una calle comercial.

Qué raro. Habría puesto la mano en el fuego por que esas tiendas no estaban ahí cuando era niño. ¿O quizá simplemente lo había olvidado?

Me adentré en la calle con pasos titubeantes, como si algo me estuviese invitando a entrar. El cielo se había teñido con los colores

del atardecer mientras paseaba y largas sombras cubrían el sendero.

Me pareció una calle de lo más misteriosa. Los pueblos de comarcas siempre tenían un aire un poco más antiguo que la ciudad, pero eso era otro nivel. Allí se podría haber rodado una película de la era Showa de lo viejas que eran esas casetas, mientras que los farolillos de papel rojos y blancos que colgaban de ellas acentuaban el ambiente retro.

La pena era que, por desgracia, todas las tiendas parecían cerradas. Bueno, tampoco era de extrañar. Tratándose de un barrio tan antiguo, seguramente llevaban años abandonadas. Puede que esa fuese la razón por la que ni siquiera me había percatado en su momento de la existencia de esa calle comercial, porque no había nada que hacer allí.

Tras un rato andando por ese callejón solitario, me topé con un edificio de paredes blancas. Primero pensé que sería una pequeña clínica, pero luego me di cuenta de que era una oficina de correos.

Lo más probable era que estuviera cerrada también, ¿no? Sin embargo, cuando ya pasaba de largo, me pareció ver una sombra en una de las ventanas largas y estrechas.

—Ostras, ¿hay alguien dentro?

Pensando que me lo habría imaginado, me acerqué a la puerta y oí un ruido proveniente del interior. Que hubiese alguien en aquella oficina de correos medio en ruinas despertó mi curiosidad y, aunque no tenía ninguna carta por enviar, abrí la puerta.

El interior era casi todo de madera, lo cual era muy poco común en las oficinas de hoy en día, pero hay que reconocer que estaba impecable, y tanto el suelo como el mostrador relucían con fuerza. En las estanterías de las paredes se alineaban juegos de papeles de cartas y en el centro de la estancia había un escritorio antiguo con tapa.

«¿Qué es esto? ¿Una pluma de cristal?».

Justo cuando cogía la estilográfica y el botecito de tinta que había encima del escritorio, una sombra se posó sobre mi cabeza.

—¿Eh? ¡Oh!

Al alzar la mirada, descubrí a un hombre alto de pie en frente de mí, en diagonal, y reculé un paso por el susto.

—Jo... ¡Joder! ¡No asustes así a la gente!

Era un joven de pelo plateado y largo hasta la cintura, además de increíblemente guapo.

—Intentaba que advirtieras mi presencia, por eso me he acercado. No pretendía asustarte —dijo el tipo, fijando sus ojos de iris violetas en mí sin perturbar ni un segundo su expresión serena.

¿Quién era ese ser tan impropiamente hermoso? No había gente como él en las comarcas. ¿Seguro que era humano? Más bien parecía un elfo salido de un videojuego o un manga.

—¿Tú estás...? ¿Estás al cargo de esta oficina?

Vestía un uniforme de cartero de un verde apagado que no le favorecía nada.

—Exacto. Me llamo Suigetsu y trabajo en la oficina de Correos Tasogare. Los clientes tienen que leer esto.

Con una brusquedad impropia de alguien que trabaja de cara al público, el tal Suigetsu me entregó un papel. En un primer momento me había sentido mal por haber sido descortés, pero ahora, teniendo en cuenta el trato que me dispensaba, me daba igual no haber tratado de usted al tipo.

—¿Qué es esto?

—Las instrucciones.

Unas instrucciones y advertencias de lo más insólitas según pude leer, aunque la caligrafía era muy elegante.

—¿Qué broma es esta? ¿Cómo que hacen llegar cartas a cualquier persona del pasado, el presente y el futuro? ¿Me tomas por idiota?

Si pudieran enviarse cartas al pasado, me enviaría una a mí mismo antes de pelearme con Nao para que supiera que sus padres iban a mudarse de casa ese mismo año. Pero no, eso no funcionaría. En las instrucciones ponía que no podía alterarse el pasado.

Nada de eso tenía sentido, en realidad, pero, aun sabiéndolo, no pude evitar fantasear con ello.

—No es ninguna broma. Además, también puedo enviar una carta a cualquier parte del mundo. Incluso sin contar con la dirección de su destinatario.

—¿En serio...? —murmuré, posando mis ojos en Suigetsu. Por su expresión, no me pareció que estuviese mintiendo.

Si ese tipo decía la verdad, podría enviar una carta a Nao aunque no tuviese ni idea de su paradero. Por fin podría disculparme con él.

—¿Más o menos cuánto tardaría en llegar? Sin la dirección, imagino que bastante, ¿no?

—En absoluto, no tardará nada.

—Eso es imposible —espeté, dirigiéndole una mirada desafiante.

—Si crees que es imposible, ¿por qué no lo pruebas? Si estás aquí es porque tienes algo que comunicar, ¿verdad?

Sus palabras me estremecieron.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Estás en la calle del Crepúsculo. Es evidente.

Aunque le había contestado de forma provocadora, la respuesta de Suigetsu me pareció una evasiva. Solté un suspiro teatral.

—Tú ganas.

En el fondo tenía razón. No perdía nada por intentarlo. Aunque todo fuese un timo, enviar una carta tampoco es que costase tanto dinero, así que no tenía mucho que perder.

Pensaba desesperadamente en una razón para escribir esa carta. Nadie me lo iba a reprochar, pero sentía esa necesidad.

—¿Quién es el destinatario?

—Un amigo de la infancia que se mudó a otro lugar.

—Entonces no hay límite de caracteres. Elige el papel que más te guste y escribe tu carta en este escritorio.

Escogí un papel de carta bastante simple, estampado con un sello de patata, y me dirigí a la mesa. Una de las instrucciones, bastante extraña, decía que tenía que escribir del revés; quizá por eso había un espejo situado justo en la posición adecuada para reflejar las manos.

A pesar de lo desesperado que había estado para escribir esa carta, ahora que por fin tenía la oportunidad, mi mano no se movía. No sabía por dónde empezar.

Irritado, me rasqué la cabeza con rabia. Nada de fachadas. Solo tenía que expresar mis sentimientos con honestidad.

—Vale...

Nunca había usado una pluma de cristal, pero probé a mojar la punta en la tinta y empecé a rozar ligeramente el papel.

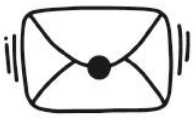
.....

Para Nao:

Te pido disculpas por lo de ese día. Después ya no volvimos a vernos y siempre me he arrepentido.

Si quieres, me gustaría que volviéramos a ser amigos. Divertirnos juntos otra vez.

Tengo que entregarte el contenido de la cápsula del tiempo, así que, si lees esta carta, me gustaría que vinieras a verme a la casa de mi abuela.



Escribir del revés tenía su dificultad, así que al final redacté un texto bastante conciso, pero al menos todo lo que quería transmitir estaba allí. En el reverso del sobre escribí la dirección de mi abuela y mi nombre. Si de verdad Nao llegaba a leer esa carta y sentía lo mismo que yo, quizá por fin podríamos volver a vernos.

Busqué a Suigetsu con la mirada y lo encontré de pie junto a la pared. ¿Se había puesto ahí para darme algo de intimidad?

—Ya estoy.

Le entregué la carta y él la cogió con sumo cuidado, con la mano enguantada de blanco. Ese gesto tan respetuoso me pilló por sorpresa.

—Recibida.

—Bueno, pues gracias. Ah, ¿cuánto cuestan los sellos?

—Ochenta y cuatro yenes.

Saqué la cartera del bolsillo trasero del pantalón y le di las monedas justas.

—Toma. Por cierto...

Titubeé. Suigetsu había cogido mi carta con tanta cortesía que de repente me sabía mal haber sido tan grosero con él. Entregar una carta en la que había volcado mi parte más íntima era, en el fondo, como confiar un pedazo de mi corazón. Ahora me preguntaba si no debería haber sido más respetuoso.

—¿Qué pasa?

Aunque, a decir verdad, tampoco era tan raro irritarse ante la actitud arrogante de ese tipo más alto y atractivo que yo.

—Na... ¡Nada! Solo que podrías tratar a los clientes de «usted», ¿no te parece? ¡Trabajas de cara al público! ¡Adiós!

Al final, esa fue mi despedida.

«Joder, siempre me pasa lo mismo... No tengo remedio».

Quizá porque estaba demasiado acostumbrado a ser el líder del equipo, me costaba mucho pedir perdón y agachar la cabeza ante los demás. Por eso, cuando discutí con Nao, fui incapaz de disculparme ese mismo día y años después seguía cargando con ese peso.

«Ojalá pudiese cambiar, dejar de ser así...».

Me odiaba a mí mismo por ser tan orgulloso a pesar del absoluto desastre que era mi vida. Quería convertirme en un adulto responsable, digno de la admiración de alguien como Nao.

Al llegar al templo, me saqué el móvil del bolsillo. Tenía varias llamadas perdidas de mamá. «¡¿Se puede saber adónde has ido?! ¡Que ya nos vamos!», me gritó, enfadada, cuando la llamé. Aún no habíamos terminado el trabajo, pero mis padres habían decidido volver a casa y continuar otro día.

—¡Enseguida estoy ahí!

Bajé a toda prisa las escaleras de piedra y deshice el camino hasta la casa bajo un cielo cada vez más oscuro. En los pueblos y ciudades pequeñas apenas había farolas en la calle y no me gustaba estar fuera cuando caía la noche. Si no me fallaba la memoria, de niño no me atrevía ni a salir al jardín después de que el sol se hubiese puesto.

—¡Ko! ¡Qué tarde llegas! ¡Tus tíos ya se han ido!

—Lo siento, lo siento.

Al llegar a casa de mi abuela, mis padres ya me esperaban en el patio con las luces del coche encendidas.

—Ya ha oscurecido, nos vamos. Coge tus cosas, venga.

La espera había puesto a mamá de muy mal humor. No obstante, yo no tenía ninguna intención de irme. Al ver que no me movía,

papá se bajó del asiento del conductor con el ceño fruncido.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Eh... ¿Podría quedarme en casa de la abuela?

Como era previsible, mi propuesta los cogió a contrapié.

—¿Qué? ¿Hoy?

—No, bueno... En realidad, me gustaría quedarme todo agosto.

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo? —inquirió mamá, con cara de pocos amigos.

—Pues...

Primero pensé en salir del paso con alguna excusa, pero así nunca confiarían en mí, de modo que me armé de valor y me dispuse a contarles la verdad:

—¿Os acordáis de Nao, ese amigo con quien jugaba cada verano? Es posible que venga de visita aquí, así que me gustaría esperarlo.

Aunque también le había dejado escrita mi dirección, en la carta le había pedido claramente que viniese a verme a casa de mi abuela. Aun en el supuesto de que esa carta llegase realmente a manos de Nao y él me respondiese, cabía la posibilidad de que todo terminase allí. Estaba desesperado por verlo en persona y sanar nuestra amistad, por eso había depositado todas mis esperanzas en esa carta.

—¿Nao? ¿Ese chico con el que jugabas tanto en primaria? Si tiene que venir aquí, ¿por qué no le preguntas el día exacto?

—Es que... Tuvimos algunos problemas y... no puedo ponerme en contacto con él.

—¿Qué? —La voz de mamá se agudizó. Comprensible. Yo también era consciente de que lo que les estaba pidiendo era absurdo.

—En mis ratos libres me dedicaré a limpiar y a ordenar todo. Además, creo que aquí podré concentrarme mejor y terminar las tareas de la universidad. Se está muy tranquilo...

Con cada excusa que daba, el ambiente se volvía más tenso. Pero, justo cuando empezaba a pensar que no lo conseguiría, recibí ayuda por parte de quien menos me lo esperaba.

—Si es lo que quiere, a mí me parece bien. Podemos dejarlo en sus manos. —Papá intercedió por mí con tono relajado. Y eso que, por lo general, en esa clase de situaciones optaba por quedarse callado—. Piénsalo, tu hermana vive en otra prefectura y justo antes se quejaba de la pereza que le daba tener que volver.

—Ya, pero...

—Además, creo que tanto esta casa como la abuela se alegrarán si Ko se queda unos días. No te preocupes por dejarlo solo. Al fin y al cabo, ya vive solo en Tokio. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

—Bueno, eso es verdad... —asintió mamá.

—Perfecto, pues te dejamos aquí, Ko —zanjó papá, volviendo al asiento del conductor.

Mamá se me acercó y, con un suspiro, me entregó las llaves de la casa.

—Ten por sentado que vendremos a echar un vistazo de vez en cuando, así que pórtate bien, ¿lo has entendido?

—Claro.

A continuación, me explicó dónde había guardado los futones y algo de comida. No dispondría de coche, pero contaba con la bicicleta de mi abuela, de modo que podía acercarme al supermercado si fuese necesario.

—Cierra bien puertas y ventanas antes de acostarte, ¿eh?

—Ah... ¡Un momento!

Me acerqué a la ventanilla del conductor y le hice un gesto a papá para que la bajase.

—Papá..., gracias por convencer a mamá —le susurré al oído, procurando que ella no nos oyese.

—No ha sido nada —respondió él, ladeando ligeramente la cabeza y dibujando una sonrisita cómplice—. A veces a uno le entran ganas de vivir en un lugar donde nadie lo conozca. Sobre todo a tu edad. A mí a veces me daba por ir de acampada.

—Vaya, no lo sabía.

Me sorprendió un poco, pero teniendo en cuenta cuánto le gustaba la pesca, tampoco era tan extraño.

—El tiempo es oro, así que aprovéchalo bien, ¿vale?

—Claro.

Les dije adiós con la mano y me quedé mirando el coche hasta que las luces desaparecieron en la oscuridad. Estaba contento porque papá se había puesto de mi parte, pero también porque había descubierto una nueva faceta de su personalidad. Pese a ser mis padres, o quizá precisamente por eso, había muchas cosas suyas que desconocía. Decidí que, de ahora en adelante, dejaría la pereza de lado y trataría de hablar más con ellos.



Desde ese día, empecé a vivir una vida más disciplinada, como si mis caóticos días en Tokio no hubiesen existido nunca.

Cada mañana me levantaba a las seis, salía a pasear y hacía ejercicio con la radio. Luego, si ese día tocaba colada, lavaba y tendía la ropa, y después regaba el huerto del jardín. En vez de desayunar solo pan, hervía arroz (por algún motivo había mucho) y lo comía con soja fermentada. Para almorzar, normalmente cocinaba algo sencillo como arroz frito con verduras y carne, mientras que para la cena cogía del huerto las verduras que me parecían a punto

y las combinaba con alguna sopa. Por las mañanas cuidaba el jardín, limpiaba la casa y ordenaba las pertenencias de mi abuela, y las tardes las dedicaba a estudiar o a leer (encontré libros muy interesantes en el trastero). En el ocaso, salía a dar otro paseo. Sin darme cuenta, casi había dejado de mirar el móvil.

Cuando salía a caminar o a comprar, los vecinos que me reconocían de antaño me saludaban. En las comarcas, mucha gente mayor tenía la costumbre de pasear por las mañanas o al atardecer, ya fuese solos, en pareja o con el perro.

Bastaba con charlar un poco con ellos para hacerme una idea de cómo eran sus vidas. Así descubrí, por ejemplo, que muchos tenían hijos viviendo en otras ciudades y los vecinos eran su único sustento emocional; que cada semana en el centro cívico se organizaban actividades y talleres abiertos a todo el mundo; que dado que la oferta de empleo para los jóvenes allí era limitada, los que se iban difícilmente podrían volver, o que, tal y como nos había sucedido a nosotros, muchas casas quedaban abandonadas cuando la gente fallecía.

Escuchar a esos vecinos despertó en mí una especie de interés por la vida en el pueblo. Hasta entonces solo me había dedicado a pasármelo bien, pero de pronto era consciente de las dificultades con las que lidiaban los vecinos y me pregunté si, en el supuesto de que consiguiese un puesto en el ayuntamiento o en la administración de la prefectura, podría hacer algo para mejorar sus vidas. Había elegido estudiar Sociología porque me parecía que tenía muchas salidas laborales, pero a lo que aspiraban muchos de mis compañeros era a un puesto como funcionarios. También me gustaba cuidar del huerto, por lo que un trabajo en el campo de la agricultura tampoco era una opción descartable. Y, para ello, los estudios que más me convenían eran...

Una semana después me encontraba en la biblioteca devorando libros sobre agricultura y mi prefectura. Mamá también se sorprendió cuando vino a verme.

—¿Tú estudiando por iniciativa propia? Te noto muy cambiado, hijo —me dijo.

—Eso es porque estoy más moreno —le respondí yo, a modo de evasiva, aunque la verdad es que, cuando me observé de nuevo en el espejo, a mí también me pareció que algo en mi mirada había cambiado. Mis ojos brillaban con una energía renovada; ya no parecía ese chico incapaz de encontrar su lugar en el mundo. «Tengo que agradecérselo a mi abuela y a Nao... Y supongo que también a ese Suigetsu».

Sabía muy bien que, sin su empujoncito, jamás habría cambiado. Pero la razón principal era que, si alguna vez conseguía reencontrarme con Nao, no quería que me mirase con desdén y me dijese algo como: «Qué aburrido te has vuelto, tío». Estaba seguro de que él se habría convertido en un hombre respetable y yo no podía ser menos.

Así transcurrieron varios días hasta que, justo antes del Obon, alguien vino a visitarme. Era una chica de más o menos mi edad. Llevaba el pelo largo, pero vestía una camisola, pantalones cortos y una sudadera de mangas cortas encima de los hombros que le daba un aire desenfadado.

—Eh... ¿Puedo preguntarte quién eres? Mi abuela murió hace poco...

Convencido de que era una conocida de mi abuela, le di la noticia con la cabeza gacha en el recibidor.

—No, yo... Soy la hermana pequeña de Nao. Le enviaste una carta, ¿no? Nao no podrá venir, por eso he venido yo en su lugar.

—¡¿Qué?!

Contemplé a la joven con los ojos abiertos de par en par e incapaz de hablar. Ahora que me fijaba, era verdad que guardaban cierto parecido.

Sin embargo, más allá de eso, lo primero que sentí fue una bofetada de puro asombro al darme cuenta de que, contra todo pronóstico, Suigetsu le había hecho llegar mi carta sin siquiera conocer su dirección, tal y como había prometido. ¿Cómo lo había hecho?

—Un chico muy guapo y con el pelo largo y plateado se la entregó. Tú se lo pediste, ¿no?

Como seguía absorto, la hermana de Nao me dirigió una mirada recelosa. No cabía duda de que ese cartero era Suigetsu.

—Ah, sí. Yo le di mi carta a ese hombre.

Ya tendría tiempo de pensar en ello luego. De momento la invité a entrar y le serví un té de cebada tostada. Las manos me temblaban un poco. Estábamos a solas en la amplia sala de estar de la casa de mi abuela y no pude evitar ponerme nervioso.

—No sabía que Nao tuviese una hermana. Eh... ¿Cómo te llamas?

—Na... Nanao...

—¿Eh? Oh... Caramba, tenéis casi el mismo nombre.

No habría sabido decir si estaba logrando disimular mi inquietud. Nanao estaba sentada con las piernas recogidas sobre el cojín, pero sus muslos me llamaban demasiado la atención.

—Y dime... ¿Nao leyó mi carta? ¿Por qué no ha podido venir?

—Ah, pues... Verás, es que no le han dado vacaciones en el empleo a tiempo parcial que tiene.

—Oh, ¿entonces no es porque no quiera verme ni nada por el estilo?

—¡Claro que no! Vaya, es lo que creo...

Nanao se inclinó sobre la mesita con gesto rotundo, pero acto seguido se ruborizó y se encogió en su asiento. Me pareció un poco raro.

—Si dices que tiene un empleo a tiempo parcial, supongo que ahora mismo está en la universidad, ¿no?

—Ah, sí. Estudia en una universidad de Tokio...

—¡Oh, yo también!

—¡No me digas! ¡¿Qué universidad?! ¡¿Qué estás estudiando?!

Nuestras universidades no quedaban muy lejos la una de la otra. Tal y como había imaginado, Nao había accedido a una universidad con una nota de corte muy alta. Nos entretuvimos charlando un buen rato entusiasmados sobre los estudios, pero enseguida noté que algo no cuadraba. Y es que Nanao hablaba de su hermano como si se tratara de ella misma.

—Es increíble todo lo que sabes de su vida. ¿Tú también vas a la misma universidad?

—Ah, pues... ¡sí! Vamos a la misma universidad y también vivimos juntos.

—Ya veo...

Aunque quizá fuese normal que dos hermanos estudiasen en la misma universidad, ¿no era un poco raro que vivieran juntos? Si la explicación era que se llevaban increíblemente bien, ¿cómo era posible que yo no hubiera sabido de la existencia de esa hermana hasta ahora?

Decidí montar una pequeña escena para tenderle una trampa.

—Oye, quería entregarle a Nao la carta que encontré en la cápsula del tiempo, pero ¿te gustaría ver las otras cosas que había?

—¡Oh, ¿en serio?! ¡Claro que sí!

Nanao se puso muy contenta. Me levanté y fui a buscar al dormitorio la lata de galletas que había limpiado a conciencia. La

dejé encima de la mesita y, al abrirla, a Nanao le brillaron los ojos.

—¡Ostras, qué pasada! Se ha conservado todo muy bien.

—Mira las cáscaras de cigarra. Están igual.

—Ya, es increíble.

La mayoría de las chicas hubiesen puesto cara de asco, pero Nanao no mostró ninguna repulsión e incluso alargó la mano para tocarlas.

—Ah, y mira eso. También nos gustaban mucho las bolas sorpresa de las máquinas —dije, señalando la colección de pelotas.

—Ya...

—Nao siempre me suplicaba que yo le diese las mías porque a él no le salían nunca tan grandes.

—¡Mentiroso! ¡Tú me lo pedías a mí! Ah...

Bingo. No esperaba que cayese tan rápido, pero mi presentimiento había dado en el clavo.

—Tú no eres Nanao, tú eres Nao, ¿a que sí?

Nanao, o mejor dicho, Nao, permaneció con la cabeza gacha y apretando fuertemente las manos sobre sus rodillas.

—Eras una chica... ¿Por qué me lo ocultaste?

De niños y ahora también. No entendía por qué había tenido que hacerse pasar por un chico para jugar conmigo y, años más tarde, presentarse de nuevo ante mí como la hermana de Nao.

Masculló algo ininteligible, como si le costase hablar, y finalmente admitió:

—Tú me confundiste con un chico cuando nos conocimos y después pensé que no querrías seguir jugando conmigo si descubrías que era una niña.

—Yo nunca habría...

«Yo nunca habría hecho eso», quise decirle, pero a media frase me interrumpí. Lo cierto era que, en esa época, era de los que

creían que los niños y las niñas no podían ser amigos. Ese era el pensamiento que imperaba en clase. Por eso también adopté esa actitud de «a mí no me interesan las chicas».

No podía mentirle. Había decidido que sería franco con ella, sobre el pasado y también el presente.

—Es verdad que de niño quizá sí que me hubiese importado. Pero ahora no. Seas un hombre o una mujer, para mí no dejarás de ser Nao. Me alegro muchísimo de que nos hayamos reencontrado.

—Ko...

Me pareció que los ojos de Nao se humedecían. Ahora llevaba el pelo largo y su apariencia era completamente diferente, pero en ese rato que habíamos estado hablando supe que su interior no había cambiado. Si no me fallaba la memoria, de niña también le encantaban los pantalones cortos. Sus gustos en cuanto a la ropa seguían siendo los mismos, entonces. Eso me arrancó una sonrisa.

—Quería pedirte perdón por lo que ocurrió ese día. Me enfadé y te agarré del cuello... Lo siento.

Por fin la había soltado, esa disculpa que llevaba años encerrada en mi interior.

—No fue culpa tuya, yo te dije aquello... Perdóname tú a mí. —Tras negar ligeramente con la cabeza, Nao también agachó la mirada —. ¿Podremos seguir siendo amigos aunque sepas quién soy?

—Por supuesto. Es lo que más deseo —dije yo.

Al escuchar esas palabras, Nao por fin volvió a sonreír como antaño.

—Oye, déjame ver esas cartas —dijo luego, agitando la palma de la mano hacia arriba mientras contemplábamos enfrascados el contenido de la cápsula del tiempo.

—Ah, claro.

Se las entregué de inmediato y ella guardó ambas dentro de su mochila.

—¡Eh, dame la que escribiste para mí! Yo también quiero leerla.

—¡Ni hablar!

Me eché hacia delante, pero Nao ocultó su mochila detrás de la espalda.

—¿Por qué? Era para mi yo del futuro, ¿no?

—Ahora mismo no puedo dejar que la leas. Cuando esté preparada, te la devolveré.

—Jolín... Pero ¿es que aún te acuerdas de lo que escribiste, Nao?

—Es... Es que... tengo muy buena memoria.

¿Quizá me reveló algún secreto en esa carta? ¿Algo que ahora le daba vergüenza que leyese? Era muy probable. Es más, a juzgar por cómo había reaccionado, no cabía otra explicación.

—Vale, pero, a cambio, ¿puedo preguntarte algo? ¿Por qué no me avisaste de que os ibais a mudar? Fue un mazazo, ¿sabes? Cuando al verano siguiente mi abuela me lo contó...

Nao se encogió de hombros y frunció el entrecejo.

—No me atreví. Quería disfrutar del tiempo contigo hasta el último segundo y... pensé que eso lo estropearía todo.

—Supongo que tienes razón... Si lo hubiera sabido, me habría puesto muy triste.

—¿A que sí? A decir verdad, había decidido contártelo el último día, pero justo entonces nos peleamos y salí corriendo... Lo siento mucho.

—Vaya...

Eso explicaba por qué me lo había ocultado, pero aún quedaba un misterio por resolver.

—Oye, ¿y por qué te enfadaste tanto? Con la memoria que tienes, aún debes de acordarte, ¿no?

—Pu... Pues...

Nao apartó la mirada con gesto nervioso y se puso a jugar enredando las puntas de su cabello con los dedos, dándoles vueltas una y otra vez.

—Supongo que... me puse un poco celosa. Porque a mí no me veías como a una chica, pero, en cambio, se te caía la baba por esa cantante...

—Ah, ya lo entiendo... Perdona por no haberme dado cuenta de que eras una chica ni haberte tratado como tal.

—No es exactamente eso, pero da igual. Te perdono.

Dijo que me perdonaba, pero me pareció que seguía algo resentida.

Poco después, cuando nos terminamos el té, Nao dijo que se tenía que ir y la acompañé a la estación.

—Perdona por no quedarme más tiempo. Hay pocos trenes y se tarda bastante en llegar a Tokio. —Al parecer, aunque ella ya no tenía familia en esa ciudad, se había pasado horas y horas en el tren solo para venir a verme a mí. Caminaba delante de mí, se dio la vuelta de repente y añadió—: Cuando terminen las vacaciones de verano, tenemos que volver a vernos en Tokio, ¿eh?

Yo estaba pensando lo mismo, pero ella se me adelantó. Justo antes habíamos intercambiado nuestros números de teléfono.

—Por supuesto. Por fin podremos volver a divertirnos juntos, aunque ahora ya no salgamos a cazar insectos.

—Bueno, a mí no me importaría. Seguro que te ganaría, como siempre.

Su sonrisa, bañada por el sol poniente de verano, se solapó con la sonrisa de la Nao de mis recuerdos.



Había empezado a caer la tarde. Los estudiantes caminaban en grupos por la calle cercana a la universidad. Suigetsu se dirigió a una chica que andaba con zancadas más grandes que el resto.

—¿Quién eres tú? No conozco a nadie tan guapo.

Suigetsu estaba acostumbrado a que lo mirasen con recelo. Sin darle la menor importancia, le alargó un sobre estampado con un sello de patata.

—He venido a entregarte esta carta. Te suena el remitente, ¿no?

—Eh... ¿Eres amigo de Ko? —La chica miró alternativamente el nombre de la carta y a Suigetsu—. Aún se acuerda de mí...

Bajó la mirada y, después de abrazar unos segundos la carta contra su pecho, alzó la cabeza con determinación.

—Dime, ¿dónde está Ko? ¿Qué está haciendo?

—Yo no sé nada. Lee la carta.

—¡¿Qué?!

La muchacha puso pucheros, pero Suigetsu se dio la vuelta sin hacerle el menor caso.

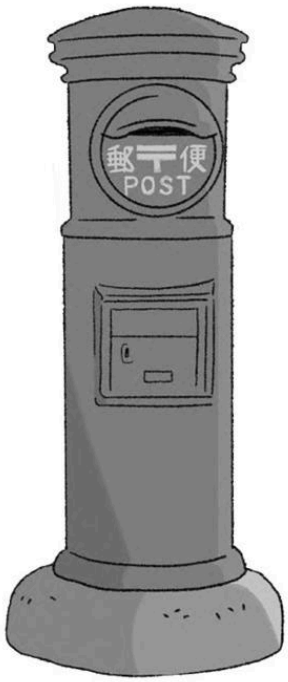
—¡Oh, no! ¡La carta de la cápsula del tiempo! ¡Le escribí que le quería! ¡¿Y ahora qué hago?! ¡Tengo que recuperarla!

Suigetsu oyó el crujido del papel cuando la chica abrió el sobre y su exclamación inmediatamente después, pero lo que ocurrió luego... aún nadie lo sabe.

CAPÍTULO 4

PARA MI ÚNICA AMIGA




郵便
POST

Por mucho que compitiésemos para ver quién sacaba las mejores notas en los exámenes o quién era la más alta, la frustración de perder en aquella época duraba solo un instante. Al fin y al cabo, no creía que nada de eso fuese a marcar ninguna gran diferencia.

Éramos niñas. Sin embargo, aquellos tiempos en los que vivíamos sumergidas en una amistad pura y auténtica pronto quedaron reducidos a un eco de nostalgia.



Llevaba casi dos años con un tratamiento de fertilidad. Ese día me tocaba la cuarta inseminación artificial. A pesar del tiempo que llevaba visitando esa clínica, todavía me asaltaban los nervios cada vez que ponía los pies allí.

Mientras aguardaba mi turno en la sala de espera, recordé lo que el doctor me había dicho durante la última visita.

«Será su cuarta inseminación. Por lo general, las probabilidades de éxito disminuyen drásticamente después de cuatro o cinco veces, de modo que le recomiendo que empiece a plantearse la fertilización *in vitro*. Háblenlo en casa».

Fue como escuchar una condena. Si no me quedaba embarazada a la próxima inseminación, todo habría acabado.

Mi marido y yo lo habíamos acordado antes de empezar el tratamiento. La carga, tanto económica como física, de una fecundación *in vitro* era demasiado grande; si no lo conseguíamos

con las inseminaciones, tiraríamos la toalla. No obstante, ahora que me encontraba al borde del abismo, me resistía a aceptar una vida sin hijos.

Llevábamos diez años casados. Yo tenía treinta y cinco. El mío sería lo que se considera un «embarazo tardío». Superado ese umbral, los riesgos no hacían más que aumentar.

«Seguiremos siendo una pareja feliz aunque no tengamos hijos». «Por supuesto. Si no lo conseguimos, nos olvidamos y listos».

La mujer que dos años atrás había dicho felizmente esas palabras ahora se me antojaba una persona por completo ajena a mí. ¿Cómo había podido ser tan optimista? Sin duda porque mi yo del pasado nunca se había planteado que pudiese terminar así. Sabía que existía esa posibilidad, pero en el fondo pensaba, ilusa de mí, que en cuanto empezase el tratamiento de fertilidad me quedaría embarazada enseguida.

Quizá, si en ese momento lo hubiese pensado con más detenimiento, ahora no estaría sufriendo tanto.



Estaba en el tren de camino a casa cuando noté vibrar el móvil en el bolso.

> Ayako, ¡cuánto tiempo! ¿Cómo estás? Hace siglos que no nos vemos. He encontrado una cafetería de las que te gustan, ¿quieres que vayamos un día de estos?

Era un mensaje de Kaori. Habíamos estudiado juntas toda la secundaria y bachillerato y hacía más de veinte años que éramos

amigas. Era la más antigua de entre mi reducido número de amistades y la razón de dicha longevidad era que nos parecíamos mucho.

Pesábamos y medíamos casi lo mismo. Nos gustaban los mismos peinados y ropa, un estilo por lo general femenino y elegante. Habíamos elegido el mismo instituto porque tanto nuestras capacidades académicas como atléticas eran similares. Hasta compartíamos una fisonomía parecida, por lo que teníamos más o menos el mismo éxito con los chicos y así quedó demostrado cuando encontramos novio prácticamente a la par.

Lo único en lo que tal vez nos diferenciábamos un poco era en nuestra personalidad y los gustos en cuanto a chicos. Mientras que yo era decidida y mordaz, Kaori era mucho más serena.

«Si estáis calladas, sois casi iguales», solían decirnos nuestros compañeros de clase, y lo cierto era que los profesores nos habían confundido más de una vez. Nos parecíamos tanto que cualquiera pensaría que estaríamos hartas de que nos comparasen, pero quizá porque nuestros caracteres eran tan diferentes, eso nunca nos había molestado.

También era una suerte que nos gustasen chicos diametralmente distintos. Si nos hubiésemos encaprichado del mismo, seguro que habríamos terminado peleándonos.

Aunque fuimos a universidades distintas y luego, al empezar a trabajar, prácticamente no nos daba la vida para vernos, nuestra amistad permaneció intacta. Quedábamos para comer unas cuantas veces al año y nos escribíamos con frecuencia para contarnos las novedades. Cada una hizo también un discurso en representación de las amigas en la boda de la otra.

«Somos las mejores amigas del mundo».

«Es verdad, cuesta encontrar amigas que se entiendan tanto como nosotras».

Estábamos borrachas de amistad. Aunque eso solo duró hasta el final de la veintena.

A sus treinta, Kaori se quedó embarazada tras dos años de matrimonio. Yo llevaba ya casada cinco y aún no lo había conseguido, pero oculté mi frustración y la felicité. «Tratándose de tu hijo, Kaori, creo que me quedaré prendada de él nada más verlo. Dime, ¿qué quieres que te regale? Ve pensándolo».

Así lo celebré al principio.

Sin embargo, a medida que veía a Kaori enfrascada en todo lo que tenía que organizar y decidir, como, por ejemplo, el nombre de su bebé, una especie de angustia fue apoderándose de mí. ¿De dónde me venía ese sentimiento, esa ansiedad?

Al principio pensé que eran imaginaciones mías, pero cada vez que veía a Kaori embarazada, esa emoción intrusa se intensificaba.

Su sonrisa me sacaba de quicio. No quería oírla quejarse de las náuseas. Mi rechazo crecía a la par que su barriga. Primero lo atribuí a la tristeza por perder a mi amiga, a quien seguramente vería menos cuando tuviese a su bebé. Como si estuviese celosa del niño que me la robaría.

Así de sólida pensaba que era nuestra amistad. Pero me equivocaba.

Un día por fin comprendí la naturaleza del desprecio que había anidado en mi interior.

Fue un comentario dicho sin pensar lo que me abrió los ojos. Llevábamos bastante tiempo sin quedar porque las náuseas no le daban tregua, pero un día por fin me escribió diciéndome que ya se encontraba mejor y decidimos salir a comer.

—Qué suerte tienes, Kaori —se me escapó, al verla acariciándose con ternura el vientre, que ya se le empezaba a notar, mientras comíamos. Había estado evitando hacer esa clase de comentarios porque no quería incomodarla, pero no pude contenerme.

Aun así, Kaori no pareció en absoluto perturbada cuando respondió, como si nada:

—No te preocupes, ya verás como tú también lo conseguirás muy pronto, Ayako.

Fue como si la cuerda que había mantenido atados el disgusto y la frustración se rompiese de un tirón.

—Eso es lo que dices, pero en el fondo piensas que me has ganado, ¿no? Sientes lástima por mí, ¿es eso?

No pude contenerme, las palabras fueron más rápidas que yo. ¿Cómo había podido decir algo así? Pese a la sorpresa, encontré mi mente extrañamente lúcida. El calor se iba escapando poco a poco de mi cuerpo y la mano con la que sujetaba el tenedor me empezó a temblar.

Kaori me miraba con ojos asustados.

—Yo... Yo no...

Al verla palidecer, por fin volví en mí.

—Perdona, es que estoy un poco de mal humor —me disculpé.

Eso la relajó de golpe.

—No pasa nada. Es culpa mía, he sido muy poco considerada —dijo, negando con la cabeza. Luego añadió, con una sonrisa torpe—: Venga, olvidémoslo y a comer.

—Vale.

Nos zampamos una pasta insípida y nos despedimos.

Ese fue el último día que quedamos. Después del parto, me invitó varias veces, pero siempre encontraba una excusa para no ir a verla. Solo coincidimos en alguna ocasión cuando nos juntamos con otras

amigas para celebrar el fin de año u otros acontecimientos por el estilo. Poco a poco, ella dejó de proponerme que quedásemos las dos solas, así que cuando recibí su mensaje realmente había pasado mucho tiempo.

Mientras miraba la pantalla del móvil todavía dentro del tren, pensé en ese sentimiento que había descubierto esa tarde con Kaori: estaba celosa de ella. Hasta entonces nunca había sentido envidia, porque las cosas siempre me habían ido un poquito mejor a mí, solo por eso. Al final, parecía que esa amistad tan preciosa e irremplazable que creíamos tener no era más que una mentira.

Mi universidad tenía más prestigio que la suya y mi primer sueldo fue algo mejor. También fui yo la que se casó primero, tres años antes.

¿Era por eso por lo que alguien tan orgullosa como yo podía mostrarse tal y como era delante de Kaori? ¿Porque me sentía superior? ¿De ahí que estuviera tan tranquila y a gusto a su lado? Éramos casi iguales, pero a mí las cosas siempre me habían ido un poco mejor.

No me reconocía a mí misma. No era en absoluto perfecta, eso lo sabía bien, pero tampoco me consideraba un monstruo tan mezquino. ¿Quizá era que simplemente no me había dado cuenta de esa parte oscura mía? ¿Y si siempre había existido? ¿Y si siempre había sido un engendro miserable?

La distancia casi me había hecho olvidar ese sentimiento, pero su mensaje lo despertó de nuevo.

En el fondo, deseaba seguir creyendo que Kaori era mi mejor amiga. Quería que anduviésemos juntas el camino que era la vida. Entonces, ¿por qué me resultaba tan difícil? Me odiaba a mí misma por ello. Quería cambiar. Y, si eso no era posible, quería olvidarlo todo cuanto antes, pero tampoco lo conseguía. Aunque no había

vuelto a abrir su mensaje, me acordaba de ella cuando menos lo esperaba.

«Seguro que pasará. Con un poco de tiempo, lo acabaré olvidando». Eso fue lo que me dije para seguir adelante, pero no iba a ser tan fácil.

Así transcurrieron dos semanas. Y, como no podía ser de otro modo, me vino la regla.

Mi marido estaba en el comedor cuando se lo comuniqué con la cabeza gacha. Se sentó a mi lado en el sofá.

—Lo siento... Este mes tampoco —susurré, con la voz rota. Empecé a llorar. Habíamos pasado por eso muchas veces, pero ese día me dolió más que nunca.

—No es culpa tuya, Ayako. Por favor, no te disculpes —dijo él, abrazándome. Era un buen hombre. Demasiado bueno para mí.

Nos habíamos hecho muchas pruebas, pero aún no habíamos dado con una causa clara para la infertilidad. Aunque sabía que no era culpa mía, no podía evitar sentirme mal por mi marido. Él nunca me lo había recriminado, sino todo lo contrario. Siempre me consolaba. Me sequé las lágrimas y lo miré a la cara.

—Ya lo sé. Bueno, lo volveremos a...

«Lo volveremos a intentar», quise decir, pero él me interrumpió:

—Gracias por todo lo que has hecho hasta ahora.

Él parecía aliviado, pero yo me sentí como si me hubiesen echado un jarro de agua fría.

—¿Qué quieres decir...?

—El médico te dijo que deberías intentar la fertilización *in vitro*, ¿no? Tal y como decidimos antes de empezar, no pasaremos por eso. Se acabó.

¿Cómo podía alguien dar aquella sentencia de muerte con semejante serenidad?

Por primera vez sentí que éramos seres vivos diferentes. ¿Se habría dado cuenta del abismo emocional que había entre nosotros en ese preciso instante?

—Oye... ¿Y si...? ¿Y si lo intentamos una sola vez? La fertilización *in vitro*, digo. Quizá tengamos suerte a la primera.

—¿Y si no? ¿Podrás dejarlo correr si no hay suerte? ¿Seguro que no querrás volver a intentarlo?

—Pues...

Se me atascaron las palabras. Mi marido me conocía mejor que yo misma. Si me permitía intentarlo una vez, seguro que habría una segunda.

—Precisamente hablamos de esto y tomamos una decisión con la cabeza fría antes de empezar para no vernos arrastrados en esta espiral después.

Tenía razón. Después de buscar información sobre los tratamientos de fertilidad y calcular un presupuesto, habíamos decidido hasta dónde íbamos a llegar. Solo entonces habíamos empezado con las visitas a la clínica. Dos años después, esa conversación se me antojaba como parte de un pasado muy remoto.

—Ya sé que es lo que acordamos, pero... ¡pero ahora es distinto! ¡No puedo rendirme! —exclamé, con los ojos anegados en lágrimas. Mi marido también parecía a punto de romper a llorar.

—Ayako... Creo que esto te está afectando más de la cuenta porque te comparas con tu amiga. No quiero hacerte pasar por algo que no puedas soportar.

—Yo no me estoy compara...

Quise negarlo, pero no pude terminar la frase. Seguro que mi marido ya se había de que estaba celosa de Kaori.

Eso significaba que me prestaba atención y estaba pendiente de mí, pero en ese momento no pude alegrarme por ello. Necesitaba

espacio. Cogí el bolso y el abrigo del armario, crucé el salón y me dirigí al recibidor.

—¿Adónde vas?

—Lo siento, necesito un poco de aire. Quiero estar sola.

Al salir, la luz suave del atardecer me hizo tomar conciencia de que habíamos discutido un domingo por la tarde.

Me subí al tren sin un destino concreto y me bajé en una parada nueva para mí.

Aunque era la primera vez que pisaba esa estación, todas tenían un aire parecido y me dio la impresión de haber estado allí antes.

Cada vez que veía a niños de la mano de sus madres o a mujeres jóvenes empujando carritos de bebé, una punzada de envidia me revolvía las tripas y tenía que apartar la mirada.

Buscando alejarme de la gente, al final me acabé metiendo en un callejón solitario.

Allí, al final de la calle, vislumbré un templecito rodeado de árboles en lo alto de unas pequeñas escaleras de piedra. Pensando que sería un buen lugar para estar tranquila y despejar la mente, empecé a subir.

El templo no tenía nada especial. Se veía viejo y deteriorado como tantos otros. El bosque que lo circundaba también estaba abandonado a su suerte y la vegetación crecía por doquier, de ahí que hubiese tantos rincones con sombra.

Eché una moneda a la caja de ofrendas y, después de una breve plegaria, me senté en las escaleras de piedra para contemplar abstraída una ciudad que no conocía. Probablemente mi marido me hubiese dejado algún mensaje, pero no estaba de humor para abrir el bolso y comprobar el móvil.

—¿Y ahora qué hago?

Aunque me sentía un poco más calmada, seguía teniendo muy pocas ganas de volver a casa, pero tampoco me apetecía cenar fuera o quedarme en algún hotel sin avisar a mi marido.

Me levanté y, un poco por inercia, di una vuelta por el pequeño recinto. Fue entonces cuando me percaté de algo extraño.

Detrás del templo había un espacio sin vegetación, como si hubiesen cortado y limpiado todos los árboles. Un sendero se extendía en línea recta hacia el fondo del recinto.

—¿Adónde conducirá esa senda?

Extrañada, agudicé la vista y entonces distinguí las casetas, viejas y destartaladas, como si fueran de la era Showa, que flanqueaban el camino.

Los alrededores de la estación me habían parecido bastante modernos, de ahí que me sorprendiera encontrar ese distrito comercial tan retro solo a unos minutos a pie. Ya que no tenía adónde ir, pensé que sería una buena forma de matar el tiempo y decidí adentrarme en el camino. Era un sendero de grava sin pavimentar flanqueado a derecha e izquierda por negocios aparentemente cerrados. Como no me crucé con nadie en todo el rato, empecé a sospechar que ese lugar estaba abandonado. Los farolillos rojos y blancos que colgaban de las tiendas, los rótulos en alfabetos desconocidos y el estilo chino de los edificios le daba a esa especie de distrito un aire asiático, por lo que cabía la posibilidad de que tiempo atrás hubiese sido el hogar de algunos extranjeros.

Me dio un poco de pena descubrir que, a pesar de lo prósperos que parecían los comercios alrededor de la estación, las tiendas de ese callejón habían caído en el olvido.

En eso pensaba cuando de pronto me topé a mano izquierda con un edificio bastante grande y diferente de los demás. Era de dos

plantas y paredes de piedra blanca, como si se tratase de unas instalaciones del gobierno.

—¿Qué hace una oficina de correos en un lugar como este?

El símbolo rojo pintado en la pared no dejaba lugar a dudas. No parecía que tuviese muchos clientes, pero ¿estaría abierta?

Al empujar la puerta de madera y echar un vistazo al interior, lo encontré más bonito de lo que esperaba. No vi a ningún empleado, pero, a juzgar por lo limpio que estaba todo, alguien tenía que trabajar ahí por fuerza.

Mientras observaba las postales y los papeles de carta expuestos en las estanterías, una voz grave y masculina me sorprendió por la espalda.

—¿Eres una clienta?

—Ah... Sí. Perdón por haber entrado sin...

Me di la vuelta para hablar con él, pero el hombre que había detrás de mí no era el cartero que me había imaginado.

Era alto y vestía el uniforme verde de correos, pero su cabello era largo y plateado y el único ojo que se le veía era de color violeta. Para colmo, su rostro era tan bello como el de una escultura. Si no me lo hubiese encontrado allí, lo habría tomado por actor o modelo.

—¿Qué pasa?

—Nada, es que no me esperaba...

—Los clientes siempre se me enfadan si me quedo mirándolos hasta que se dan cuenta de mi presencia, por eso hoy he optado por decir algo, pero parece que no ha servido de mucho.

Dijo aquello con voz y expresión impasibles, pero sus palabras daban a entender que ese muchacho no comprendía por qué la gente se sorprendía al verlo. ¿Acaso no era consciente de su belleza?

—A ver, es que eres...

—¿Soy qué?

—Nada, déjalo...

Quise explicárselo, pero me dio vergüenza terminar la frase. «Eso es porque eres tan guapo que la gente se sorprende al verte». Además, sospechaba que su atractivo no era la única razón. Hacía un rato que tenía la impresión de estar hablando con un ser de otro mundo, una sensación parecida a conversar con un espejo. Aunque quizá fuesen solo imaginaciones mías.

—Soy el cartero de la oficina de Correos Tasogare. Me llamo Suigetsu. Si eres una clienta, tienes que leer esto.

Antes de que pudiera decirle que solo había entrado para curiosear, Suigetsu me endiñó una hoja de papel. El título, escrito con trazos fluidos y elegantes a pincel, decía así: «Manual de uso de Correos Tasogare».

A mi edad, sabía perfectamente cómo enviar una carta y la verdad es que me daba cierta pereza ponerme a leer, pero como Suigetsu no me quitaba el ojo de encima, terminé echando un vistazo al texto.

—¿Eh...?

Primero pensé en leerlo solo por encima, pero me sorprendió tanto lo que ponía en esa hoja que al final terminé leyéndola entera varias veces. Aun así, seguía sin comprenderlo.

A ver, ¿acaso era posible enviar una carta al pasado o al futuro en cualquier otro contexto que no fuese el de la ciencia ficción?

—¿Qué es esto? ¿Una broma? ¿Hay una cámara oculta? —pregunté, un poco brusca. Precisamente ese día no estaba para bromas.

—No sé qué es eso de una cámara oculta, pero no es ninguna broma. Enseño estas instrucciones a todos los que entran en esta oficina —respondió Suigetsu, siempre inexpresivo. Ciertamente, ese tipo no parecía muy bromista. La alternativa, sin embargo, era

aceptar que lo que ponía ahí era real, lo cual también daba bastante miedo.

—Pero... ¿cuál es la razón de estas normas tan extrañas? ¿Por qué hay que escribir del revés? ¿Y el límite de caracteres?

—Eso es porque todas las cartas se envían a través de un espejo.

Aquello no tenía ningún sentido, y las cosas sin sentido me daban dolor de cabeza.

—Pongamos que me lo creo. ¿Si no respeto el límite de caracteres y no escribo del revés, mi carta no llegará a su destinatario?

—Depende del caso, pero, aunque llegase, no podría leerse.

Tomando al pie de la letra lo que contaba ese Suigetsu, los caracteres se invertirían al pasar por el espejo. Eso significaba que, si alguien escribía normal, su destinatario recibiría un texto invertido. Ciertamente, costaría bastante de leer.

—¿Y esas sanciones que se mencionan aquí? ¿Qué ocurre si no respeto las reglas?

—Pues que los sentimientos depositados en tu carta vagarán eternamente por el mundo del espejo... En resumen, que una parte importante de tus recuerdos se perderá para siempre.

Los iris violetas de Suigetsu chispearon con un brillo siniestro que me provocó un escalofrío.

—Menuda tontería... Me largo.

No iba a tragarme esa patraña de ciencia ficción. Me dirigí a la puerta, pero Suigetsu se había plantado delante de la salida. No se movía y tampoco decía nada.

—Apártate —le ordené, enfadada, pero me ignoró. ¿Por qué diablos tenía que ser yo quien reculase?

—Tú también tienes a alguien a quien mandar una carta.

—Te equivocas.

—¿De verdad? Las personas que no tienen nada que comunicar no encuentran este lugar.

A pesar de que no tenía ninguna intención de mandar una carta, al oír sus palabras, un rostro me vino a la mente.

La única persona a la que quería decirle algo era Kaori. El problema era que no sabía el qué.

O quizá sí. Quizá lo que necesitaba era comunicarle todos los sentimientos que llevaba tiempo acumulando. Que sufría por su culpa. Que no quería volver a verla. Que me daba envidia porque ella había conseguido ser madre y yo no.

De este modo, Kaori seguro que se culparía a sí misma. Mis palabras la herirían. Y yo me sentiría bastante más aliviada que ahora. Sí. Eso es lo que haría.

—De acuerdo, escribiré una carta.

Me di la vuelta y, al alejarme de la puerta, Suigetsu me siguió.

—¿Para quién?

—Para una amiga... O, mejor dicho, una antigua amiga.

—En ese caso, no hay límite de caracteres. Elige el papel y el sobre que más te gusten. Encontrarás útiles de escritura en esa mesa.

Elegí el papel más sencillo que encontré, sin dibujos ni líneas, y me dirigí al escritorio. Suigetsu había mencionado «útiles de escritura», pero allí solo había una pluma de cristal y un botecito de tinta. Me giré.

—Llevo una pluma en el bolso, ¿te importa si uso la mía?

—Adelante.

Suigetsu asintió con convicción. Al parecer, no había ninguna norma acerca de los utensilios para escribir.

El escritorio contaba con un espejo colocado de forma que reflejase las manos, supuse que para ayudar a los clientes a escribir

del revés. Saqué la estilográfica que siempre llevaba en el bolsillo interior del bolso. Kaori tenía otra igual. Las habíamos comprado a juego tras conseguir nuestro primer empleo. «Ya que estamos, quiero parecer una mujer competente», me dije, y elegí una de la famosa marca Montblanc. Era una pluma muy cara para una jovencita que acababa de conseguir su primer trabajo, pero ya hacía más de diez años que la tenía y aún no se había roto, así que fue una buena compra.

Bueno, ¿por dónde empezar?

Destapé la pluma y escribí «Para Kaori» del revés. En ese momento, fue como si una fuente de recuerdos brotara de mis dedos y se proyectara ante mis ojos.

Claro, porque eso lo había escrito muchas veces. En secundaria y también en bachillerato.

Al llegar a casa, le escribía una carta a Kaori y se la entregaba al día siguiente. Algunos días incluso nos contestábamos las cartas de la mañana durante las clases. A veces escribíamos con portaminas en hojas sueltas, otras con bolígrafos brillantes en la libreta, pero mis cartas siempre empezaban con un «Para Kaori» y terminaban con «De Ayako». Así vivimos nuestra adolescencia. Si no la hubiese tenido a ella, probablemente mi vida de estudiante hubiese sido muy gris.

Sí, en esa época quería muchísimo a Kaori. Era la persona que más quería en el mundo.

«¿Por qué tengo que acordarme de eso ahora...?».

Tenía la mala costumbre de hablar siempre más de la cuenta. Probablemente por eso no era una chica con demasiadas amistades, pero, a pesar de todo, durante la secundaria y el bachillerato nunca me sentí excluida. Era feliz. Gracias a Kaori.

Cada vez que decía algo fuera de lugar, ella me advertía por carta: «Antes creo que XX se ha ofendido. Deberías pedirle perdón cuando tengas un momento. Intenta quitarle importancia». En ocasiones, ella misma iba a la otra chica y le decía: «Ayako ha sido un poco brusca, pero creo que lo que quería decir era tal cosa».

Más tarde, cuando empecé la universidad, de pronto sentí como que me costaba más relacionarme con la gente. Y entonces lo entendí. Yo no había cambiado, lo que pasaba era que Kaori ya no estaba allí para sacarme las castañas del fuego. Ella siempre me había protegido y cuidado sin que yo fuese realmente consciente de ello.

«¡Pero ahora que he recordado esto, no puedo decirle lo que siento!».

La pluma me temblaba en las manos. Solté una larga exhalación y apoyé la cabeza sobre la mesa cubriéndome con los brazos.

¿Seguro que lo que de verdad quería comunicarle a Kaori era rencor? Si lo hacía, probablemente dejaría de ser mi amiga.

¿En serio estaba dispuesta a perder a la mejor amiga de mi vida por esa envidia ridícula?

Lo pensé un largo rato, pero mi determinación no cambió.

Tenía que escribir esa carta. Volcar en ella mis sentimientos más oscuros.

Y así empecé a redactar una línea tras otra sin vacilar.

.....

Para Kaori:

Ojalá no te hubiese conocido nunca. Ojalá no existieras. Así no tendría que estar pasando por esto ni aguantar este dolor. Yo no soy la persona que crees que soy. Soy una mujer despreciable que se compara contigo y te envidia. Por eso no puedo soportar que seas la única que tenga

hijos. No sigas perturbando mi paz. Desaparece de mi vida para siempre. Te odio.

De Ayako



Cuando terminé de escribir, exhalé un suspiro de alivio. A continuación, doblé cuidadosamente el papel de carta, ahora lleno de caracteres de trazos torpes y desordenados, lo metí en el sobre y lo cerré con un trocito de cinta adhesiva que llevaba en el bolso. Dentro del escritorio había cera y un sello para lacrar, pero esa carta no precisaba de tantas atenciones.

Así estaba bien. Por fin sería libre.

—Ya estoy. La dejo en tus manos.

—Perfecto, recibida.

Suigetsu cogió mi carta con dedos enguantados. En el instante en que la solté, sentí como si todo el peso sobre mis hombros se desvaneciera de golpe. Quizá todo lo que había dicho ese chico sí que era cierto.

—Gracias. Hacía tiempo que no me sentía tan bien.

Después de pagarle lo que le debía, salí con pasos apresurados de la oficina.

Saqué el móvil del bolsillo y empecé a responder ese mensaje que tanto tiempo había ignorado.

¿Había hecho lo correcto? No tenía forma de saberlo. Lo que sí sabía era que no me arrepentiría nunca. Al menos había logrado proteger una de las cosas más importantes de mi vida.



—¿Tienes un momento? Traigo una carta para ti.

Se encontraba en un barrio residencial normal y corriente. Suigetsu se acercó a una mujer que justo salía de su bloque de pisos y ella lo miró con desconcierto.

Los humanos siempre ponían esa cara al verlo. ¿Era porque él no era humano?

—Eh... ¿Es usted el cartero?

—Sí. Te llamas Kaori, ¿verdad? Tengo una carta para ti.

Abrió la bolsa como de costumbre y sacó un sobre blanco, pero, justo cuando iba a entregárselo a la mujer, la carta se hizo trizas sola. Una vez convertida en jirones de papel, se desvaneció por completo como arena arrastrada por el viento.

—¡¿Qué ha sido eso?!

Era lógico que la mujer estuviese aturdida, pero Suigetsu, a su lado, tampoco salía de su asombro. Aunque quizá desde fuera nadie lo hubiese dicho.

—¿Qué ha pasado? ¿Es usted mago o algo? ¿O intenta ligar conmigo?

—No sé a qué te refieres con lo de ligar, pero no soy mago —respondió Suigetsu, mientras buscaba una explicación a lo que acababa de suceder. Entonces advirtió un pedacito de papel en el suelo y se agachó para recogerlo.

Era de la carta que no había podido entregar, en concreto, un trocito que contenía texto. Aunque era raro. Pese a que esa carta había pasado a través del espejo, los caracteres continuaban siendo ilegibles. Es decir, que estaban del revés.

Después de observarlo unos instantes, el trocito de papel se acabó de desintegrar entre los dedos de Suigetsu y se lo llevó el viento.

—Claro, esa mujer no escribió la carta del revés...

Correos Tasogare tenía solo dos normas: ceñirse al límite de caracteres y escribir en espejo. Si una de las dos se incumplía, los sentimientos volcados en la carta vagarían para siempre en el mundo del espejo. Y eso significaba perder una parte de tu alma.

Suigetsu desconocía cuán valiosa podía ser una parte del alma, pero no lo sería menos que la vida.

La mujer que había escrito esa carta había preguntado por las sanciones. Es decir, que había tomado esa decisión adrede.

—Lo que quería era deshacerse de una parte de sus sentimientos... —susurró para sí, mientras la mujer que tenía delante lo observaba con temor.

—Oiga... No sé qué ha pasado, pero tengo prisa, ¿vale? Si no le importa...

—Ah, perdón.

Obvió que se había olvidado de ella. No fue por consideración hacia la mujer, sino porque Suigetsu nunca hablaba más de lo estrictamente necesario.

—No pasa nada... ¡Oh, un mensaje de Ayako!

—Pareces muy contenta.

A pesar del suceso inexplicable que acababa de acontecer delante de sus narices, la mujer miraba con una sonrisa radiante esa pequeña maquinita que tenía en las manos.

—Ah, ¿tan obvio es? ¡Hoy he quedado con una amiga a la que hace siglos que no veo! Pensaba que me estaba evitando, por eso estoy tan contenta.

—Es una amiga muy importante, ¿eh?

—¡Sí, lo es! Bueno, me voy...

La mujer se alejó con un andar alegre, lleno de energía. Después de verla desaparecer por una esquina, Suigetsu también se desvaneció.

De nuevo en Correos Tasogare, Suigetsu se quitó la bolsa vacía como hacía siempre, solo que esa vez se sentía un poco diferente. Aún carecía de palabras para describir esa emoción.

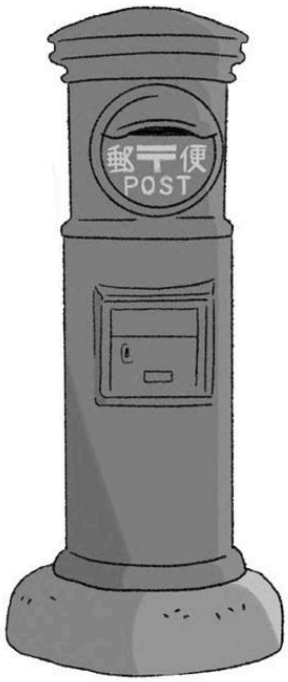
—No sabría decir qué es correcto y qué no, pero esa mujer llamada Kaori parecía muy feliz. Supongo que ese era tu deseo, ¿no?

Suigetsu se frotó ligeramente los dedos recordando la sensación de la carta al pulverizarse en sus manos.

CAPÍTULO 5

PARA TI, CUANDO YO YA NO ESTÉ




郵便
POST

Cuando me di cuenta, me encontraba en un misterioso distrito comercial. Iba en pijama y sin zapatos, solo calcetines.

Qué desastre. Tenía que calzarme las zapatillas o los calcetines se me pondrían negros y mamá se enfadaría conmigo. «Me meteré en un lío», pensé, mientras buscaba a mi alrededor, pero no las vi en ninguna parte.

Además, ¿qué era ese lugar?

Parecía más antiguo que el distrito comercial que había cerca de la casa de mi abuela, en el pueblo. Habría quedado muy bien en una de esas películas en blanco y negro que tanto le gustaban a papá. Aunque no solo se veía antiguo; también tenía un aire chino. Una vez fui con papá y mamá a un parque de atracciones ambientado en el Japón de siglos pasados. Esa calle se me antojó como una versión un poco rara de esos decorados.

¿Y qué estaba haciendo allí? Lo último que recordaba era la cama del hospital, donde debería seguir durmiendo. ¿Y si me había levantado en sueños y había caminado hasta allí? Como los sonámbulos.

Sí, estaba ingresado. Ya habían pasado seis meses desde que había empezado quinto de primaria, pero no había pisado la escuela ni una sola vez en todo este tiempo.

Nací con una enfermedad en el corazón y, ya desde pequeño, había pasado muchas temporadas ingresado. Por lo visto, era una enfermedad muy complicada que no se podía operar. Por un lado me alegraba, porque las operaciones me daban miedo, pero, por otro, siempre me estaban haciendo pruebas, poniendo inyecciones y vías intravenosas y no servía de mucho.

En realidad, cada vez me encontraba peor. Me habían ingresado en muchas ocasiones, pero de algún modo sentía que esta era diferente. El médico pasaba a verme más a menudo de lo habitual y muchas veces mamá tenía una expresión triste, como si estuviera punto de romper a llorar en cualquier momento. Por si fuera poco, los ataques de dolor en el pecho tardaban más en irse.

Pero tampoco es que lo estuviera pasando tan mal como para morirme, así que me habría gustado que papá y mamá no exagerasen tanto.

Hacía poco que había nacido mi hermanito pequeño. Papá y mamá sin duda andarían muy ocupados cuidándolo, pero, aun así, seguían visitándome cada día. «¡Yo estoy bien! ¡Me he acostumbrado al hospital! ¡Deberíais preocuparos más por el bebé!», les decía, pero no servía de mucho. Incluso yo sabía lo duro que era cuidar de un recién nacido. Lloraban constantemente, había que darles leche cada dos por tres y cambiarles los pañales. Mi hermanito había nacido mientras yo estaba ingresado, por lo que prácticamente podía contar con los dedos de una mano las veces que lo había visto, pero igualmente lo sabía. Desde que él había nacido, papá y mamá ya no acudían juntos al hospital. Era obvio que hacían turnos. Mientras uno se quedaba cuidándolo a él, el otro venía a verme a mí.

Yo no quería que hiciesen eso porque me preocupaba lo que pensaría mi hermano cuando fuese un poco mayor. ¿Y si me tomaba por un cobarde? Yo ya me había hecho amigo de mis compañeros de habitación, me llevaba bien con las enfermeras y el hospital no me daba ningún miedo, así que de cobarde no tenía nada.

—Le explicaré a algún dependiente lo que me ha pasado y le pediré que me acompañe al hospital.

Hospital General, sección de pediatría, tercera planta... Sí, incluso me sabía la dirección de memoria. Todo controlado.

Aunque estaba seguro de haberme dormido por la noche, en esa calle comercial aún se estaba poniendo el sol. Después de caminar un rato en calcetines por ese sendero de gravilla, intenté entrar en una de las casetas, pero la puerta no se abrió.

—¿Eh?

Lo intenté varias veces, con esa, la de al lado y la siguiente, pero nada. ¿Y si todas las tiendas estaban abandonadas?

Era una calle comercial completamente desierta. En lo alto colgaban farolillos de papel rojos y blancos, proyectando una sombra inusualmente alargada de mí.

Me entró un poco de miedo. Acababa de acordarme de una película de anime en la que la protagonista se perdía en un distrito comercial tan extraño como ese y acababa en un mundo desconocido.

El corazón empezó a latirme con fuerza y la respiración se me agitó. Aceleré el paso.

¿Seguro que no había ninguna tienda abierta? Tenía que volver al hospital. Si no... Si no...

Después de intentar abrir y golpear varias puertas, cuando ya empezaba a notarme cansado, de pronto vislumbré el edificio de una oficina de correos. Era blanco, cuadrado, y se parecía un poco a un hospital.

—¡Por fin!

Yo lo sabía. Las oficinas de correos no eran como los otros negocios y, por lo tanto, no quebraban. Me lo enseñaron en Sociales. Vale que no podía ir a la escuela, pero estudiaba por mi cuenta y también recibía clases en el hospital. Hacía exámenes como mis compañeros y mantenía el mismo nivel.

Aunque por fuera esa oficina parecía un hospital, no contaba con una puerta de cristal automática, sino de madera con un cristal incrustado. Llamé con un par de golpecitos antes de abrir, pero nadie respondió.

¿No se enfadarían si entraba un niño sin acompañamiento?

Al sacar la cabeza con timidez, pronto me di cuenta de que esa oficina de correos poco tenía en común con las que yo conocía. Tanto el techo como el suelo eran de madera, había farolillos en vez de bombillas y detrás del mostrador, donde debería de haber estado esperando el encargado, no había nadie. Además, en la supuesta sala de espera apenas había espacio para moverse, pues estaba abarrotada de estanterías y un escritorio ocupaba la mayor parte del centro.

Alcé el cuello para contemplar las postales y los juegos de papeles de carta que había expuestos en los estantes superiores, pero enseguida noté que no eran como los que solían vender en las papelerías, con dibujos y personajes de moda. Estaban hechos con papel japonés y me parecieron muy sobrios y elegantes. Entre todos esos artículos vi un papel de carta estampado con un sello de patata y lo cogí.

«Una vez en la escuela hicimos un sello de patata...».

Fue cuando todavía me encontraba bien para ir a clase. Teníamos que diseñar nuestras propias felicitaciones de Año Nuevo y, para ello, tallamos un dibujo en una patata para crear nuestro sello personalizado. La patata y el cincel los trajimos de casa. Primero dibujé el animal del zodíaco chino de ese año y luego lo tallé en el tubérculo. Fue muy divertido. En la escuela no todo eran buenos momentos, pero ahora solo conservaba los recuerdos más bonitos. Qué curioso.

—¿Eres un cliente? —Una voz grave, masculina y un poco intimidante me llamó desde encima de mi cabeza.

Alcé la vista y vi a un joven vestido con el uniforme verde de cartero. Sin embargo, no se parecía en nada a los adultos a los que estaba acostumbrado, sino más bien al héroe de unos dibujos animados. Tenía el pelo largo y de color plateado, los ojos violetas y un rostro increíblemente hermoso.

No obstante, a pesar del uniforme, no daba la impresión de ser muy simpático. Eso era justo en lo que estaba pensando cuando soltó esta grosería:

—¿Hum? Oye, tú no eres humano.

—Qu... ¡¿Qué dices?! ¡Serás maleducado! ¡Que todavía no estoy muerto, por supuesto que soy humano! —le contesté muy enfadado, tanto que habría llorado de rabia. ¿Cómo que no era humano? ¿Qué insinuaba, entonces? ¿Que era un fantasma? Los fantasmas eran gente muerta, ¿no? La posibilidad de estar muerto en vez de durmiendo en mi cama del hospital me aterrorizaba tanto que no quería ni pensar en ella. ¿Por qué tenía que decirme esas cosas?

—No me refería a eso —respondió él, frunciendo ligeramente el entrecejo—. Eres un espíritu viviente. Tu alma se ha separado del cuerpo y vaga como un espíritu mediante la proyección astral.

—La proyección astral...

Durante un tiempo me había dado por leer muchos libros sobre experiencias cercanas a la muerte y en más de una ocasión me había topado con ese término. O sea, que lo mío no era sonambulismo. Mi alma se había separado del cuerpo.

—Por eso no me duele el pecho ni siento la asfixia de siempre.

Pensándolo bien, teniendo en cuenta que llevaba solo un pijama muy delgado y que encima iba sin zapatillas, ya tendría que haber

empezado a encontrarme mal, pero, a pesar de lo rápido que había estado andando, no me dolía nada. Sí, tenía sentido.

—Es raro ver a niños humanos por aquí, pero también a espíritus vivientes.

Ese dependiente tan guapo me miraba fijamente. Yo también bajé la mirada y me estudié los brazos y las piernas, pero ni mi cuerpo era transparente ni estaba flotando en el aire. ¿Cómo había deducido que era un espíritu, entonces?

—Tú tampoco pareces un adulto muy normal —espeté, un poco molesto por su actitud y la forma que tenía de observarme, casi sin pestañear.

—¿Tú crees?

—Pues sí. La gente no lleva el pelo de ese color. Además, no pareces muy humano. Me recuerdas a una escultura de bronce que hay en la escuela. Seguro que estás frío al tacto.

Pensé que se enfadaría conmigo, pero el chico abrió los ojos, sorprendido.

—Qué avispados son los niños. —A pesar de lo que le había dicho, en lugar de ofenderse, ese hombre me miró con admiración.

—¿Tú trabajas aquí?

—Me llamo Suigetsu y soy el encargado de la oficina de Correos Tasogare. Lee esto.

Suigetsu me entregó una hoja de papel con un texto escrito con pincel. Contenía muchos ideogramas, pero más o menos pude leerlo entero. En el título ponía «Manual de uso de Correos Tasogare» y las indicaciones que seguían a continuación eran de lo más extrañas.

Lo primero que pensé fue que era una broma de ese cartero. Al verme tan pequeño, había pensado que podía tomarme el pelo. Pues no me dejaría engañar tan fácilmente.

—Vaya, vaya. El otro día leí un libro con una historia parecida. Trataba de un tipo que enviaba cartas de personas que habían muerto. Pero estas cosas solo ocurren en las películas, ¿sabes? En el mundo real, todo eso es imposible.

—No, no es imposible. Al fin y al cabo, no estamos en el mundo real.

—¿Qué insinúas...? No estamos en el cielo, ¿no?

Me asusté un poco. Lo que contaban sobre las proyecciones astrales era que el alma de la persona viajaba al cielo y luego volvía. Eso era lo esperable. Pero yo siempre había pensado, leyendo esos libros, que muchos debían de quedarse por el camino y morir sin más.

No obstante, ese chico no me parecía un ángel, ni un dios ni un antepasado.

—Esta es la calle del Crepúsculo, la frontera entre el mundo de los vivos y el de los muertos. Aquí todas las tiendas son regentadas por fantasmas, espíritus que no tienen adónde ir u otros seres extraños.

Eso me inquietó. Ciertamente, antes de llegar ya me había dado cuenta de que esa calle era un poco misteriosa, de modo que aquello tampoco me pillaba completamente por sorpresa, pero eso de que Suigetsu fuese un espíritu... Ya sé que antes le había dicho que no parecía un adulto normal, pero no iba en serio.

—Todas las personas que acuden a este lugar tienen algo que comunicar. Tú también, aunque seas un espíritu viviente. Yo me encargo de hacer llegar las cartas de esas personas.

—Algo que comunicar... No es que no tenga nada, pero...

Si les escribía una carta a papá y a mamá para que pasasen más tiempo con mi hermanito, ¿se quedarían tranquilos?

Aunque lo que más me preocupaba era...

—Oye, y cuando haya escrito esa carta, ¿tendré que largarme?

—¿Eh? Por lo general, la gente se va cuando termina lo que ha venido a hacer.

—¡Pues aún no pienso escribirla! ¡Tengo que aprovechar esta experiencia como espíritu viviente! ¡Ahora puedo andar todo lo que quiera sin cansarme! ¡Quiero jugar más!

Probablemente no volvería a pisar en vida ese lugar tan misterioso ni esa oficina de correos regentada por un espíritu. Tenía que aprovecharlo para explorar la calle a fondo. Eso de poder correr y moverme sin miedo a que me diera un ataque al corazón era maravilloso. De pronto, deseé quedarme en ese estado para siempre.

—No deberías dejar que tu alma deambulase por ahí. Podrías cruzarte con algún espíritu maligno.

—Eso significa que tú no lo eres, ¿no? Lo suponía.

Suigetsu no era muy simpático, pero tampoco era un mal tipo. Por lo general, los adultos eran muy amables y cariñosos con los niños enfermos, de ahí que en un primer momento me hubiese sorprendido su forma de hablarme. Pero me sentía cómodo con él. A veces me ponía un poco triste que todo el mundo me tratase de forma especial.

—¡Entonces no saldré de aquí! Me quedaré un rato, ¿vale? ¿Quieres jugar conmigo, Suigetsu?

Le agarré una mano enguantada de blanco. Esa fue la primera vez que, por fin, su expresión impertérrita se quebrantó con una mueca de sorpresa.

—¿Jugar? ¿A qué te refieres con «jugar»? —susurró, con voz ahogada. Daba la impresión de estar meditando algo. Pero no había muchas vueltas que darle, ¿no? Era solo jugar. Casi parecía que no lo hubiera hecho nunca en la vida. Por muy espíritu o fantasma que fuese, en algún momento debió de haber sido un niño, ¿no?

Decidí pasar de él y ponerme a explorar la oficina de correos a mis anchas. Empecé por la mesa del centro, que tenía un cajón. Esa tapa que se abría hacia arriba me pareció de lo más curiosa.

—Oye, Suigetsu, ¿qué hay dentro del cajón? ¿Puedo mirar?

—Adelante.

—¡Oh, ¿qué es esto?! ¿Un mechero de alcohol y... velitas? ¿Qué tiene eso que ver con las cartas?

También había una cuchara y sellos. Esos instrumentos parecían sacados de un laboratorio de ciencias.

—Son ceras para lacrar. Antiguamente se utilizaban para sellar sobres. Derrites un poco de cera y...

—¡Oh, quiero hacerlo! ¿Puedo? ¿Me dejas? —lo interrumpí, dando pequeños saltitos.

—Esto es para cuando ya has escrito la carta.

—¿Eh? Bueno, como quieras, ¡después también lo usaré! ¡Pero quiero probarlo ahora, para practicar!

—Para practicar, ¿eh? —dijo Suigetsu, cediendo a mi demanda. Agarró el mechero y lo encendió con una cerilla—. Tienes que fundir un poco de la cera dentro de la cuchara.

—¡Vale!

Elegí una cera pequeña de color naranja y la apoyé en la cuchara. No esperaba que se fundiese tan rápido, parecía chocolate.

—Ahora la viertes encima del sobre... y, antes de que se solidifique, le pones el sello.

El sobre me lo dio Suigetsu. Dejé caer la cera en el cierre y luego presioné con el sello. La cera se solidificaba enseguida, por lo que noté una ligera resistencia al apretar.

Cuando levanté el sello, la cera de color naranja se había convertido en un bonito dibujo en tres dimensiones.

—¡Qué pasada! ¡Ha quedado muy bien!

Si no recordaba mal, en una película de fantasía que había visto aparecían cartas selladas de la misma forma. Era un poco entretenido, pero le daba mucha categoría. Antiguamente, cada vez que se quería sellar algo había que repetir todo ese procedimiento. Menudo trabajo.

—Por cierto, ¿qué es este sello? ¿Un gato?

—Un zorro. —Suigetsu, que se había mostrado impasible hasta entonces, respondió algo ofendido.

A continuación, pasé a observar uno por uno los artículos expuestos en las estanterías, cada papel de carta y cada postal. Al parecer, Suigetsu los había hecho todos a mano.

—Ostras, entonces... ¿Estos dibujos los has hecho tú? ¿Este patrón de limones azules y amarillos también?

—Eso es un grabado impreso a dos colores.

—¿Eh? Yo pensaba que todos los grabados eran en blanco y negro. ¿Cómo le has añadido el color?

Cada año hacíamos grabados en clase de plástica. En los primeros cursos untábamos con tinta las plantillas de papel de dibujo que previamente habíamos recortado para estampar con ellas láminas en blanco, pero a partir de cuarto ya nos dedicábamos a tallar tablillas con un cincel.

—Primero se unta con tinta solo una parte de las figuras. Las estampamos en el papel y, al terminar, untamos la otra parte con un color diferente y repetimos la operación en el mismo papel.

—Vaya, ya veo... —En realidad, no lo acababa de entender, pero asentí igualmente—. ¿Y cómo hiciste este estampado de hojas de otoño?

—Para este simplemente desmenucé un poco de papel japonés y lo pegué.

—¿Y este transparente?

—Primero le hice un pliegue al papel y luego lo recorté con unas tijeras.

—¿Y este? El papel está como abultado.

—Esto está hecho con impresión tipográfica. Tengo una máquina arriba.

Aunque me tomé mi tiempo para observar y preguntar a Suigetsu sobre cada uno de los artículos, enseguida terminé con las estanterías.

Estaba pensando qué hacer a continuación cuando Suigetsu me hizo una pregunta:

—Si al final escribes una carta, ¿a quién se la enviarás?

—Supongo que a papá y a mamá. Mi hermano pequeño acaba de nacer y todos los días se esfuerzan muchísimo para venir a visitarme al hospital. Quiero que entiendan que ahora soy el hermano mayor y que no tienen que preocuparse tanto por mí.

—Vaya, en ese caso...

—Oye, ¿podría probar esa especie de boli de cristal que hay en el escritorio? —lo interrumpí, acercándome a la mesa con un entusiasmo fingido. Él permaneció un instante en silencio, pero no puso mala cara.

—No me importa, pero dime, ¿cuándo la escribirás?

—¡Aún no! ¡Primero quiero jugar un poco más!

No podía dejar que aquello terminase tan pronto. Hacía siglos que no salía del hospital y me moría por jugar y divertirme. También quería charlar más con Suigetsu y explorar a fondo esa oficina de correos.

Hice como que no me daba cuenta de su mirada y me incliné para coger la pluma. Entonces él se me acercó, tanto que casi nos tocábamos. Me vi obligado a alzar la cabeza para mirarlo.

—Escúchame. Si alargas demasiado tu estado fuera del cuerpo, es posible que ya no puedas regresar —me advirtió, pronunciando lentamente cada palabra para asegurarse de que lo entendía.

—¿Eh...?

—Y si el alma no regresa al cuerpo, morirás.

—¡Ya lo sé!

Esa última frase sonó como una amenaza cruel, pero yo no pensaba dejarme amedrentar. Al fin y al cabo, había leído muchas historias de almas que nunca conseguían regresar al cuerpo, no era nada nuevo para mí. Es más, estaba bastante convencido de que eso era lo que ocurría en la mayoría de los casos. Seguro que las que nunca regresaban eran más del doble de las que sí lo hacían.

—Si ya lo sabes, ¿por qué me parece que intentas ganar tiempo?

Su pregunta me pilló desprevenido. A pesar del desinterés que Suigetsu parecía tener hacia mí, se había dado cuenta desde el principio de que lo que quería no era ni jugar ni explorar la oficina, sino ganar tiempo.

—Es que... Es que... ¡Me da miedo!

—¿El qué?

—¡Cuando regrese a mi cuerpo, el pecho me volverá a doler! ¡Esta vez podría morir de verdad! —Sabía perfectamente por qué el médico me visitaba tan a menudo y por qué papá y mamá no me dejaban ni un día solo. Era porque no me quedaba mucho tiempo de vida—. No quiero morir. Tengo miedo de que todos me olviden. En realidad, quiero que vengan a visitarme todos los días, pero intento hacerme el fuerte... Siempre me pongo muy triste cuando papá y mamá se van. ¡La idea de morir sin que haya nadie a mi lado me aterroriza!

Grandes lagrimones empezaron a brotar de mis ojos.

Llevaba mucho tiempo evitando llorar porque tenía la sensación de que, al hacerlo, mis miedos se volverían reales. Por eso tampoco me atrevía a preguntarle a nadie «¿Me moriré?». Sabía que, aunque mintiesen, su expresión me revelaría la verdad.

En el fondo, deseaba llorar, dejarme llevar por la rabia y ser más egoísta. Quería suplicarles a gritos que no se marchasen, que se quedasen conmigo. Pero tenía una razón que me lo impedía.

—¡Yo soy el hermano mayor! ¡Tengo que portarme bien y aguantarme!

El bebé recién nacido que mamá llevó a la habitación cuando fue a verme era muy pequeño. Me pareció mucho más frágil y delicado que yo, que estaba enfermo. Esa cosita era mi hermano y pensé que tenía que protegerlo. Sin embargo, ¿qué podía hacer yo por él, si ni siquiera estaba en casa? Estuve dándole vueltas mucho tiempo.

Ser bueno. Ser un hermano mayor fuerte. No querer a papá y a mamá solo para mí.

Si yo no necesitase tantos cuidados, papá y mamá podrían dedicarle a mi hermanito todo el tiempo del mundo. Pero por mi culpa no podían. Ni de eso era capaz.

—Estos son tus auténticos sentimientos, ¿no? —dijo Suigetsu, poniéndome una mano en el hombro cuando empecé a sollozar—. Pues es lo que deberías escribir en tu carta.

—No puedo... Las cartas quedan para siempre. Cuando yo ya no esté, quiero que papá y mamá me recuerden feliz.

Además, para algo que iba a quedar de mí después de haberme ido, al menos quería dar una buena impresión.

—¿Qué harás entonces?

Solo había una persona a la que quería decirle algo y de momento no podía.

—Hay algo... que quiero decirle a mi hermano. Pero él aún no sabe leer...

—Eso no es problema. Escríbeselo para tu hermano del futuro.

—Vale... ¿Podrás mandarle mi carta cuando tenga mi edad de ahora?

—Claro. Pero tendrás que limitarte a lo que te quepa en una sola postal. Elige la que más te guste.

Me sequé las lágrimas y escogí una postal decorada con hojas de otoño.

—Vale, pues esta. ¿Cómo lo hago? ¿Tengo que mojar la pluma en la tinta?

—Exacto.

Dejé la postal encima del escritorio y mojé con un poco de miedo la punta de la pluma en la tinta. Luego escribí el primer carácter con sumo cuidado, pero me quedó borroso.

—No me sale... —Empecé a lloriquear otra vez—. No sé escribir en pluma, esta cosa solo la utilizan los adultos, es demasiado difícil... Yo necesito un lápiz.

En el fondo sabía que no era para tanto, pero creo que me dio ese berrinche porque cuando terminase la carta tendría que despedirme de Suigetsu y quería retardar ese momento todo lo posible.

—Con un lápiz sí que te las apañarías, ¿no?

—¿Eh? Sí... Siempre escribo con lápiz.

—Vale.

Suigetsu asintió una vez y salió de la oficina por la puerta principal.

—¿Eh? ¿Cómo voy a terminar la carta si me dejas solo?

No me quedó más remedio que esperarlo en silencio. Diez minutos después, Suigetsu volvió a aparecer.

—Toma, un lápiz. Ahora podrás escribir, ¿no?

Suigetsu me dejó encima de la mesa un lápiz HB gastado casi hasta la mitad. A juzgar por lo afilada que estaba la punta, supuse que no había utilizado un sacapuntas, sino un cuchillo o un cúter.

—Oh... ¿De dónde lo has sacado?

—Hay una confitería al final de la calle. Me lo ha prestado su dueño.

—¿Y has ido a buscar un lápiz en la confitería en lugar de la papelería?

—No conozco a nadie más por aquí.

No sé qué me sorprendió más, que Suigetsu tuviera a un conocido a quien ir a pedirle un lápiz o que se hubiese tomado la molestia de ir a tomarlo prestado para mí.

—Gracias, Suigetsu...

Una calidez dulce me envolvió por dentro. Cuán agradable era que fuesen amables contigo sin tratarte como a un niño... Me hizo muy feliz.

Ojalá yo también dispusiera del tiempo suficiente para dedicarle tanto cariño a mi hermano pequeño.

Ese lápiz me resultó muy cómodo y fácil de usar. Sin embargo, como eso de escribir del revés era muy difícil, apenas incluí ideogramas y lo escribí casi todo en silabario.[1]

—¡Ostras, se me ha olvidado algo muy importante! —exclamé, después de haber firmado con mi nombre—. ¿Y ahora qué hago...?

Suigetsu se me acercó.

—En esos casos, se suele añadir una posdata.

—¿Una posdata? ¡Pues claro, gracias!

El resultado final me quedó bastante logrado:

.....

Para Sora:

No me olvides nunca, ¿vale?

Aunque papá y mamá son adultos, siempre lloran un montón. A ti te tocará cuidar de ellos cuando yo ya no esté. Yo siempre seré tu hermano mayor y te protegeré desde el cielo, te lo prometo.

De tu hermano Riku

Posdata: Que sepas que yo elegí tu nombre.



Así era, yo había elegido su nombre. En cuanto supimos que iba a ser un niño, mamá me preguntó cómo quería llamarlo.

A mí me entusiasmaban el espacio y los astros, pero tenía la mala suerte de llamarme Riku, que se escribía con el ideograma de «tierra». Por eso quise que mi hermano se llamase Sora, «cielo».

Eso era muy importante. Tenía que decírselo. Quería que supiera que le había puesto el nombre de una de las cosas que más me gustaban de este mundo.

Otra cosa importante que quería enseñarle por si acaso no lo sabía era que los adultos también lloran de vez en cuando. Me había dado cuenta de que mamá a menudo tenía los ojos rojos cuando venía a visitarme.

Y, por último, quería pedirle que no me olvidase jamás. Sentí un poco de miedo cuando escribí esa parte. ¿Y si Sora ya me había olvidado cuando le llegase mi postal? Por eso había firmado «De tu hermano Riku». Pensé que así se acordaría seguro.

Metí la postal en el sobre y la sellé con cera azul oscuro. Era mi color favorito, el del cielo nocturno.

—Ya he terminado, Suigetsu.

—Muy bien. Recibida.

—Ay, ya se me ha acabado el tiempo, ¿no? Me toca regresar...

Me estiré hacia atrás y la vista se me nubló de repente con un resplandor blanco. Me miré la mano y me di cuenta de que los bordes se estaban volviendo transparentes.

—Como temía, nada más terminar de escribir, ya me toca largarme. Estoy desapareciendo.

Suigetsu movió los labios, pero yo ya no podía oír lo que decía.

—Gracias por todo, Suigetsu.

¿Me habría escuchado pronunciar esas palabras de despedida? No estaba muy seguro, pero me dio la sensación de que respondía: «No hay de qué».



—Ri... ¡Riku!

Cuando desperté, papá y mamá me miraban con ojos llorosos.

—¡Riku! ¡Ah, gracias al cielo!

—¿Eh? ¿Qué...?

Intenté preguntarles qué hacían ahí los dos juntos, pero tenía la voz tan ronca que no lo conseguí. Me notaba la garganta muy seca y el cuerpo tan pesado que no pude incorporarme.

—Riku, no había forma de despertarte. Como seguías durmiendo por la mañana, papá pidió el día libre en el trabajo para venir a verte.

Papá y mamá, los dos juntos, me cogían de la mano que tenía conectada al suero y me la apretaban con fuerza.

La luz que se filtraba por la ventana era de un color anaranjado, lo cual significaba que había dormido toda la noche hasta el atardecer siguiente.

Mientras mi alma se resistía a regresar al cuerpo, mis padres habían estado muy preocupados. Si hubiese tardado un poco más en escribir la carta, probablemente no habría podido volver.

Una vez más, le agradecí a Suigetsu que me hubiese metido prisa.

A continuación, llegaron las enfermeras y el médico y, tras un montón de pruebas, por fin me dejaron descansar. Unas horas después ya podía volver a moverme con normalidad y me comí toda la cena. Según me contaron, habían dejado a Sora con una canguro.

—Papá, mamá... Me gustaría preguntaros algo —les dije de repente después de cenar, mientras tomaba un té caliente en un vaso de plástico.

Si no me apresuraba a decirles enseguida lo que había decidido mientras escribía la carta para Sora, ya no me atrevería.

—¿El qué? —preguntó mamá, con voz dulce y una sonrisa.

—¿Cuánto tiempo me queda de vida?

Se les congeló el rostro a los dos.

—Riku, ¿por qué...?

Mamá tenía la boca tensa y papá guardaba silencio.

—Ya sé que no viviré mucho más. Por eso me gustaría saber cuánto me queda más o menos —expliqué, todo lo contundente que pude. Quería que entendieran que no deseaba que siguieran tratándome como a un niño y que debían contarme la verdad.

—Riku...

Los dos se miraron.

—Hay algunas cosas que quiero hacer en el tiempo que me quede de vida.

Al verme sonreír, papá y mamá rompieron a llorar sin esconder ya sus lágrimas.



Tras mi petición, hicieron venir al médico para hablar de mi situación los cuatro juntos. Fue él quien me contó, directa y detalladamente, en qué estado se encontraba mi corazón y lo que sucedería de ahora en adelante.

Me pronosticaron una esperanza de vida de un año.

No habría sabido decir si era más o menos de lo que esperaba.

—Y si me quedo en el hospital, ¿viviré más? —pregunté, pero la respuesta fue que no. Aunque permaneciera en el hospital, lo único que podrían hacer los médicos era darme medicamentos cuando me encontrase mal y administrarme el suero.

—En ese caso, me gustaría volver a casa —dije.

Pensé que papá y mamá se opondrían, pero no fue así. Se volvieron hacia el médico y dijeron:

—Si es lo que Riku desea, nosotros también queremos seguir cuidando de él en casa.

De ese modo, me dieron el alta y pude por fin volver al hogar donde ahora también vivía mi hermano pequeño.

Había tres cosas que quería hacer en el año que me quedaba de vida. La primera, aprender más sobre el espacio. Papá me prometió que, los días que me encontrase mejor, me llevaría a un instituto de astrología.

La segunda era leerle muchos libros a mi hermano. Como de momento él solo podía leer los cuentos ilustrados para niños

menores de un año, todos mis libros le resultaban muy difíciles de entender, pero yo se los explicaba poco a poco y apoyándome en los dibujos. «Este de aquí que tiene anillos se llama Saturno, y este tan grande es Júpiter».

Por último, la tercera cosa que quería hacer era practicar a escribir y dibujar con una pluma de cristal. Aún me acordaba de esos ideogramas tan ridículos que había escrito en Correos Tasogare y me daba mucha vergüenza. «¿Cómo sabes lo que es una pluma de cristal?», me preguntó mamá, muy sorprendida, y yo le dije que lo había visto en la tele y que quería probarlo. Me compraron una estilográfica azul claro como la de Suigetsu y también un botecito de tinta añil.

Antes de que transcurriera ese año, visité el instituto de astrología que me había prometido papá, leí muchísimos libros sobre el espacio y un montón de cuentos a mi hermano. También aprendí a dibujar con la estilográfica de cristal y uno de mis dibujos, para el que utilicé tintas de diversos colores, hasta ganó un concurso de la ciudad.

Hice muchas cosas, pasé un montón de tiempo con Sora y disfruté de la experiencia de ser el hermano mayor. Al final, hasta viví un poco más de un año y, aunque en silla de ruedas, pude participar en la ceremonia de graduación de primaria.

Sin embargo, antes de poder empezar secundaria, llegó mi último día.

Papá y mamá lloraban mientras Sora, que tenía un año, me contemplaba sin entender muy bien qué estaba sucediendo.

A pesar de lo que había llegado a dolerme el pecho, en ese momento ya no sentía nada. Quería decirles que no se preocupasen, que no estaba sufriendo, pero no me quedaban fuerzas ni para mover los labios. También había ido perdiendo la vista.

Ah... Había tenido una buena vida. Aunque solo hubiesen sido doce años, aunque todavía fuese un niño, había sido muy, muy feliz.

Estaba contento por los padres que había tenido, por los médicos y enfermeras tan amables que me habían atendido. Mis compañeros de clase me habían regalado mil grullas de papel e infinidad de cartas. También había sido un hermano para Sora.

«Así que no lloréis, por favor. Recordadme siempre con una sonrisa. Yo me voy antes al cielo, pero os espero allí. Algún día nos volveremos a encontrar. Adiós».



Suigetsu se sorprendió al darse cuenta del asombroso parecido que el niño que cargaba con una mochila en la espalda guardaba con ese otro niño que él había conocido.

—¿Es usted el cartero? —le preguntó el muchacho, con una mirada avispada.

—Así es. Te traigo una carta de tu hermano mayor.

—¿Eh? Pero mi hermano murió cuando yo...

—La escribió antes de morir y me la dejó a mí.

—¡Vaya!

Suigetsu le entregó un sobre con un estampado de hojas de otoño y el muchacho, muy contento, se lo guardó con sumo cuidado en su mochila a la vez que murmuraba: «Que no se ensucie...». Seguramente la leería con calma una vez que estuviese en casa.

—¿Te acuerdas de tu hermano?

—¡Por supuesto! —respondió el niño, con ojos resplandecientes—. Mis padres siempre me hablan de él y en casa hay un montón de

libros suyos que ahora estoy leyendo yo. ¡Era muy inteligente y, aunque solo iba a primaria, leía libros muy difíciles! —El chico hablaba con mucho orgullo de su hermano, como si se alegrase de que le hubiesen preguntado por él. Se notaba que le guardaba un profundo respeto—. Además, le gustaba mucho el espacio y quería ser astronauta. ¡Por eso he decidido que me convertiré en astronauta y le enseñaré el espacio!

—Vaya...

—¡Me voy, señor cartero! ¡Gracias por la carta!

El chico se despidió con la mano antes de echar a correr hacia su casa. Su figura iluminada por el sol de la tarde se solapó con la de ese otro muchacho que había conocido.

Al volver a la oficina de correos, Suigetsu sacó de su bolsa un sobre sellado con un lacre de color naranja y lo colocó junto a la ventana.

—Ya lo ves, no tenías que preocuparte tanto por ser olvidado —susurró, dirigiéndose al sobre. Su voz tenía un eco de despedida.

CAPÍTULO 6

PARA TI, QUE ME DISTE UN NOMBRE



Esta historia se remonta a cuando Suigetsu todavía no tenía nombre y no era más que un simple espejo.



Era un pequeño espejo de mano con tapa, decorado con flores y mariposas en relieve. Se desconoce la época en la que lo confeccionaron, pero pasó de mano en mano durante muchas generaciones hasta que, ya en el Japón de la posguerra, adquirió conciencia y sentimientos.

Su última dueña, una actriz principiante, le puso el nombre de Suigetsu.



—¡Mira, mira! Es un espejo muy antiguo. Lo compré en una tienda de Nakano. —Umeko Yamada, cuyo nombre artístico era Choko Hanafubuki, se dirigió a su compañera, que en aquellos momentos se estaba aplicando un maquillaje de lo más chillón. Estaban sentadas una al lado de la otra frente a los tocadores en el camerino del local de espectáculos donde trabajaban.

—Anda, qué bonito.

—¡Ju, ju! ¿A que sí? Estoy convencida de que vino de Francia. Fíjate en la tapa, tiene un toque exótico, ¿no te parece? Muy *chinoiserie*.

En la tapa había dibujadas unas peonías sobre las cuales se posaban un grupito de mariposas grabadas a mano.

—Debió de costarte una fortuna.

—Pues no, estaba de oferta y me salió bastante barato.

—¿En serio? Si estaba de oferta es que es una baratija.

—Cómo te pasas. Me da igual el valor que tenga, lo que importa es lo bonito que es.

—Bueno, con lo que ganamos nosotras tampoco estamos para comprar antigüedades caras. Somos las actrices más novatas de la compañía.

Las dos pertenecían a la misma compañía teatral. Y, como sus honorarios no les daban para vivir, se sacaban otro jornal trabajando en un local de espectáculos vulgar.

—¿Qué tiene de malo soñar?

Era perfectamente consciente de que no podía permitirse lujos. También de que ese espejo que había estado acumulando polvo en un rincón de la estantería no tenía nada de francés. Aun así, al verlo le había dado un vuelco el corazón, como si el espejo la hubiese llamado.

—Me toca salir.

—Hasta luego, buena suerte.

Vestida con leotardos de un rosa chillón, medias de red y una estola del mismo color en el cuello, la chica se puso en pie para salir del camerino, velado por el humo del tabaco, hacia el escenario bañado por las luces de una bola de espejos y envuelto en el penetrante olor del alcohol. Choko también había actuado ahí justo

un momento antes, pero ahora lo concebía como una fabricación de su mente.

—¿Qué hago en un antro como este? Yo no quiero vender sueños a cambio de dinero, yo lo que quiero es convertirme en una actriz que haga soñar.

Habían transcurrido dos años desde que dejó su hogar en el campo para perseguir el sueño de ser actriz. Al terminar la secundaria, estuvo un tiempo ayudando en la granja de su familia, pero en cuanto cumplió los dieciocho se instaló en Tokio, donde conoció la cruda realidad de las actrices sin éxito y la suciedad de los negocios nocturnos. Llegó siendo Umeko Yamada, una chiquilla con un sueño, y se convirtió en Choko Hanafubuki.

Choko abrió el espejo con la intención de retocarse el maquillaje.

—Anda, en ti siempre me veo más guapa. ¿Serán imaginaciones mías?

Comparó el rostro que se reflejaba en el tocador del camerino con el del espejo de mano. Aunque con el maquillaje escénico y esa peluca rubia que llevaba no parecía ella, su rostro en el espejo de mano daba la impresión de irradiar más energía. Quizá era por la luz de los focos y el ángulo del reflejo.

—Una visión tan hermosa como inalcanzable. Las flores que se reflejan en un espejo son más bonitas que las reales, igual que la luna que se posa en el agua de un estanque. Quizá nosotras, las actrices, deberíamos tomar ejemplo y dedicarnos a la televisión en vez de al teatro. Aunque por ahora yo solo he pisado escenarios muy pequeños...

La compañía para la que trabajaba solo le había concedido roles muy secundarios. Los papeles principales se los llevaban chicas mucho más agraciadas y talentosas que Choko. Ansiosa por

alcanzarlas, dedicaba todos los ratos libres que tenía a ensayar, pero sus esfuerzos aún no habían dado frutos.

—Ya lo tengo. Te llamaré Suigetsu, «la luna en el agua». Cuando me haga famosa, tú también saldrás en televisión, serás «un artículo privado de la gran Choko Hanafubuki, el espejo que siempre llevaba consigo desde sus días de anonimato». Entonces a nadie le importará el valor que tuvieras en esa tienda de antigüedades, pues tu historia será conmovedora.

Aunque a esas alturas ya había asumido que quizá nunca debutaría como la célebre actriz que tantas veces había imaginado, seguía negándose a volver a su pueblo natal. Estaba decidida a convertirse en actriz de cine. Para ella, abandonar ese sueño era peor que morir.

—Algún día lo lograré, cueste lo que cueste. ¡Mis películas enamorarán a todo Japón! —susurró para sí misma. Se dijo que ese era su destino, que las penalidades que sufría en ese momento eran una prueba de los dioses. Pensar así le daba fuerzas para seguir adelante un día más.



No mucho tiempo después, la vida de Choko dio un giro de ciento ochenta grados: fue elegida protagonista para la nueva película de un renombrado director de cine.

Dio la casualidad de que ese director había ido a ver una de las obras de su compañía de teatro y pensó que Choko encajaba a la perfección con la protagonista que tenía en mente para su próximo largometraje. Según él, había potencial en sus ojos, donde se

reflejaba una voluntad firme, además de su aura noble a la par que sensual y la energía que irradiaba todo su ser.

¡Por fin alguien apreciaba su esfuerzo! La alegría y la emoción no la dejaron pegar ojo durante varias noches. Siempre había creído que ese aire altanero suyo era un defecto que entorpecía su camino como actriz, pero, para su estupor, fue precisamente eso lo que más valoraron de ella.

—¡Ay, ay! ¡Por fin! ¡Lo he conseguido! ¡Debutaré en el cine! ¡Yo! ¡Actriz de cine!

Quería que se enterasen todos los que la habían mirado con desprecio y se habían mofado de ella. Como su familia, que nunca creyó que Choko tuviese la menor oportunidad; sus compañeras del local de espectáculos, que le decían, con tono fraternal, que haría bien en rendirse de una vez, y también el director y los miembros de la compañía de teatro, que siempre reservaban para ella los peores papeles.

Sin embargo, Choko no podía perder el tiempo. Ya había cumplido veinte años, edad un poco tardía para debutar como actriz de cine, y era urgente que alcanzase la fama lo antes posible.

El papel de protagonista que le asignaron tenía poco texto y no era tan relevante como había creído, pero no le importó. En cuanto apareciese en las pantallas, todo el país la conocería.

Y la verdad es que sus planes le salieron a pedir de boca. Choko ascendió rápidamente en el camino hacia la fama. Después de la película, llegaron las series de televisión y los anuncios publicitarios. Estaba a un paso de convertirse en una artista de renombre nacional.

—Fue comprarte y la suerte se puso de mi lado, Suigetsu. ¡No me lo puedo creer! Es como si los ángeles me hubiesen bendecido —le dijo un día al espejo, mientras se preparaba en su camerino durante

el rodaje de una serie de televisión. Todos los miembros del personal conocían el cariño que le tenía a ese viejo espejo de mano. Siempre se miraba en él una última vez antes de salir a rodar.

En realidad, para aquel entonces Suigetsu ya se había convertido en un *tsukumogami*, un espíritu que habitaba en ese espejo, y fue él quien le había concedido la oportunidad de debutar, aunque eso no lo sabía nadie.

A Choko la habían contratado en una agencia de talentos y le habían asignado un mánager. Ya no tenía que salir a buscar, la empresa se encargaba de pasarle un trabajo tras otro. También contaba con una profesional que la maquillaba y peinaba para los rodajes. Como hasta entonces siempre había tenido que arreglarse ella sola para actuar en ese local de espectáculos, el simple hecho de disponer de una encargada solo para eso ya la hacía sentirse una actriz de primera categoría.

En una ocasión, le asignaron una entrevista conjunta con una actriz más joven de su misma agencia. Se publicaría en una revista para mujeres y le dedicarían varias páginas con fotografías, de modo que Choko estaba decidida a hacerlo bien. Se dijo a sí misma que tenía que destacar más que la otra chica.

—Las dos os habéis convertido en actrices muy conocidas y en el ideal de belleza de muchas mujeres. Sin embargo, ¿qué opináis vosotras? ¿Tenéis algún ideal de belleza? —El entrevistador las sorprendió con una pregunta difícil de responder.

—¡Choko es mi ideal, por supuesto! Yo soy un poco bajita y tengo cara de niña, por eso admiro a las mujeres como Choko, hermosas a la vez que sofisticadas —dijo la nueva, lanzándole un halago interesado. Sus ojos no sonreían, por lo que resultaba obvio que no lo había dicho de corazón.

Si respondía que su ideal de belleza era ella misma, se ganaría la antipatía del público, pero tampoco quería copiar la estrategia de su compañera y halagarla a ella de vuelta. ¿Qué podía responder para caer bien y a la vez causar cierto impacto? Y entonces se le ocurrió la forma: solo tenía que describir un ideal de belleza que no existiera en esa sociedad.

—Vaya, muchas gracias. Pero yo tengo en mente algo un poco diferente. Si volviera a nacer, me gustaría ser un hombre.

—Oh, eso sí es una sorpresa.

Tanto el entrevistador como la chica pusieron cara de asombro. Era justo lo que buscaba. Una actriz tenía que ser imprevisible.

Además, lo de querer reencarnarse en un hombre no era del todo mentira. Siempre había pensado que los actores tenían acceso a un abanico mucho más generoso de papeles.

—Me imagino de una nacionalidad desconocida y misteriosa. Con el pelo largo y plateado, los ojos violetas, alto, delgado y con rostro imperturbable...

Una vez que hubo dicho lo de ser un hombre, las palabras fluyeron sin esfuerzo. Ella misma se sorprendió de que ese ideal existiera en su interior, y es que el hombre al que describió le pareció realmente atractivo. Solitario, poco amigo de la gente y más propio del mundo de los dioses y los espíritus.

—Caramba, parece el personaje de una novela.

—Sí, ya lo creo. A veces pienso que me gustaría ser así. Un ser con un encanto inalcanzable para nosotros, los humanos.

—Una actriz como tú sin duda podría desenvolverse en este tipo de roles sin problemas —concluyó el entrevistador, y luego pasó a la siguiente pregunta. Como no podía ser de otro modo, Suigetsu también había estado escuchando la entrevista desde el interior del bolso que Choko había dejado a su lado.



Un tiempo después, Choko obtuvo su segunda gran oportunidad. La eligieron para coprotagonizar una película romántica con Takumi Wakaoji, un joven actor muy popular. La película formaría parte de la saga *Aoi*, que además contaría con una serie de televisión de tres temporadas. Se trataba de un proyecto enorme.

La película se titularía *Aoi Introduction* y las tres temporadas de la serie, *Aoi Mystery*, *Aoi Love Song* y *Aoi Syndrome*. Tratarían temas sensacionalistas como la muerte inminente, los amores prohibidos y los dobles suicidios, y ya habían generado mucha expectación incluso antes del estreno.

A sus veinticinco años, Choko finalmente se había convertido en una actriz de renombre famosa en todo el país.

Durante la presentación del proyecto, rodeada de periodistas y al lado del joven Takumi, Choko sintió que había alcanzado la cúspide de su existencia.

—Un placer trabajar contigo, Choko. El rodaje de la serie nos tomará tres años de nuestra carrera, una maratón que disputaremos juntos.

—Lo mismo digo, Takumi. Encantada.

El comentario pícaro del guapo de Takumi hizo que se le disparase el corazón. Todo formaba parte del espectáculo, por supuesto, pero no pudo evitar imaginarse lo maravilloso que sería tener una relación romántica con un hombre como él. Los medios se volverían locos y seguro que, si era con él, el jefe de su agencia no pondría ninguna objeción.

Takumi solo era un año mayor que ella, tenía veintiséis, y se entendían bastante bien. Él también había empezado en una pequeña compañía teatral y se había labrado la fama con mucho esfuerzo.

A medida que avanzaba el rodaje, Choko y Takumi comenzaron a sentirse más cómodos el uno con la otra y sus conversaciones tomaron un cariz más personal.

—¿Es verdad que perteneces a ese antiguo grupo empresarial, los Wakaoji?

A Choko le había llegado ese rumor por una compañera suya.

—Ah, sí. Pero tengo un hermano mayor y siempre me he dedicado a perseguir mis propios sueños, así que no espero recibir nada por parte de mi familia.

—Ya me parecía a mí que eras de alta cuna. Transmites esa distinción.

—Eh, no me trates como a un niño rico, por favor. Me fui de casa antes de los veinte y siempre me las he apañado solo. He pasado por unas cuantas penalidades.

—Vaya, vaya...

A pesar de sus vigorosas protestas, lo cierto es que Takumi sí tenía ese aire de niño rico, ajeno a la inmundicia del mundo terrenal.

Por mucho que dijese que había vivido sus miserias, su situación no podía compararse a la época en la que Choko se había visto obligada a ganarse la vida en ese local de espectáculos. Si Takumi lo hubiese necesitado, su familia le habría echado un cable, por lo que nunca estuvo realmente con el agua al cuello.

—La verdad es que me intimida un poco. Takumi y yo hemos crecido en ambientes muy diferentes. Aunque en la película seamos pareja, pertenecemos a universos completamente opuestos —le confesó Choko a Suigetsu un día en su camerino, mientras se

desmaquillaba al terminar el rodaje. Si bien de momento lo que sentía por él no era más que una ligera atracción, una fantasía secreta de lo fantástico que sería tener un romance con Takumi, el hecho de que perteneciese a una familia tan distinguida le parecía un obstáculo—. Al principio lo idealicé, pero creo que será mejor que no baje la guardia.

Sin embargo, en contra de la decisión que había tomado Choko, Takumi parecía empeñado en acortar distancias. Cuando ella le confesó que había actuado en un local de espectáculos, eso, lejos de alejarlo, lo fascinó.

—Es admirable que hayas conseguido ser actriz solo con tu esfuerzo. El teatro necesita a personas tan entusiastas y motivadas como tú.

—Exageras.

En realidad, Choko nunca había pensado que su experiencia fuese algo completamente negativo. Si eligió trabajar en aquel local fue, sobre todo, para mejorar sus habilidades como actriz y, aunque en más de una ocasión los clientes le pidieron favores sexuales alegando que tenían conexiones en el mundo del espectáculo que podían favorecerla, ella nunca se doblegó y los rechazó con firmeza. Siempre había pensado que su pasado no era motivo de orgullo, pero cuando Takumi la elogió, entendió que no tenía por qué andar con la cabeza gacha, sino todo lo contrario.

A partir de ese momento, Choko decidió que dejaría de ocultarlo durante las entrevistas. Su pasado, del que ahora hablaba positivamente, causó muy buena impresión entre el público y, aparte de los anuncios de cosméticos que ya hacía, empezaron a llamarla también para publicidad de productos más cotidianos, como curri instantáneo o fideos.

—¿Has visto eso, Choko? Has vuelto a quedar primera en el ranking de «Celebridades con las que uno querría casarse» de esa revista. ¡Ya van dos veces consecutivas!

—Ostras, ¿en serio? Qué honor.

Cuando Takumi le alargó la revista para mostrárselo, ella fingió que era la primera vez que la veía, cuando en realidad ya la había mirado antes.

—Ahora todos te consideran la ama de casa perfecta. Dime, ¿cómo es la Choko real?

—Pues la verdad es que las tareas del hogar no se me dan mal. Tengo muchos hermanos y en casa había que arrimar el hombro. Vivíamos en una granja y mi madre siempre andaba muy ocupada.

En concreto tenía cinco hermanos. Choko o, mejor dicho, Umeko, era la mayor de todos. Dado que algunos de ellos aún eran bastante pequeños, se sentía un poco culpable por haberse ido a Tokio y haber dejado a su familia, pero sus padres estaban contentos de que hubiese triunfado como actriz.

—Imagino que en casa todos se alegrarán mucho por ti.

—Sí... Ahora puedo mandar dinero a mi familia y viven mucho mejor.

—Vaya, ¿los estás ayudando económicamente? —preguntó Takumi, muy asombrado.

—Por supuesto, ¿qué hay de malo en ello?

—Nada, es que no me imagino enviando dinero a mis padres... Supongo que precisamente por eso me llamaste niño rico, ¿no?

Takumi soltó un suspiro y dejó caer los hombros. Le daba mucha vergüenza que lo llamasen «niño rico». Él era de los que pensaban que los mejores actores eran los más curtidos.

—A mí me gusta eso de ti, Takumi. Las personas siempre queremos lo que no tenemos. Estoy segura de que a las fans

enamoradas de ti les ocurre lo mismo.

Era pulcro, agradable y todo un caballero. Una se lo imaginaba jugando al tenis en su segunda residencia de Karuizawa. Esa era la imagen que la sociedad tenía de él, y el hecho de que procediera de una familia acomodada no hacía más que reforzarla. Muchas mujeres lo encontrarían atractivo justamente por eso.

—¿Tú crees? —Takumi se rascó la cabeza con las mejillas un poco sonrojadas. Por primera vez, a Choko le pareció de lo más tierno. Hasta entonces lo había concebido como a un ser de otro mundo, pero ahora que conocía también sus debilidades, no se le antojaba tan lejano.

Empezaron a salir juntos poco después de esa conversación.

—Al principio quise mantener las distancias para evitar enamorarme de él, pero ahora me parece un sueño.

Que las dos estrellas de *Aoi*, pareja en el cine, hubiesen empezado también a salir juntos en la vida real era un caramelito para la prensa. La sociedad veía con muy buenos ojos a la pareja y ya se oían voces que se preguntaban para cuándo el matrimonio. Además, estaban rodando la segunda temporada de la serie, así que parecía el momento ideal.

—Solo espero que Takumi sienta lo mismo por mí...

Sin embargo, terminaron de rodar la tercera sin que hubiese avances en ese respecto. Su relación iba bien, pero a Choko le preocupaba que Takumi, sobre todo, teniendo en cuenta su personalidad, aún no se hubiese decidido a pedirle matrimonio. No podía no haberse dado cuenta de que todo el mundo lo estaba esperando.

Takumi había sido el primero en acortar distancias, pero ahora era Choko quien no concebía una vida sin él.

Los días que tenían para descansar, ella se quedaba a dormir en su casa o él en la de ella y cenaban lo que Choko cocinaba. Durante los rodajes, ella llevaba comida casera para los dos y almorzaban juntos delante de todo el mundo. Lejos de parecerle agobiante, Takumi se mostraba agradecido.

Sin embargo, él era un actor muy popular y, aparte de *Aoi*, también le salieron otros proyectos, por lo que muchas veces tenía que trabajar con otras actrices atractivas lejos de la mirada de Choko. Solo con imaginárselo, se ponía de los nervios. Takumi era tan inocente que ella tenía miedo de que aceptase las invitaciones de otras mujeres sin saber dónde se estaba metiendo, por eso quería casarse cuanto antes, para quedarse tranquila.

«¿Por qué todavía no me ha pedido matrimonio? No estará saliendo con otra, ¿no? Él no es de esos».

Pero el presentimiento de Choko se cumplió de la peor manera.

«¡¿El popular actor Takumi Wakaoji se casa?! La promesa de abandonar su carrera para hacerse cargo del negocio familiar». Choko descubrió ese titular en una revista semanal coincidiendo con el final de la emisión de la serie.

«No puede ser... ¿Cómo que a los treinta dejará su carrera para heredar el negocio de su familia? ¡Pero si eso es ya! ¡¿Y qué significa eso de que estaba prometido con otra desde niño?!».

Cuando fue a su apartamento a pedirle explicaciones conteniendo el llanto, Takumi se arrodilló delante de ella y se disculpó.

—Siento habértelo ocultado, Choko.

En el instante en que lo vio inclinar la cabeza y apoyar las manos en el suelo, toda la furia que la consumía se desvaneció y ya no pudo contener las lágrimas.

—Entonces es cierto...

En el fondo de su corazón, había albergado la esperanza de que se tratase de una noticia falsa, de que Takumi le dijese algo como: «Nada de eso es verdad, siento haberte preocupado».

Pero su esperanza se hizo añicos en ese mismo instante.

—Te lo contaré todo... Es una historia larga, será mejor que te sientes.

Takumi la invitó a acomodarse en el sofá y fue a prepararle un café. En una situación normal, se hubieran sentado juntos, pero esa vez eligió el asiento al otro lado de la mesita. A Choko no le apetecía nada ese café.

Takumi esperó un momento en silencio mirándola de reojo, pero ella permaneció callada con expresión fúnebre.

—Lo que ha publicado la revista sobre mi familia... es más o menos cierto. En su momento les dije a mis padres que no tenía intención ni de heredar su negocio ni de casarme con mi prometida y me largué de casa. Pensé que ellos lo habían aceptado, pero, en realidad, me desheredaron y no habíamos vuelto a tener contacto hasta ahora... Y las cosas han cambiado.

—¿Cómo que han cambiado?

—Mi hermano mayor, que tenía que heredar el negocio, murió hace poco. En un accidente de tráfico.

—¡¿Qué?!

La noticia la sorprendió, pero entonces se acordó de algo. El mes pasado, Takumi le había dicho que le había salido un asunto urgente y habían estado unos días sin verse. Seguro que fue entonces cuando su hermano falleció y él debió de volver a casa para asistir al funeral.

—Los únicos herederos varones de mi familia éramos mi hermano y yo. Sin él, estoy obligado a heredar el negocio. Así me lo comunicaron en el funeral. Entendieron que ahora tengo algunos

proyectos en marcha y están dispuestos a esperar hasta que cumpla los treinta, pero, llegado el momento, me obligarán a volver a casa si es necesario.

—¿Y no puedes ignorarlos? Eres un actor famoso, trabajas para una agencia muy grande. Ellos te protegerán.

—No, no lo harán. No bajo la amenaza de retirar los patrocinios a cualquier productora o cadena de televisión que se atreva a contratarme. Mi familia tiene patrocinios en todas las cadenas. Con una simple llamada de mi padre, me apartarían de todas las series, aunque fuese el protagonista.

—No puede ser...

Choko, que no sabía nada del mundo empresarial, no tenía ni idea de que los Wakaoji poseyeran tanto poder. Pensaba que, por grande que fuese una empresa, no tendrían ninguna influencia en el mundo del espectáculo, de ahí que Takumi hubiese gozado de total libertad. Pero se equivocaba. En Japón, todas las personas con poder estaban conectadas. Si hasta la fecha Takumi había hecho lo quería era, simplemente, porque, gracias a su hermano, su familia había decidido prescindir de él.

—¡Pero es horrible! ¡No tienen ningún derecho a pedirte eso ahora!

Choko rompió a llorar de nuevo, cubriéndose el rostro con las manos. Seguramente Takumi era quien más ganas tenía de llorar de los dos, pero se estaba haciendo el fuerte delante de ella.

—Choko... Yo no quiero separarme de ti ni renunciar a mi carrera como actor.

Takumi se levantó del sofá para arrodillarse en el suelo delante de ella, que alzó la cabeza para mirarlo.

—¡Ya lo sé! ¡Lo sé mejor que nadie! ¡Yo he sido testigo de hasta qué punto has consagrado tu vida a tu carrera! He estado a tu lado

a lo largo de estos tres años con el rodaje de *Aoi*...

—Sí, es verdad. Es verdad...

Choko también se bajó del sofá y lo abrazó con fuerza en el suelo. Después de un rato en silencio, Takumi la separó ligeramente de él para mirarla a los ojos.

—Solo hay una forma de escapar de mi familia.

—¿De verdad? ¿Y cuál es?

—Lo que pasa es que esto también te afectará a ti...

—¿Crees que me importa a estas alturas? No quiero verte abandonando tu carrera ni casándote con otra. Haré lo que sea.

Takumi era la pareja perfecta tanto en lo profesional como en lo personal. También lo amaba como hombre y el simple hecho de imaginárselo atado a otra mujer le partía el corazón.

—Gracias...

Las lágrimas asomaban en sus ojos. Él también la amaba. Al darse cuenta de que no tenía ninguna intención de dejar ni su profesión ni a ella, se tranquilizó.

—Dime, ¿qué tengo que hacer?

Lo que no esperaba para nada era oírle pronunciar las siguientes palabras:

—Fuguémonos juntos, Choko.

—¿Eh...?

Fue como si el tiempo se detuviese en ese salón. Así de irreal le pareció lo que acababa de escuchar.

La segunda temporada de la serie *Aoi* terminaba con ellos dos huyendo para casarse. La tercera, con el suicidio de los enamorados. Aunque había representado esas escenas como actriz, no se imaginaba viviéndolas en la vida real.

—Fuguémonos a algún pueblo donde no nos conozca nadie y empecemos de cero en una pequeña compañía teatral. Tendremos

que renunciar a todo lo que hemos conseguido hasta ahora, pero estoy convencido de que volveremos a levantarnos.

La voz de Takumi le pareció muy lejana. Después de tanto esfuerzo, por fin se había convertido en una actriz famosa en todo el país. ¿De verdad podría renunciar a su carrera? ¿Era realmente algo que pudiese intercambiar por Takumi?

—Sé que te estoy pidiendo mucho, de modo que quiero que te lo pienses con calma. Yo tengo que irme de Tokio la semana que viene.

—¡¿Tan pronto?!

Aún tenían tiempo hasta que cumpliese los treinta. Pensó en convencerlo para que esperase hasta entonces, pero tanto su rostro como su voz reflejaban que Takumi estaba contra las cuerdas.

—No me darán ni un día más. Mi padre me está presionando para que abandone este piso lo antes posible. Si decides fugarte conmigo, reúnete conmigo aquí.

Takumi le entregó un papel donde había anotado una fecha, una hora y el nombre de un restaurante. Luego se despidieron, pero Choko aún seguía aturdida cuando salió de su casa.

Pidió un taxi y, al llegar, se metió en su apartamento con pasos tambaleantes. Luego, sin quitarse ni el maquillaje ni el abrigo, permaneció sentada en el dormitorio completamente a oscuras.

Choko tenía varios proyectos en marcha, entre ellos, anuncios y series de televisión. Si se marchaba de Tokio la semana que viene, tendría que dejarlos plantados, lo cual causaría muchos problemas a su agencia. Takumi le estaba pidiendo que desapareciese de un día para otro sin siquiera avisar a su familia.

¿En serio podría salir indemne de algo así? Aunque contasen con el apoyo del público, difícilmente podrían regresar al mundo del cine. Takumi era muy optimista de pensar que volverían a levantarse, pero actuar en teatros de pueblos o ciudades pequeñas y regresar a las

pantallas eran cosas muy distintas. Los Wakaoji podían tardar años o incluso décadas en perdonar a su hijo y para entonces ella habría dejado escapar su mejor época como actriz.

—¡No quiero!

Empezar desde cero en alguna compañía de teatro regional significaba volver a los locales de espectáculos. Además, aunque se cambiase el nombre, la gente la reconocería enseguida, por no hablar de Takumi. Él, que nunca había usado un nombre artístico, lo tendría aún más difícil para encontrar otro trabajo. El pronóstico no era nada esperanzador.

Choko lo amaba, pero ¿de verdad podría soportar una vida así? ¿Seguro que, pasado un tiempo, no se arrepentiría de haberse fugado con él? ¿Era su amor tan poderoso como para sacrificar su vida entera?

«¡No lo sé! ¡No sé qué hacer...! —No quería perder su carrera ni a Takumi, pero estaba obligada a elegir. Y, si dejaba pasar el tiempo sin más, automáticamente lo perdería a él—. Suigetsu... ¿Qué debería hacer?», le preguntó al espejo. Por supuesto, no obtuvo ninguna respuesta, solo el triste reflejo de una mujer exhausta.

Estuvo pensando toda la semana. Se repitió las mismas preguntas una y otra vez, imaginando su futuro. Hasta que, por fin, Choko tomó una decisión.



Takumi le había dejado escrito el nombre de una cafetería, un local venido a menos al que solo acudían los clientes habituales.

Pidió un café y esperó. Sin embargo, llegó la hora del encuentro y Takumi no apareció.

Esperó una hora más, pero era evidente que algo iba mal. Justo cuando empezaba a pensar, muy angustiada, que quizá se había equivocado de sitio, un hombre irrumpió de repente en la cafetería, casi sin aliento. Era el mánager de Takumi.

Choko se levantó como un resorte. El mánager la vio enseguida y se le acercó. Por un momento, se le pasó por la cabeza que fuera alguien que la perseguía, pero la leve reverencia que le dedicó le hizo entender que era su aliado.

—¡¿Y Takumi?!

—Ahora mismo huye de la gente que ha enviado su familia. Al parecer, han descubierto este lugar, por eso quiere que vayas a otro sitio.

—Cielos...

Choko no pudo verbalizar nada más, solo aceptar la nota que él le entregó. La abrió y en ella había garabateado el nombre de otro lugar. No podía distinguir si realmente era la letra de Takumi, pero supuso que lo había escrito a toda prisa mientras lo perseguían.

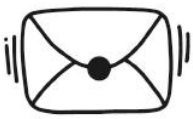
—¿Dónde...?

—Es una estación de Ibaraki. Tienes que ir en tren.

—De acuerdo... Ah, espera.

Detrás de la nota que le había entregado el mánager, Choko escribió otro mensaje:

Ven sin falta. Te estaré esperando.



—Dale esto a Takumi.

El mánager asintió y se guardó la nota en el bolsillo.

Hecha un manojo de nervios, Choko se subió al tren en dirección a Ibaraki. Como cabía la posibilidad de que la estuvieran siguiendo, se bajó en otra parada e hizo varios transbordos. Para cuando llegó a la estación desierta de Ibaraki que Takumi había escrito en su nota, ya era de noche.

—Qué frío...

En esa estación no había ninguna salita donde resguardarse, de modo que se sentó en un banco del andén y se abrazó a sí misma para mantener el calor mientras esperaba. Como no sabía cuándo llegaría Takumi, no podía moverse de allí, y, de todas formas, teniendo en cuenta que aquella estación no contaba siquiera con nadie que hiciese guardia, dudaba mucho que en ese pueblo hubiese nada abierto a esas horas.

Para empeorar todavía más las cosas, se puso a llover. Y soplaba un viento tan fuerte que la lluvia empezaba a mojar el andén y hasta le empapó el abrigo.

—Takumi... Ven rápido, por favor... —susurró su nombre mientras temblaba de la cabeza a los pies y los dientes le castañeaban.

Tenía tanto frío que pensó que si seguía quieta en ese banco se acabaría desmayando.

—Suigetsu... Déjame hablar un ratito contigo, ¿vale?

Abrió el espejo de mano y se puso a hablarle de los recuerdos que tenía con Takumi.

—La primera vez que hicimos un viaje secreto fuimos a Karuizawa. Para que no lo reconocieran los periodistas, Takumi se puso un bigote postizo. Le quedaba fatal, estaba muy gracioso. —Así se pasó hablando largo rato. Cuando se quedó sin anécdotas que contar, empezó a recitar el texto de los personajes que había interpretado

hasta la fecha—: «Estaremos juntos en el otro mundo. Jamás soltaré tu mano, hasta que lleguemos al paraíso».

Murmuraba cada frase con una expresión soñadora a la vez que cerraba los ojos. Cuando interpretaba aquellas frases no notaba el frío. Era como si los personajes la hubiesen poseído.

—Esto es lo que dice la protagonista de *Aoi* antes de suicidarse en el último episodio de la serie. Pero yo no quiero reencontrarme con él en el otro mundo. Quiero que nos casemos en vida y formemos una familia feliz. No me importa que seamos pobres mientras nunca falten las sonrisas... Un hogar como en el que me crie.

Su mente evocó los rostros de sus padres y hermanos. Pronto les llegaría la noticia de que Choko y Takumi se habían fugado juntos y que estaban en paradero desconocido. Aunque no pudiera revelarles dónde se escondían, al menos quería comunicarles cuanto antes que estaban bien. Se lo juró a sí misma.

—Viviremos en algún pueblo de interior, donde podamos cultivar nuestras propias verduras y venderlas. Eso será mil veces más gratificante que volver a los locales de espectáculos. Y, si no encontramos ninguna compañía de teatro que quiera contratarnos, la crearemos nosotros.

Le daba igual no tener público. Mientras pudiesen actuar juntos, mientras permaneciesen unidos, serían felices.

—Así que, por favor, ven pronto, Takumi... Ven y abrázame...

Siguió lloviendo toda la noche sin tregua hasta que llegó el amanecer, pero Takumi nunca apareció.

—¿Por qué...? Takumi...

Pronto empezaron a circular de nuevo los trenes, pero tampoco parecía que Takumi fuese a llegar en ninguno de ellos. Aun así, Choko, tenaz, permaneció en su sitio sin levantarse siquiera para ir al baño, hasta que el andén se fue llenando de gente en la hora

punta. Hombres de negocios vestidos con sus trajes de trabajo o adolescentes con uniforme de camino a la escuela.

Choko empezó a temer que alguien pudiera reconocerla a pesar de ir disfrazada, aunque, empapada de pies a cabeza y con ese aspecto tan desaliñado, la verdad es que no parecía una actriz de cine.

No obstante, la gente empezó a fijarse en ella precisamente por este último motivo, por lo que al final decidió levantarse e ir a otro lugar.

—Ah...

Antes de que pudiera dar un paso, la arremetió un fuerte mareo y se desmayó allí mismo. Se oyó un chasquido, como de algo rompiéndose y, al darse cuenta de que ya no sujetaba el espejo, entendió que se le había caído de las manos.

—Suigetsu...

—¡¿Se encuentra bien?!

Un hombre vestido con el uniforme del personal de la estación se arrodilló delante de ella. Sabía que tenía que levantarse, pero no podía mover ni un dedo. La vista se le nubló y sintió que la consciencia la abandonaba.

—¡Madre mía, pero si está ardiendo! Voy a llamar a una ambulancia, dígame su nombre.

—Choko... No... Umeko. Umeko Yamada... —Respondió con su nombre real. No quería meter en problemas a Takumi—. Pero espere... Él llegará enseguida... Tengo que quedarme aquí... Dígale que... —Choko siguió murmurando ruegos entrecortados, pero nadie la escuchó. La llevaron en ambulancia al hospital más cercano y fue ingresada con el nombre de Umeko Yamada—. Takumi... Takumi...

Tras una noche entera bajo la lluvia, Choko contrajo una neumonía que la tuvo con fiebre muy alta durante varios días y la

dejó demacrada e irreconocible. Constantemente repetía a los médicos y enfermeras que estaba esperando a alguien, que él iría a verla, pero la tomaron por una pobre mujer que deliraba.

Cuando buscó en su bolso, el espejo de mano estaba allí; supuso que el encargado de la estación lo había recogido para ella. Aun así, las mariposas de la tapa se habían roto y, al abrirlo, una enorme grieta cruzaba el espejo. Cuando se miró en él, su rostro parecía también resquebrajado.

—Je... Parezco una anciana... Con este aspecto, puede que ni Takumi me reconozca...

Una vez que empezó a sentirse con fuerzas para moverse, Choko se pintó los labios con la barra que llevaba en el bolso. Quería estar mínimamente presentable cuando llegase Takumi. Sin embargo, la verdad era que con el cabello despeinado, la piel agrietada y solo los labios pintados de un rojo intenso, Choko daba tanta lástima que los médicos y las enfermeras dejaron de hablarle.

—¿Podrían darme hojas de papel...? Quiero enviar unas cartas.

Una enfermera compró para ella papel de carta y sobres en la papelería y se los entregó. Con ellos, Choko empezó a escribir una carta a Takumi cada día.

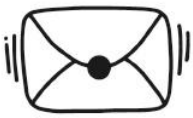
.....

Para Takumi:

Ya llevo una semana ingresada en el hospital. ¿Aún no puedes venir? Estos días me han estado alimentando solo por vía intravenosa, pero hoy por primera vez me han traído un poco de sopa de arroz. Lo haces a propósito para que quiera recuperarme más rápido, ¿verdad? Procuraré volver a andar antes de que vengas a verme.

Te quiero,

Choko



Todas las cartas que escribía se iban acumulando en un cajón de la cómoda junto a su cama. Choko no conseguía recuperarse del todo y su letra era tan desastrosa que muchas partes resultaban ilegibles.

Aunque se encontraba en un estado de semiinconsciencia, cada día seguía las noticias del corazón en la televisión del hospital. Pensaba que, en caso de que le hubiese pasado algo a Takumi, lo anunciarían enseguida. Del mismo modo, no tardaron en anunciar la desaparición de la actriz Choko Hanafubuki e incluso publicaron la nota que había dejado para su agencia, pero, al parecer, nadie sabía que se encontraba hospitalizada en Ibaraki.

Dos o tres semanas después de ingresar en el hospital, Choko se enteró, desde la cama, de una noticia que la dejó paralizada.

«¡El popular actor Takumi Wakaoji se casa con su prometida! ¡Abandona su carrera para hacerse cargo del negocio familiar!».

Cuando apareció el rótulo en pantalla y el presentador pronunció el nombre de Takumi, a Choko se le cayó la estilográfica de la mano.

—No puede ser... ¿Por qué?

Después del titular, el presentador leyó el resto de la noticia. Según explicó, Choko Hanafubuki y Takumi Wakaoji habían estado saliendo juntos, pero después de que esta hubiese desaparecido dejando una nota a su agencia, Takumi había decidido aceptar la propuesta de sus padres con el corazón roto.

—Cuando Hanafubuki desapareció, algunos rumores decían que se habían fugado juntos, pero Takumi Wakaoji lo ha negado todo.

—Entonces, ¿qué le ha ocurrido a Hanafubuki?

—Su agencia ha dicho que probablemente estuviese cansada y deseara tomarse unas vacaciones. Dicen que aún esperan que se ponga en contacto con ellos.

—Pues le deseamos que se recupere pronto. Pasemos a la siguiente noticia.

Choko apagó la televisión con una mano temblorosa, pero sus ojos permanecieron abiertos de par en par, la mirada perdida en la pantalla negra.

—¿Cómo es posible? Le dije que lo estaría esperando en la estación de Ibaraki... ¿No le llegó mi nota?

De repente se acordó de la carta que le había entregado el mánager. La letra era tan borrosa que no podía asegurar que fuese la de Takumi.

—No puede ser... ¿Y si su mánager trabajaba para los Wakaoji?

Él en ningún momento había dicho que estuviese de su bando. Había sido ella quien lo había dado por hecho porque era el mánager de Takumi. Seguro que la nota que Choko había escrito en la otra cara de la hoja nunca le había llegado.

También parecía más que probable que aquello de que Takumi hubiese tenido que cambiar el lugar de encuentro a última hora fuese una mentira. Él debió de llegar después y, al ver que Choko no estaba, había decidido volver con sus padres convencido de que lo había rechazado.

—¡No puede ser! ¡Ha sido un malentendido! Pero ya es tarde... Ahora todo ha cambiado...

Si hubiese estado en Tokio, habría podido resolver aquello enseguida, pero mientras ella estaba ingresada en ese hospital de Ibaraki, las cosas habían tomado el peor rumbo posible. Seguramente por eso la habían mandado a esa estación sin personal, para que ella no pudiese avisar a nadie.

—Ah... Si al menos pudiese hacerle llegar mis cartas... —se lamentó, tumbada en la cama. Pero ya todo daba igual. Takumi se había acabado casando con su prometida y, tras semejante escándalo, ella jamás podría retomar su carrera como actriz—. Ojalá muriese aquí mismo...

Choko no volvió a coger su pluma. Su estado empeoró de forma repentina y falleció sumida en la desolación.



—Al parecer, la paciente que acaba de fallecer en esta habitación era Choko Hanafubuki.

Tras su muerte, dos enfermeras arreglaban la cama que Choko había ocupado.

—Estaba tan cambiada que no la había reconocido.

—En la tele han dicho que ha muerto de repente mientras estaba desaparecida, pero... la verdad es que ha dejado que la enfermedad la consumiera. ¿Por qué lo esconden los medios?

—¿Quién sabe? Quizá no quieran dañar su imagen.

—Pero si ya está muerta. ¿Qué imagen van a dañar?

—¿Tal vez la de los Wakaoji? Hay rumores que dicen que no fue ella quien lo dejó a él, sino al revés.

—Nunca sabremos la verdad. Además, Takumi Wakaoji ya no sale en la tele... Oh.

—¿Qué ocurre?

Una de las enfermeras abrió el cajón de la cómoda junto a la cama y ladeó la cabeza.

—Las cartas que Hanafubuki escribía cada día han desaparecido. Creo que había una veintena.

—Ostras, es verdad. Está vacío.

—¿Se las habrá llevado algún familiar?

—No, aquí no ha venido nadie. Qué raro...



En ese momento, Suigetsu deambulaba entre el mundo de los vivos y el de los muertos con las cartas de Choko. Solo tras su muerte se enteró de que podía adoptar una forma humana. Un joven con el pelo largo y plateado y los ojos violetas, justo el ideal de belleza que Choko había descrito en aquella ocasión. La única diferencia era la enorme cicatriz que cruzaba el lado izquierdo de su rostro. Así se había reflejado en él la grieta del espejo.

—Esta cicatriz destruye todo el ideal...

A Suigetsu le daban absolutamente igual los cánones de belleza humanos, pero por alguna razón sentía que tenía que ser fiel a la descripción de Choko, aunque ni él sabía decir por qué.

Probó peinándose con el pelo hacia delante para taparse la mitad de la cara.

—Así está mejor.

Quizá quedaba un poco forzado, pero mientras pudiese ocultar esa cicatriz, cualquier método le valía.

Se inspeccionó el cuerpo de arriba abajo. Por algún motivo, vestía un kimono gris, tal vez porque ese era el color que el padre de Choko solía llevar habitualmente y lo había proyectado de alguna manera. Suigetsu había visto a ese hombre en la sala mortuoria.

Suigetsu no tenía una capacidad emocional muy desarrollada, pero al ver a los padres y hermanos pequeños de Choko llorar ante su cadáver, experimentó un desasosiego extraño en el pecho que le hizo querer huir de allí. Así, y sin comprender todavía la naturaleza de lo que le revolvía por dentro, tomó las cartas de Choko y abandonó el hospital.

Deambulando, ahora sin cuerpo, por el mundo de los vivos, llegó hasta la frontera con el más allá. No le importó. Siguió adelante y entonces descubrió una especie de calle comercial. La intensa luz naranja del atardecer le hería los ojos.

«¿Qué hace un distrito comercial en un lugar como este?».

Esa no era como las calles comerciales del mundo de los vivos. Aunque percibía la presencia de espíritus débiles por los alrededores, todas las tiendas estaban cerradas a cal y canto y los fantasmas parecían reacios a dejarse ver.

También era extraño que no hubiese farolas. En su lugar, la calle estaba iluminada con farolillos de papel rojos y blancos. Supuso que eran fuegos fatuos.

Cuando llegó al final de la calle, se encontró con una confitería, o al menos eso era lo que ponía en el rótulo: Confitería Kohaku.

—Entremos a preguntar.

Tras empujar la puerta con fuerza, lo recibió un tipo con el pelo rubio que vestía un *hakama*. Por sus orejas de zorro y la esencia que emanaba, Suigetsu dedujo que era mitad humano y mitad espíritu.

Inspeccionó la tienda. Se trataba de un local pequeño y acogedor con estanterías a la altura de la cintura cargadas de dulces tradicionales de todos los tipos, como pastelitos de legumbres, de castaña, caramelos de azúcar y hasta tofes. A simple vista, podía parecer una mezcla de cosas un poco caótica, pero Suigetsu detectó en su conjunto una curiosa armonía.

—Bienvenido. Qué raro ver a un cliente por aquí —lo saludó con cortesía el chico con orejas de zorro. Pero entonces, como si de repente acabase de percatarse de algo, frunció el ceño y se acercó a Suigetsu con la agilidad de una serpiente—. Además, tú eres un *ungaikyo*... Lo cual es aún más excepcional.

Lo inspeccionó de arriba abajo y desde todos los ángulos mientras Suigetsu permanecía de pie sin moverse ni un centímetro.

—¿Qué es un *ungaikyo*?

—¿Conoces los *tsukumogami*? Son objetos que han adquirido un alma y conciencia después de haber existido más de un siglo. En tu caso, un espejo. Los espíritus de los espejos se llaman *ungaikyo*.

—Vaya, así que eso es lo que soy...

Lo único que había tenido claro hasta entonces era que era un espejo. El hecho de que pudiera adoptar forma humana lo había considerado algo esporádico.

—Yo me llamo Kogetsu y soy el dueño de esta tienda. Te atenderé igualmente aunque seas un *tsukumogami*. Sé bienvenido.

—No soy ningún cliente y tampoco estaba buscando este lugar, he llegado sin querer y me gustaría que me ayudaras a volver.

—Hum... —Kogetsu meditó las palabras de Suigetsu mientras lo observaba con sus ojos dorados de zorro—. No me importa echarte una mano, pero dime, ¿adónde quieres volver exactamente?

—No tengo... adónde ir.

Había estado caminando sin detenerse, pero la verdad era que carecía de un hogar al que regresar.

—¿Podrías decirme cómo te llamas?

—Suigetsu. Mi dueña me puso este nombre.

—Me gusta, es un buen nombre. Supongo que te lo puso por eso que suelen decir los japoneses de que las flores que se reflejan en un espejo son más bonitas que las reales, como la luna que se posa

en el agua de un estanque. Ponerle Suigetsu a un espejo demuestra tener muy buen gusto.

—No lo sé, pero ella ha muerto.

—Vaya... —Kogetsu no necesitó más explicaciones para hacerse una idea de la situación del espíritu—. Suigetsu, si no tienes adónde ir, ¿por qué no te quedas aquí y abres tu propio negocio en la calle del Crepúsculo? Aquí son bienvenidos todo tipo de espíritus, híbridos y fantasmas. A nadie le importará que seas un *tsukumogami*.

—¿Un negocio? —murmuró Suigetsu. Las orejas de Kogetsu se pusieron en alerta al detectar un atisbo de curiosidad en su voz.

—¿No hay nada que quieras hacer?

—Me gustaría... Me gustaría hacer llegar estas cartas a su destinatario.

Kogetsu bajó la mirada hacia el fajo de cartas que Suigetsu abrazaba contra su pecho y sonrió.

—Entonces, ¿por qué no abres una oficina de correos? Creo que podrías disponer del local ideal.

Kogetsu lo guio hasta un edificio que antaño había sido una oficina de correos y el *tsukumogami* decidió quedárselo. No es que tuviera ningún interés en mandar otras cartas, pero tampoco se le ocurrió qué otro negocio podía montar y al final optó por dejarse llevar.

—Para abrir una oficina de correos, necesitarás papeles de carta, sobres, postales y esas cosas. Aquí mismo ya tienes estanterías y un escritorio, pero...

—¿Y cómo los consigo?

—Si no hay papeles y postales, tendrás que crearlos tú.

Kogetsu y una chica con orejas de mapache le ayudaron a confeccionar los artículos que necesitaba. La muchacha era un poco tímida y asustadiza, pero trabajaba bien. Juntos elaboraron

grabados, sellos de patata, papeles de carta con filigranas y postales. La prensa tipográfica que encontraron en el segundo piso les vino la mar de bien. «Qué máquina tan curiosa», comentó Kogetsu, muy emocionado.

Suigetsu, por su parte, se limitaba a cumplir con las instrucciones de la muchacha, pero al final confeccionaron tantos juegos de papeles de carta y postales que llenaron las estanterías.

La pluma y la tinta se las consiguió Kogetsu de algún lado. Hasta encontró ceras para lacrar, algo que les pareció bastante sofisticado.

Suigetsu pronto comprendió a qué se refería con lo de «qué raro ver a un cliente por aquí». Los espíritus corrientes no se acercaban a la frontera entre el mundo de los vivos y el de los muertos y, por alguna razón, los humanos tampoco podían ver la entrada a la calle del Crepúsculo. Los únicos que se dejaban caer por allí de vez en cuando eran individuos que cargaban con alguna preocupación que les perturbaba el alma. Para colmo, solo podían ver la tienda que necesitaban, un fenómeno inexplicable hasta para Kogetsu, que simplemente dijo, con un susurro cargado de misterio: «Las personas atenazadas por sus preocupaciones suelen tener una visión muy limitada».

Cuando lo tuvieron todo preparado y solo les quedaba esperar a que llegasen los clientes, Kogetsu dijo algo un poco extraño:

—Suigetsu, deberías cobrar un importe cuando te confíen una carta.

—¿Por qué? A mí el dinero de los humanos no me sirve de nada.

—Es necesario poner un precio a tu servicio. Cuando un espíritu hace algo por un humano sin cobrarle nada a cambio, se crea un extraño vínculo entre ellos.

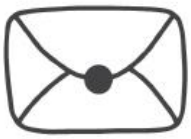
A juzgar por la contundencia en sus palabras, parecía que Kogetsu hablaba por experiencia propia, como si él mismo hubiese forjado un

vínculo como ese años atrás. A pesar de todo, el concepto de «precio» no le resultó difícil de entender. A cambio de hacer llegar las cartas de los humanos, ellos pagarían un determinado importe. Lo mismo que hacía Kogetsu con sus dulces.

—De acuerdo, entonces les cobraré los sellos.

Se le antojó lo más natural en una oficina de correos.

—Me parece muy bien —asintió Kogetsu, entrecerrando los ojos con aire satisfecho.



La oficina se llamaría Correos Tasogare y se dedicaría a enviar cartas para los humanos. Sin embargo, al poco de empezar, Suigetsu descubrió que solo podía hacer llegar cartas escritas del revés. Al fin y al cabo, siempre tenían que pasar a través de un espejo para llegar al lugar y a la época requerida, momento en el que las letras se volteaban.

Además, por culpa de la grieta que cruzaba el espejo, sus poderes de espíritu no eran perfectos y, en el caso de los encargos al pasado y al futuro, solo podía cargar con una cantidad limitada de caracteres. Por último, ninguna carta podría cambiar jamás los acontecimientos que ya se habían producido.

Suigetsu también se encontró con ciertas dificultades a la hora de explicar estas circunstancias a los humanos. Como siempre había sido un espejo, no se le daba bien comunicarse. Decidió pedirle consejo a Kogetsu y este le recomendó que lo pusiera todo por escrito. Así, cuando llegase un cliente, solo tendría que mostrarle la hoja con las indicaciones.

Transcurrieron unos cuantos años. Suigetsu había perdido ya la cuenta de todas las cartas que había enviado. El uniforme de cartero y la bolsa los consiguió por casualidad en una entrega anterior y los utilizaba desde entonces.

Desde que había empezado ese trabajo de cartero, la grieta en su ojo izquierdo parecía cada vez más pequeña y poco a poco iba recuperando sus poderes como *tsukumogami*. Cuando se hubiese recuperado por completo, por fin podría mandar al pasado las cartas de Choko. Quizá entonces podría corregir también su horrible final.

Cambiar el destino de Choko, que murió sumida en la desolación, era lo único que Suigetsu podía hacer para devolverle el favor a esa mujer que le había dado un nombre.

Custodiaba las cartas de Choko en el segundo piso de la oficina. Los sentimientos volcados en ellas permanecerían dormidos hasta que llegase el momento adecuado.

—Algún día... Algún día lo conseguiré.

Y, con esta promesa, hoy en día Suigetsu continúa mandando las cartas de los humanos que visitan Correos Tasogare.

Fin

ACERCA DE LA AUTORA

Hiyoko Kurisu nació en la prefectura de Ibaraki, Japón. Es autora de varias novelas y novelas ligeras, más conocidas como *ranobe* en japonés, y su debut *Deliciosas recetas de confitería Senpai* ganó el Premio Especial en el concurso «Conviértete en novelista» de Starts Publishing. *El correo del crepúsculo* es la continuación de la saga iniciada con *La tienda de los deseos* y ambas novelas han cautivado a miles de lectores en todo el mundo.

Esperamos que hayas disfrutado de *El correo del crepúsculo* y si te ha gustado, nos encantaría que lo compartieras con tus amigos, familiares y todos aquellos que disfruten de un buen libro.

Te invitamos a que sigas explorando el fascinante del mundo asiático con nosotros en
Neko Books.

NOTAS

Capítulo 1. Para ti, a quien algún día conoceré

1. Costumbre japonesa habitual en muchas tiendas. Se ofrecen bolsas cerradas a un precio y el cliente las compra sin saber qué productos hay dentro (*N. de la T.*).

Capítulo 3. Para el amigo de la infancia que se mudó

1. Festividad japonesa de verano dedicada a honrar a los antepasados. Suele celebrarse del 13 al 16 de agosto y muchas empresas cierran durante esos días (*N. de la T.*).

Capítulo 5. Para ti, cuando yo ya no esté

1. El japonés utiliza *kanji* (caracteres de origen chino que suelen resultar más complicados) para su escritura y cuenta además con dos alfabetos más sencillos que los *kanji*, llamados *hiragana* y *katakana*(*N. de la T.*).

El correo del crepúsculo
Hiyoko Kurisu

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: 夕闇通り商店街　たそがれ夕便局
Publicado originalmente en Japón por Poplar Publishing Co., Ltd. como YUYAMIDORI SHOTENGAI — TASOGARE YUBINKYOKU, en 2023.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la cubierta: © Ana Oncina

© Hiyoko Kurisu, 2023. All rights reserved.
Esta traducción al español se ha publicado por acuerdo con Poplar Publishing Co., Ltd. a través de The English Agency (Japón) Ltd., New River Literary Ltd.

© de la traducción, Marta Moya (DARUMA Serveis Lingüístics, S. L.), 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
NEKO BOOKS es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.nekobooks.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2026

ISBN: 978-84-10427-33-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

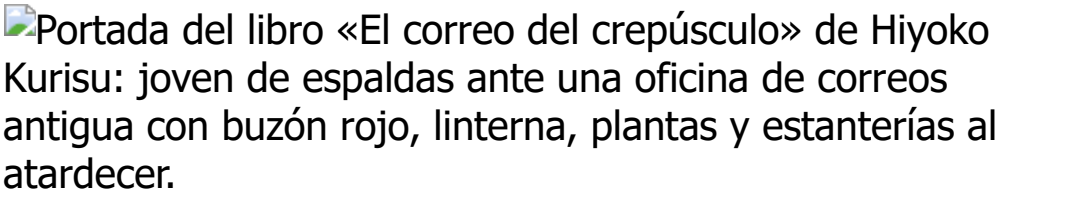

Portada del libro «El correo del crepúsculo» de Hiyoko Kurisu: joven de espaldas ante una oficina de correos antigua con buzón rojo, linterna, plantas y estanterías al atardecer.

Table of Contents

PORTADILLA
MANUAL DE USO DE CORREOS TASOGARE
Capítulo 1. Para ti, a quien algún día conoceré
Capítulo 2. Para la esposa con la que tantos años he compartido
Capítulo 3. Para el amigo de la infancia que se mudó
Capítulo 4. Para mi única amiga
Capítulo 5. Para ti, cuando yo ya no esté
Capítulo 6. Para ti, que me diste un nombre
ACERCA DE LA AUTORA
NOTAS
CRÉDITOS